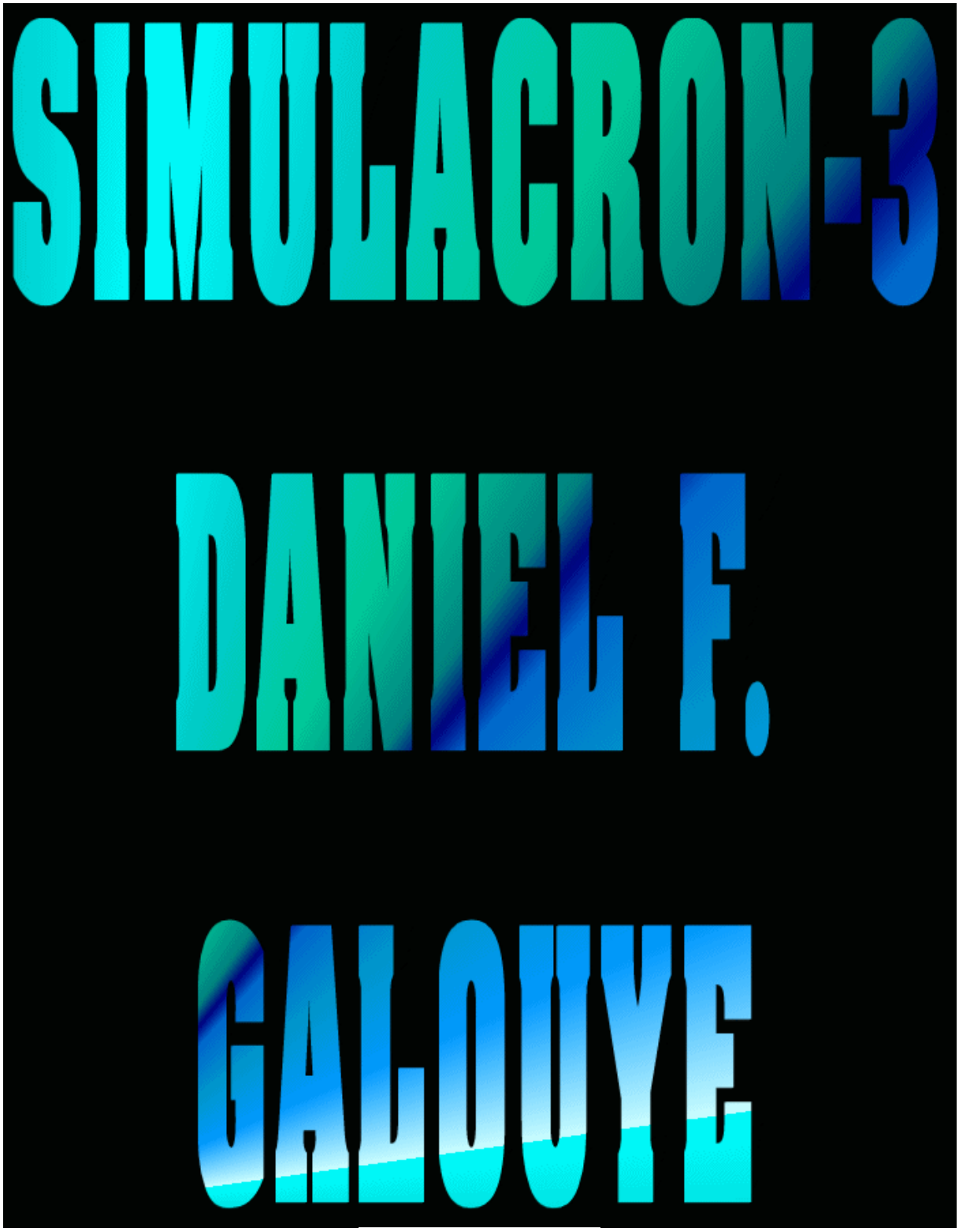
SIMULACRON-3
DANIEL F. GALOUYE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO PRIMERO

Se daba como descontado, que todo cuanto ocurriera aquella tarde, no desmerecería en lo más mínimo, a la reputación que Horace P. Siskin, se había forjado como huésped extraordinario.

Sólo en el espacio donde se alzaba el Tycho Tumbling Trío había hecho gala de las más fascinantes y divertidas reuniones de todo el año. Pero cuando puso al descubierto, ante la mirada atónita de los presentes, la primera piedra hipnótica procedente de la región de Mars Syrtis Mayor, quedó bien patente que acababa de encumbrar su conocida distinción sobre un nuevo pináculo.

En cuanto a mí, tanto el Trío como la piedra, sin querer desmerecer sus propios méritos, habían caído al plano de la vulgaridad, bastante antes de que terminara la reunión, pues puedo asegurar con profundo conocimiento de causa, que no hay nada que produzca una sensación tan bizarra y extraordinaria como ver a un hombre... desaparecer.

Lo cual, dicho sea de paso, no formaba parte del espectáculo.

Como comentario a la profusión de excesos de Siskin, podría señalar que la gravedad en el Tycho Tumblers, era equivalente a la lunar. La plataforma de supresión de G, monstruosa y extrañísima en su constitución dominaba una de las habitaciones de la mansión totalmente rodeada de un sotechado, mientras que el zumbido de sus generadores, repercutía sobre el jardín exterior.

La presentación de la piedra hipnótica, era todo un compendio de producción por sí misma, complementado con dos doctores en servicio de guardia, para atender los imprevistos. Sin atisbo alguno de que los sucesos de aquella tarde fueran a degenerar en la incongruencia, yo contemplaba todo cuanto ocurría sin llegar a sentirme interesado.

Había una jovencita, muy delgada, morena, cuyos ojos penetrantes, negros, se deshacían en lágrimas mientras una de las caras de la piedra bañaba su cara con tenues reflejos azules.

Siempre con la misma lentitud, el cristal daba vueltas sobre la mesa giratoria, lanzando destellos de luz policromática a lo largo y lo ancho de la habitación, que semejaban los radios de una rueda gigante. El movimiento radial se detuvo unos instantes, y un rayo carmesí cayó de lleno sobre el rostro circunspecto de uno de los viejos asociados en los negocios de Siskin.

- ¡No! - reaccionó instantáneamente -. ¡No he fumado en mi vida! ¡Y no lo haré ahora!

Un murmullo de risas cubrió la habitación, y la piedra continuó girando.

Tal vez preocupado por la idea de que yo podría ser el siguiente blanco de las miradas y las risas, me retiré a lo largo de las mullidas alfombras, y me dirigí hacia la habitación donde solían tener lugar las tertulias, y se tomaban unas copas.

En la barra del bar, yo mismo me serví un Scotchasteroide, y me entretuve contemplando, a través de la ventana, el parpadeo de las luces de la ciudad que se abría a lo lejos.

- Para mi, un burbón y agua, ¿quiere, Doug?

Era Siskin. Bajo la escasa luz de la habitación, parecía mucho más pequeño de lo normal. Le miré mientras se acercaba, y quedé perplejo ante la inconsistencia de su apariencia. A pesar de su estatura, que no debía sobrepasar el metro cincuenta, se erguía y se mostraba con la arrogancia y el paso firme de un gigante... aunque había que reconocer que lo era, financieramente hablando. La cabeza totalmente cubierta de caballo, apenas salpicada de trazos blancos, disimulaba sus sesenta y cuatro años, cuanto más que su rostro apenas presentaba una arruga, y sus ojos, grises, poseían una vivacidad fulgurante.

- Aquí tiene el burbón y el agua - confirmé secamente mientras terminaba de prepararlo.

Se recostó sobre la barra:

- Se diría que no disfruta usted mucho en la reunión - observó, con cierto tono de petulancia en la voz. Preferí no darme por aludido y no respondí.

Apoyó su zapato del treinta y cinco sobre un taburete y añadió:

- Esto ha costado mucho dinero. Y todo es por usted. Creí que le haría más aprecio - medio bromeaba.

Terminé de preparar su vaso y se lo tendí:

- *¿Todo* por mí?

- Bueno, no del todo - rió -. Debo admitir que todo ello posee también sus posibilidades promocionales.

- Así lo interpreté. Veo que la prensa y todo tipo de información están perfectamente bien representados en la reunión.

- ¿No le importa, verdad? Una cosa como ésta puede dar al Reactions, Inc. , un impulso adecuado. Puede ser un trampolín extraordinario.

Cogí el vaso del lugar donde lo había dejado, y me bebí la mitad de su contenido de un trago:

- Yo creo que REIN no necesita impulso alguno. Tal como está se podrá mantener muy bien.

Siskin emitió un ligero suspiro, tal como suele hacer cuando presiente el menor síntoma de oposición.

- Hall, usted es un tipo que me gusta. Le he situado a usted ante un futuro posiblemente interesante... no sólo en REIN, sino también quizás, en alguna de mis otras empresas. Sin embargo...

- No tengo interés alguno por nada que vaya más allá de Reactions.

- Actualmente, sin embargo - continuó con firmeza - su contribución es singularmente técnica. Usted debería sumirse en la coordinación y supervisión propias de un director, y dejar que mis especialistas promocionales se cuiden de llevar a buen término lo demás.

Bebimos en silencio.

Después jugueteó con el vaso entre sus menudas manos:

- Ahora me doy cuenta, ¡pues claro! Que quizás usted se lamente, de no poseer participación alguna de intereses en la corporación.

- No es, el llenarme de dinero los bolsillos lo que me preocupa. Me considero bien pagado. Lo único que quiero es que el trabajo se haga como es debido.

- Ya ve usted, con Hannon Fuller, era completamente diferente - Siskin oprimía los dedos alrededor del vaso -. Intentó la... la... quincallería, las minucias, el sistema. Vino a mi en busca de un respaldo financiero. Formamos una corporación... en realidad éramos ocho. Tras breves acuerdos, llegamos a la conclusión de que él se quedaría con el veinte por ciento de las ganancias.

- Después de haber sido su ayudante durante cinco años, excuso decirle que estoy enterado de todo eso - me acerqué a la barra para volver a llenar mi vaso.

- Entonces, ¿qué le hace mostrarse tan reacio?

Los reflejos de la piedra hipnótica, chocando en el techo de la habitación en que nos hallábamos, fueron a Incidir contra la ventana, retando por un momento el brillo de los de la ciudad. Una mujer chilló hasta que sus gritos quedaron ahogados por las risas

Me levanté del taburete que estaba ocupando, y bajé la cabeza para mirar insolentemente a Siskin:

- No hace más que una semana que murió Fuller. Me siento como un chacal... celebrando el hecho de irrumpir en su trabajo.

Di media vuelta con intención de marcharme, pero Siskin dijo inmediatamente:

- De un modo u otro tenía usted que llegar a esa situación. Fuller, como director técnico, se estaba acabando a pasos agigantados. Últimamente no llegaba a alcanzar el ritmo y perfección de trabajo que se esperaba de él.

- Pues no es esa la opinión que llegó hasta mí. Fuller dijo que estaba decidido a evitar que usted hiciera uso del simulador del medio social, con fines de previsión o proyecto de posibilidades políticas.

La demostración de la piedra hipnótica había terminado, y el ruido, que hasta entonces había sido sofocado acústicamente por la habitación distante, se fue acercando hacia nosotros, en forma de un grupo gesticulante de mujeres ricamente vestidas y sus escoltas.

Una joven rubia, que iba delante, se dirigió directamente hacia mi. Antes de que me pudiera alejar, me había cogido por el brazo y me había estrechado contra su corpiño repleto de brocados de oro. Poseía unos ojos terriblemente expresivos, y su pelo plateado, jugueteaba sobre sus hombros desnudos.

- Mr. Hall, ¿no fue realmente asombrosa esa piedra hipnótica marciana? ¿Tuvo usted algo que ver en todo ello? Me temo que sí.

Miré de soslayo a Siskin que se alejaba en aquel momento. Inmediatamente reconocí en la muchacha a una de sus secretarias particulares. La maniobra era evidente. La joven estaba sumida, aunque aparentemente fuese lo contrario, en sus funciones características de trabajo, si bien, en aquel instante, sus deberes tuvieran un amplio signo conciliatorio.

- No. Más bien me temo que la idea haya sido exclusiva de su jefe.

- ¡Oh! - exclamó llena de admiración, mientras miraba a Siskin que se alejaba -. ¡Qué hombrecillo más ingenioso e imaginativo! Y no es más que un muñeco, ¿verdad? ¡Un vivaracho muñequito!

Traté de alejarme, pero ella había sido perfectamente bien instruida.

- Y su campo, Mr. Hall, ¿es esti... estimulativas...?

- Simuelectrónicas.

- ¡Qué fascinante! De manera que cuando usted y Mr. Siskin tengan su máquina... ¿le puedo llamar máquina, verdad?

- Es un auténtico simulador del medio ambiente. Dimos con él, al menos, al tercer intento. Y le llamamos *Simulacron-3*

- Bueno, pues eso..., que cuando tengan a punto su estimular, no habrá necesidad alguna de los encuestadores, que al fin y al cabo me parecen bastante chismosos.

Con lo de encuestadores y chismosos, ella se refería, naturalmente, a los monitores de reacciones, con su certificado de aptitud, a quienes más comúnmente se denominaba papagayos. Por mi parte, yo nunca censuré a un hombre bajo el prisma del medio que tuviera de ganar su vida, aunque fueran encuestadores, que al fin y al cabo no hacían más que meter las narices en los hábitos y actos cotidianos del público.

- Nuestra intención no es dejar a todo el mundo sin trabajo - expliqué -. Pero cuando la automatización caiga de lleno sobre los muestrarios de la opinión, estoy seguro de que habrá que hacer algunos ajustes, en la cuestión social del empleo.

La joven, casi materialmente colgada de mi brazo, me fue llevando poco a poco hacia la ventana:

- ¿Y qué es lo que se propone, Mr. Hall? Háble me de su... simulador. ¡Ah!, y todo el mundo me llama Dorothy.

- No es que haya mucho que contar.

- ¡Oh!, es usted muy modesto. Me encantaría que contara algo.

Si ella iba a continuar en su proceder, manifestándose siempre bajo la inspiración de Siskin, no había razón por la que yo no pudiera hacer otro tanto... sólo que manifestándome a un nivel un tanto superior al de ella.

- Bueno, pues verá, miss Ford, vivimos en una sociedad muy compleja, que prefiere arriesgarlo todo de la empresa hacia fuera. De ahí, que haya muchos más organismos que se ocupan de la opinión pública de los que usted pueda imaginar. Antes de lanzar al mercado un producto, queremos saber quién va a comprarlo, cuántas veces al mes o al año lo adquirirá, y cuánto está dispuesta a pagar la gente por él; cuáles son las causas mas influyentes en materia de conversiones religiosas; las posibilidades que puede tener el gobernador tal de ser reelegido; cuáles son los artículos que privan, en un momento determinado en la demanda; si tía Bessy preferirá el azul o el rojo en la moda de la próxima estación.

La muchacha me interrumpió con una sonora carcajada metálica:

- Me imagino a los encuestadores al acecho tras cada arbusto.

Yo asentí:

- Se cuentan a porrillo los que acechan la opinión pública. Por descontado que en muchos aspectos es una tontería. Pero hay muchos que disfrutan del status actual amparándose en el Código de Monitores de Reacciones.

- ¿Y Mr. Siskin va a acabar con todo eso... Mr. Siskin y usted?

- Gracias a Hannon J. Fuller hemos hallado un medio mejor. Podemos, electrónicamente, simular un medio ambiente social. Podemos popularizar las situaciones subjetivas, las unidades reaccionales. Apoyándonos en el medio ambiente, aguijoneando las unidades de identificación, podemos llegar a hacer una estimación de la conducta de un pueblo en situaciones hipotéticas.

Sonrió de un modo forzado, dio paso a una expresión incierta, y luego recuperó su estado normal:

- Ya comprendo - musitó -. Pero era evidente que no había entendido una palabra. Esto dio un nuevo impulso a mi táctica.

- El simulador es un modelo electromatemático aplicable a una comunidad de tipo medio. Permite realizar previsiones a largo plazo. Y tales previsiones poseen un valor mucho mayor que los resultados que lleguen a obtenerse enviando a todo un ejército de papagayos encuestadores - a recorrer a pie de un extremo a otro toda la ciudad.

Ella rió tímidamente:

- Claro que sí. Bueno, ¿vamos a tomar un trago... cualquier cosa... quiere, Doug?

Movido por el sentido de la obligación que imperaba en los Locales Siskin, yo, quizá hubiera terminado por ir a buscarle algo para beber. Pero, la barra, se hallaba situada exactamente al otro extremo de la habitación, y mientras me lo pensaba, uno de los jóvenes que formaban la reunión se acercó decidido hacia Dorothy.

Relevado pues, de mis obligaciones caballerescas, caminé despacio e indiferente, hacia el bar. Cerca estaba Siskin, rodeado de algunos periodistas, a quienes hacía declaraciones explosivas acerca de las maravillas, que próximamente serían reveladas a todo el mundo, del simulador REIN.

Manifestaba con efusión:

- En realidad, es posible, que esta nueva aplicación de las simuelectrónicas - que como ustedes saben es un procedimiento secreto - produzca un impacto tal en nuestra cultura, que el resto de los Establecimientos Siskin, se tendrán que ver quizá relegados a un segundo orden, ante la importancia y magnitud de Reactions, Inc.

Uno de los hombres hizo una pregunta, y la respuesta de Siskin fue como un reflejo:

- Las simuelectrónicas en sí, es algo *primitivo* comparado con esto otro. El cálculo de probabilidades previsibles por los medios actuales, está subordinado a *una* línea de la investigación del estímulo-respuesta. El simulador total del medio ambiente REIN - que dicho sea de paso, nosotros le llamamos *Simulacron - 3* - nos proporcionará la respuesta a *cualquier* pregunta concerniente a reacciones hipotéticas a lo largo del espectro del comportamiento y conducta humanos.

Sin lugar a dudas, se estaba esforzando por imitar a Fuller, como una cotorra. Pero en boca de Siskin, las palabras no alcanzaban más que un sentido de jactancia. Fuller, por el contrario, había confiado en su simulador, poniendo en él, toda la fe y respeto, como si de una creencia religiosa se tratara, en lugar de considerarlo como un edificio de tres pisos, repleto de complejos circuitos.

Pensé en Fuller, y me sentí incapaz una vez más de seguir sus pasos directoriales. Había sido para mí un superior, pletórico de abnegación, y al mismo tiempo un verdadero y considerado amigo. Estoy de acuerdo en que era un hombre un tanto excéntrico. Pero ello no era mas que la consecuencia de su propósito, que era para él la cosa más importante del mundo. En lo concerniente a Siskin, el *Simulacron - 3,* quizá no fue más que una inversión monetaria. Pero en lo tocante a Fuller, era una intrigante y prometedora puerta, cuyos batientes no tardarían en abrirse a un mundo nuevo y mejor.

Su alianza con los Establecimientos Siskin, no había pasado de ser un expediente financiero. Pero su propósito fue siempre de que mientras el simulador fuese arañando de los ingresos contractuales, también iría explorando los insospechados campos de la interacción social y de las relaciones humanas, como medios para sugerir una sociedad más ordenada, en todos sus estamentos sociales.

Me fui acercando hacia la puerta, y con el rabillo del ojo vi a Siskin que se separaba repentinamente de los periodistas. Cruzó la habitación, y sujetó la puerta a medio abrir ante mí, entre sus manos:

- ¿No nos va a abandonar usted, verdad?

Naturalmente, se refería a la posibilidad de que abandonara la reunión. Pero... *¿se había referido a eso?* Me di cuenta en aquellos momentos de que a la sazón, yo era una pieza indispensable para él. No, REIN podría continuar sus éxitos sin mí. Pero si Siskin tenía que recuperar todas sus inversiones, yo tendría que quedarme para llevar a efecto algunos detalles muy importantes que Fuller me había confiado.

En aquel instante, se oyó un timbre, de tono sordo, y la pantalla de televisión se iluminó, produciendo una serie de rayas en todas direcciones, hasta que un momento después la imagen quedó centrada, apareciendo un hombre correctamente vestido, y cuya manga izquierda lucía el distintivo de los Monitores de Reacciones Colegiados.

Siskin frunció el ceño con sorpresa:

- ¡No podía ser más que un encuestador! Pues ahora mismo hemos dado por terminada la reunión. - Apretó un botón.

La puerta se abrió y el que había llamado se anunció a sí mismo:

- John Cromwell, CRM Número 1146-A2. Represento a la Fundación de Opinión Diversa Foster, bajo contrato del State House of Representatives Ways and Means Committee.

El hombre separó por unos instantes la mirada de Siskin, para contemplar el racimo de gente que se apiñaba alrededor de la mesa y de la barra. Se mostraba impaciente y apologéticamente incómodo.

- ¡Pero hombre de Dios! - protestó Siskin haciéndome un guiño -. ¡Pero si es prácticamente la mitad de la noche!

- Es el Tipo A de vigilancia prioritaria, ordenada y respaldada por la autoridad legislativa del estado. ¿Es usted Mr. Horace P. Siskin?

- Sí, yo soy. - Siskin se cruzó de brazos y con ello redobló la apariencia con que Dorothy Ford le había descrito poco antes - un muñequito.

- Bien. - El otro sacó un manojo de papeles oficiales y una pluma -. Quiero que usted me dé su opinión sobre la situación económica del próximo año fiscal, desde el punto de vista de la repercusión que pueda ejercer sobre los ingresos del estado.

- No voy a responder a ninguna pregunta - dijo Siskin con testarudez.

Intrigados por el desenlace que podría tener aquello, algunos de los invitados detuvieron sus chismes y Comentarios para ver en qué terminaba. Sus risas anticipadas, sobresalían del murmullo de la conversación.

El encuestador frunció el ceño:

- Pues debería hacerlo. Es usted en estos momentos un hombre interrogado oficialmente, y a quien se tiene catalogado en la categoría de los hombres de negocios.

Sus palabras y la manera que tenía de expresarlas, resultaban pomposas. Por regla general, cuando se lleva a cabo una investigación comercial, el procedimiento ya no es tan formal.

- De todos modos, no pienso responder - se reiteró Siskin -. Si se fija usted en el artículo 326 del Código RM...

-...podré darme cuenta de que las actividades recreativas no se pueden interrumpir con fines investigadores de encuesta - se le anticipó el otro. Y añadió -: Pero el privilegio de esta cláusula es inaplicable, cuando la investigación se lleva a efecto en interés de las agencias públicas.

Siskin rió de buena gana ante la obstinada formalidad del hombre, lo cogió por un brazo y lo condujo a lo largo de la habitación:

- Vamos. Tomaremos un trago. A ver si así me decido a responderle.

La puerta comenzó a cerrarse. Pero se detuvo y quedó entreabierta, en deferencia a una segunda llamada.

*** * ***

Calvo, de rostro enjuto, recorrió impaciente la habitación con la mirada, mientras entrecruzaba unos con otros los dedos incansablemente. Él no me había visto todavía, porque yo estaba tras la puerta, viéndole a través del panel televisor movible.

Avancé para que pudiera verme.

- ¡Lynch! - exclamé -. ¿Dónde estuviste metido durante toda la semana pasada?

La misión de Morton Lynch era la seguridad interior de REIN. Últimamente, había trabajado en el turno de noche, lo cual le hizo estar bastante en contacto con Hannon Fuller, que por su parte también prefería el trabajo nocturno.

- ¡Hall! - susurró nervioso, clavando los ojos en los míos - ¡Tengo que hablar contigo! ¡Dios, tengo que hablar con *alguien!*

Le dejé entrar. Anteriormente ya había faltado al trabajo en dos ocasiones, para volver, macilento y deshecho al cabo de una semana de soportar una estimación cerebral electrónica. En las últimas ocasiones se había especulado la posibilidad de si su ausencia había sido motivada por una reacción de congoja producida por la muerte de Fuller, o bien si se habría metido en alguna covacha de ESB. No, en realidad él no era adicto a tales cosas. Y aún en aquel momento se podía apreciar perfectamente que había estado bajo los efectos de una borrachera.

Le saqué de allí inmediatamente y le llevé al jardín:

- ¿Es algo que tenga que ver con el accidente de Fuller?

- ¡Oh, sí! - sollozó, dejándose caer en una silla y ocultando el rostro entre sus manos -. ¡Sólo que no fue un accidente!

- Entonces..., ¿quién le mató? ¿Cómo...?

- Nadie.

- Pero...

Hacia el sur, más allá de las luces parpadeantes que cubrían la ciudad como una alfombra de simétrico resplandor, un Cohete Lunar, empezaba a despegar, entre el silbido de sus motores y los destellos rojizos que invadieron la oscuridad de la noche, mientras el cohete se iba abriendo paso hacia el espacio.

Lynch, sorprendido por el ruido instantáneo, casi cayó de la silla. Le cogí por los hombros y trate de reanimarle y tranquilizarle.

- Espérate aquí. Te traeré algo de beber.

Cuando volví con un burbón seco, se lo bebió de un trago y dejó escapar después el vaso de entre sus manos.

- No - comenzó a decir mostrando la misma agitación -, Fuller no fue asesinado. La palabra asesinato no sería suficiente para describir lo ocurrido.

- Se metió en un tendido de alta tensión - le recordé -. La noche estaba muy avanzada. Sin duda estaba exhausto. ¿Lo vio usted?

- No. Tres horas antes habíamos estado charlando. Llegué a pensar que estaba loco... por las cosas que me dijo. Me dijo que no quería que yo me viera envuelto en todo aquello, pero que bien se lo tenía que explicar a *alguien.* Usted no había regresado todavía. Entonces... entonces...

- ¿Sí?

- Entonces me confesó que creía que le iban a matar, porque había tomado la determinación de no callar por más tiempo un secreto.

- ¿No callar *qué* secreto?

Pero Lynch estaba demasiado concentrado en sus pensamientos como para que se le pudiera interrumpir:

- Y me dijo también, que si él llegaba a desaparecer o a morir quería que supiera que no había sido un accidente.

- ¿Pero cuál era ese secreto?

- Mas no se lo podía decir a nadie... ni a usted. Porque si lo que había dicho era verdad... bueno, creo que no he hecho otra cosa en toda la semana que andar dando vueltas de un lado a otro tratando de llegar a decidir lo que tenía que hacer.

La cacofonía de las voces de la reunión, surgió de pronto en el jardín, al abrirse las puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas.

- ¡Oh! ¡Pero si estás aquí, Doug, cariño!

Ojeé un instante a Dorothy Ford, cuya silueta quedaba recortada ante la puerta, dando la impresión, a juzgar por el balanceo, que se hallaba bajo los efectos de una buena dosis de combinados. He hecho resaltar la palabra «ojeé» como un medio de señalar y dejar bien patente, que mis ojos no se separaron de Morton Lynch durante más de una décima de segundo.

Pero cuando volví a mirarle, la silla estaba vacía.

CAPITULO II

Al día siguiente, a las doce de la mañana aproximadamente, los esfuerzos promocionales de Siskin, estaban dando sus frutos. Por lo que yo pude ver, dos programas televisivos de la mañana, habían hecho unos comentarios, bastante unilaterales, donde se veía perfectamente la mano de Siskin, sobre el inminente desarrollo de las simuelectrónicas. Y las primeras ediciones de los tres periódicos más tempranos de la tarde, hablaban en primera plana largo y tendido, acerca de Reactions, Inc., y su «increíble» simulador total del medio ambiente, *Simulacron -3.*

Sólo en un rincón, sin embargo, pude hallar algo concerniente a la desaparición de Morton Lynch. Stan Walters, en el *Evening Press,* terminaba su comentario con estas palabras:

«Parece que la policía está dedicada hoy, aunque de un modo superficial, a la búsqueda de un tal Morton Lynch, responsable de la seguridad interna de Reactions, Inc., fabulosa nueva propiedad de Horace P. Siskin. El mencionado Morton, se dice que desapareció. Apostaríamos cualquier cosa, de todos modos, a que no se va a perder mucho sueño en su búsqueda. El denunciante manifiesta, pura y simplemente, que Lynch, desapareció. Como era de suponer, todo ello ocurrió en la fiesta reunión de la pasada noche, en la mansión de Siskin. Y todo el mundo sabe, que cosas más increíbles que esta, se han comentado en ocasiones, y situado los hechos además, en la citada mansión de Siskin.»

Efectivamente, yo me había presentado en la comandancia de policía, con la historia. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? El ver desaparecer a un hombre, no es una cosa de la que uno se pueda encoger de hombros y olvidarla tranquilamente.

El timbre del intercomunicador se oyó repetidamente sobre mi mesa, pero yo hice caso omiso, prefiriendo mirar hacia un carromato aéreo, que descendía pausadamente en dirección

al islote central de la calle, destinado exclusivamente para aterrizajes. Manteniéndose después a una altura de seis pulgadas, el vehículo ocupó por unos instantes una posición oblicua respecto al resto del tráfico, hasta que al fin fue a situarse junto a un bordillo. Una docena de hombres, con la insignia característica del CRM sobre sus brazos, salieron al exterior.

Recorrieron inquietos de un lado a otro la acera que se extendía a lo largo del edificio REIN, mostrando pancartas donde se podía leer:

¡EL ESTABLECIMIENTO SISKIN

AMENAZA CON EL DESEMPLEO DE LA GRAN MASA!

¡CATACLISMO SOCIAL!

¡CAOS ECONÓMICO!

¡...LA ASOCIACIÓN DE

MONITORES DE REACCIONES Y ENCUESTAS!

Esa era... la respuesta inicial e impulsiva a la promesa del ahorro de mano de obra o de individuos, gracias a la aplicación de simuelectrónicas en su estado más avanzado. No era nada nuevo. El mundo ya había atravesado por situaciones parecidas a ésta en otras ocasiones... durante el período de Automatización.

El timbre sonó con mayor insistencia, y al fin conecté el conmutador. El rostro de miss Boykins parecía que iba a salirse de la pantalla, a causa de la ansiedad e impaciencia que la embargaban.

- ¡Mr. Siskin está aquí! - dijo al fin.

Realmente sorprendido por la visita, urgí al recepcionista para que le hiciera entrar.

Pero no iba solo. Me di cuenta gracias a la pantalla. Al fondo tras la imagen de miss Boykins, se distinguía al teniente McBain del Departamento de Personas Desaparecidas y al capitán Farnstock, de Homicidios. Los dos me habían visitado anteriormente en aquella misma mañana.

Conteniendo a duras penas su indignación, Siskin entró como una furia en el despacho. Tenía plegadas sus manos, formando insignificantes puños, y se adelantó hasta quedar ante mi mesa.

Se inclinó ante ella:

- ¿Pero qué demonios es lo que se propone, Hall? ¿Qué significa todo eso acerca de Lynch y Fuller?

Me levanté respetuosamente:

- Me limité a decirle a la policía lo ocurrido.

- Pues eso es estúpido, y lo único que está consiguiendo es hacer el ridículo, y hacerlo hacer al establecimiento.

Dio la vuelta alrededor de la mesa, y no tuve más remedio que ofrecerle mi sillón:

- Y sin embargo... - insistí - ... así es como fue.

McBain intervino:

- Por ahora es usted el único que mantiene tal teoría. Me quedé mirando unos instantes al que había hablado y pregunté después:

- ¿Qué quiere usted decir con eso?

- Todos los hombres de mi departamento, han estado investigando sobre el caso, e interrogando a cada uno de los invitados a la reunión. No hubo nadie que tan siquiera *viera* a Lynch la pasada noche.

Siskin se arrellanó sin decir palabra en el sillón y sus diminutas formas quedaron absorbidas entre los brazos curvos. Parecía disfrutar con las afirmaciones del policía. Al fin se decidió a decir:

- Pues claro que no. Nadie le vio. Ya encontraremos a Lynch, claro que sí, ya aparecerá, cuando hayamos recorrido y husmeado en un buen número de covachas de ESB.

Se volvió hacia McBain, y añadió:

- El tipo ese es un adicto a las corrientes corticales. No sería la primera vez que ha faltado a su trabajo a causa de esto.

McBain me miró fijamente, pero al hablar se dirigía a Siskin:

- ¿Está seguro de que *Lynch* es uno de los adictos? Mire, teniente, Hall está fuera de dudas - dijo Siskin anticipándose quizá a la verdadera intención del Policía - de lo contrario no lo tendría en mi establecimiento. Tal vez bebió un poco de más la noche pasada.

- Yo no estaba borracho - protesté.

Farnstock se acercó para situarse frente a mí:

- La parte de Homicidios está interesada en lo que ese tal Lynch se supone que dijo respecto al asesinato de Fuller.

- Dijo bien claramente que Fuller no había sido asesinado - le recordé.

El capitán dudó unos momentos:

- Me gustaría ver el lugar dónde ocurrió el accidente, y hablar con alguien que estuviera allí.

- Ocurrió en la habitación de funciones integrativas. En aquellos días yo estaba con permiso de ausencia.

- ¿Dónde?

- En una cabaña que tengo en las colinas.

- ¿Había alguien con usted?

- No.

- ¿Y si echáramos un vistazo a la habitación de funciones?

- Está en el departamento de Whitney - dijo Siskin -. Es el ayudante de Mr. Hall. - Apretó un botón del intercomunicador.

La pantalla se encendió, bailoteó una imagen durante unos segundos, y cuando se centró, apareció en la pantalla un joven de mi edad aproximadamente, pero con el pelo negro y ensortijado.

- ¿Si, Mr. Siskin? - inquirió Chuck Whitney sorprendido.

- El teniente McBain y el capitán Farnstock estarán en el recibidor dentro de unos diez segundos. Pase a recogerles y enséñeles el departamento de funciones integrativas.

En cuanto los oficiales de policía hubieron salido. Siskin volvió más o menos a sus anteriores palabras:

- ¿Pero qué demonios se propone hacer Doug? ¿Hundir el REIN antes de que ni siquiera haya sido lanzado? Dentro de un mes vamos a iniciar una campaña publicitaria para tratar de conseguir el mayor número posible de contratos comerciales. ¡Una cosa así nos hundiría! ¿Qué es lo que le hace pensar que la muerte de Fuller no fue un accidente?

- Yo no dije que no fuera un accidente.

Hizo caso omiso de la diferencia:

- Sea como sea, ¿quién hubiera querido matar a Fuller?

- Alguien que no quisiera ver llegado el éxito de Reactions.

- ¿Como quién?

Indiqué con el dedo pulgar hacia la ventana:

- Esos. - No era una acusación formal la que yo estaba haciendo. Era un medio de demostrar que la felonía no había sido totalmente descubierta.

Miró hacia donde yo le indicaba y vio, por primera vez, naturalmente, a un grupo de Monitores de Reacción. Tal circunstancia le hizo saltar de la silla:

- ¡Se están manifestando, Doug! ¡Exactamente lo que esperaba! ¡Esto hará que la gente se fije todavía más en nosotros!

- Están preocupados e inquietos por lo que REIN puede significar para ellos... desde un punto de vista de desempleo - señalé.

-- Bueno, pues espero que sus temores no vayan muy descaminados. El desempleo entre la asociación de encuestadores, será directamente proporcional al éxito de REIN.

Se apresuró para marchar, diciendo simplemente:

- ¡Hasta la vista!

Y desde luego, se fue en el preciso momento. La habitación comenzó a dar vueltas a mí alrededor, de un modo indescriptible, alocado, viéndome inmediatamente obligado a apoyarme sobre la mesa, para sostenerme. No sin grandes esfuerzos fui acercándome al sillón, me dejé caer en él, y la cabeza me cayó irremisiblemente hacia delante.

Pocos minutos después, me encontraba bien nuevamente, quizás un tanto inseguro y abatido, pero, al menos habiendo recobrado la posesión de mis facultades.

Llegué a la conclusión de que no podía ni debía hacer caso omiso por más tiempo de los lapsus que de vez en cuando me acechaban. Y sobre todo, teniendo en cuenta, que cada vez se hacían más frecuentes, aun a pesar del mes de descanso que había pasado en la cabaña, con el que no había conseguido mitigar aquellos accesos esporádicos.

De todos modos, no le presté atención alguna. Estaba totalmente decidido a ver en qué quedaba en definitiva el *affaire* Reactions.

Nada ni nadie, me hubieran podido convencer de que Lynch no había desaparecido. Aunque difícil, estaba dentro de lo posible que nadie más que yo en la reunión, se hubiera apercibido de su llegada. Pero de ahí, a que todo aquel incidente, no fuera más que un producto de mi imaginación, mediaba una distancia, y significaba otorgar una concesión, que de ningún modo podía llegar a aceptar.

Y tomando este convencimiento personal, como punto de partida, no había más remedio que hacer frente a tres incongruencias descomunales: primera, que Lynch había desaparecido realmente; segunda, que después de todo, Fuller no había muerto de un modo accidental; y, tercera, que había una especie de «secreto», tal como había apuntado Lynch, que le había costado la vida a Fuller y había terminado con la desaparición de Lynch.

Sin embargo, si quería llegar a constatar alguno de aquellos puntos, estaba visto que no me quedaría más remedio que hacerlo por mí mismo y por mis propios medios. Había que tener en cuenta que la reacción de la policía había sido tan fría y falta de entusiasmo, como era previsible ante una denuncia tan grotesca.

Pero no transcurrió más que un día a la mañana siguiente, y apareció un primer detalle, un primer cabo lógico sobre el caso. Tal circunstancia estaba ligada con el sistema de comunicación que había anteriormente existido entre Fuller y yo. Y estaba también inspirado en algo que había dicho Lynch.

Hannon Fuller y yo, acostumbrábamos, de una forma periódica, a repasar mutuamente nuestras anotaciones más recientes, sobre los trabajos que íbamos realizando. Es decir, que yo estudiaba los de Fuller, y éste los míos, con el fin primordial de coordinar nuestros esfuerzos. En el momento de hacer el pergueño de tales memorándums, utilizábamos tinta roja para las palabras, signos o frases que considerábamos dignos de mayor estudio y atención.

De acuerdo con las palabras de Lynch, Fuller le había revelado algo que entraba en el capitulo de secreto. La mala suerte quiso que tal información se la diera a él en lugar de a mí... debido a mi ausencia. Pero, por esta misma razón, era muy posible, que Fuller, hubiera tomado las medidas oportunas para que tal información llegara a mí a través, de las anotaciones de tinta roja.

Accioné inmediatamente sobre el botón de intercomunicaciones:

- Miss Boykins, ¿ha tocado alguien los efectos personales del doctor Fuller?

- No, señor. Pero lo harán en seguida. Los carpinteros y electricistas van a ir pronto a su despacho.

Entonces recordé: Aquel despacho, después de la muerte del doctor Fuller, había sido destinado a otras aplicaciones.

- Dígales que no vayan allí hasta mañana.

Cuando encontré la puerta del despacho de Fuller entreabierta, no me sorprendió en absoluto, pues habíamos utilizado la antesala de recepción de su despacho, para almacenamiento momentáneo del equipo de simuelectrónicas. Pero después de recorrer la espesa alfombra que conducía basta la puerta interior, quedé rígido por la sorpresa.

Había una mujer sentada ante la mesa, rebuscando entre un montón de papeles que tenía delante. No cabía la menor duda de que había llevado a efecto, y con rigor, una gran parte del trabajo que se había propuesto, a juzgar por los cajones, todavía abiertos. y el desorden de papeles y expedientes que había encima de la mesa,

Entré de puntillas en la habitación, yendo a situarme tras ella, y tratando de acercarme lo máximo posible, sin ser descubierto.

Era joven, no debía pasar de los veinte años. Sus mejillas, aun a pesar de la tensión a que estaba sometida al inspeccionar entre los objetos de Fuller, se mostraban suaves, y de un trazo armonioso. Unos labios preciosos, y ojos más bien grandes, eran los rasgos dominantes de su rostro. Si no recuerdo mal, sus ojos avellanados contrastaban con el ébano de su pelo, que a modo de cascada escapaba por debajo de un sombrero cuyo detalle más característico era la forma un tanto rara y hasta casi impertinente.

Llegué, por fin a estar situado tras ella, temiendo siempre que el menor ruido traicionara mi presencia.

Aquella chica, o bien era un agente enviado por alguna de las fundaciones de simuelectrónicas temerosa de ser barrida por Reactions, o al menos ser relegada a un plano muy discreto, o bien tenía algo que ver con el «secreto» indescifrable de Fuller.

Al parecer, la muchacha había repasado ya casi todas las anotaciones. Vi cómo giraba la antepenúltima página y la colocaba boca abajo sobre el montón que ya había inspeccionado. De pronto mis ojos cayeron sobre la última hoja.

¡Estaba en tinta roja! Pero en ella no había ni palabras ni fórmulas ni diagramas esquemáticos. No había más que un simple e insignificante dibujo. Los trazos mostraban una especie de guerrero - griego, a juzgar por la túnica, la espada y el casco - y una tortuga. Nada más. A no ser que cada una de las figuras había sido concienzudamente subrayada con trazos rojos.

Podría hacer resaltar aquí, que en todo momento en que Fuller quería llamar mi atención en algo importante, en su especie de dietario, lo subrayaba, una o dos veces, según la importancia del asunto. Por ejemplo, cuando halló la fórmula para programar las emociones características en las unidades reaccionales subjetivas del simulador, lo había subrayado cinco veces, a gruesos trazos, con tinta roja. Y bien pudo hacerlo así pues la fórmula esa, iba a ser la piedra de toque donde se basara todo el sistema.

En este caso, había subrayado al guerrero griego y la tortuga al menos *cincuenta veces...* ¡Hasta que traspasó el papel!

Presintiendo por fin mi presencia, la muchacha se sobresaltó. Temiendo que querría escapar hacia la puerta, la cogí por la muñeca.

- ¿Qué está haciendo usted aquí? - le pregunté. Ella contraía las facciones a causa de la presión intensa de mi mano. Lo más extraño era que en su rostro no había sorpresa ni temor. En lugar de ello, sus ojos se mostraban animados por una tranquila y dignificada rabieta.

- ¡Me está haciendo daño, bruto! - dijo ella fríamente.

Por un momento tuve la impresión de que había visto aquellos ojos maravillosos en alguna parte, y aquella nariz más bien respingona no me era desconocida.

Aflojé la presa, pero no la solté del todo.

- Gracias, míster Hall - ya no quedaba muestra alguna de su anterior indignación -, ¿porque usted es mister Hall, verdad?

- Eso es exactamente. ¿Pero qué es lo que está usted haciendo en este despacho? ¿Qué es lo que está saqueando?

- Bueno, al menos no es usted el Douglas Hall que yo conocía.

Ligeramente, le fui soltando la muñeca.

- Que conste que no estoy escoltando. Fui escoltada hasta aquí por uno de sus guardianes.

Yo retrocedí un paso, terriblemente sorprendido:

- ¿No serás...?

Sus facciones quedaron imperturbables. Y para mi, la ausencia de moderación en su expresión, era afirmación suficiente.

Me quedé mirándola fijamente, y comparaba sus facciones actuales con las de una chiquilla que solía ver ocho años atrás. «Jinx» Fuller. Y recordé que por aquel entonces ya se había mostrado terca e impulsiva en algunas ocasiones.

Recordé incluso algunos detalles: el embarazo de su padre al explicarme que su hija, muy impresionable, decía sentirse terriblemente «atraída» por su «tío» Doug; recordé también las emociones entremezcladas que aquellas palabras me produjeron en la madurez de mis veinticinco años, cuando dentro de poco tiempo iba a conseguir el título de graduado en Ciencias siguiendo las tesis del doctor Fuller. Reconociendo lo difícil que sería ejercer las funciones de padre a un viudo, Fuller había dejado a su hija bajo los cuidados de una hermana, en otra ciudad, para que allí encontrara el abrigo pseudomaterial y pudiera realizar al mismo tiempo sus estudios.

Ella me trajo nuevamente al presente:

- Soy Joan Fuller.

- ¡Jinx! - exclamé.

Sus ojos se humedecieron ligeramente, y parte de la seguridad que había mostrado en sí misma se derrumbó:

- Ya había perdido las esperanzas de que alguien me volviera a llamar de ese modo.

Tomé su mano solícitamente. Después quise dar una explicación a mi rudeza anterior:

- No te había reconocido.

- Ya me hago cargo. En cuanto a mi presencia aquí me rogaron que viniera a recoger las cosas de mi padre.

Le rogué que se sentara en el sillón y yo quedé apoyado en la mesa:

- Yo me hubiera ocupado de ello. Pero nunca hubiera podido imaginar... te contaba lejos de aquí.

- He vuelto para pasar un mes.

- ¿Estabas con el doctor Fuller cuando...?

Me respondió con un gesto de la cabeza, y separó la vista de mí y de todo cuanto había sobre la mesa.

Reconocí inmediatamente mi error, al hablarle de tales asuntos en aquel preciso momento. Pero no podía dejar pasar de largo la oportunidad.

- Respecto a tu padre..., ¿crees que en los últimos días estaba preocupado por algo?

Ella se volvió hacia mí como si le hubiera sorprendido la pregunta:

- No, no me di cuenta. ¿Por qué?

- No, es sólo que... decidí mentir para evitar el hacerle daño --. Estábamos trabajando en algo muy importante, y en aquellos momentos yo me hallaba fuera. Y me interesaría saber si llegó a resolver el problema.

- ¿Y ese problema estaba ligado en algo, al control de funciones?

Estudié su rostro con mucha atención.

- No, ¿por qué lo preguntas?

- ¡Oh! No sé, por nada.

- Pero por alguna razón me lo habrás preguntado.

Ella dudó:

- Pues yo diría que estaba un tanto cavilante y taciturno por algo. Pasaba una cantidad de tiempo enorme encerrado en su estudio. Y vi algunos libros que trataban de ese tema sobre su mesa.

No sé por qué, me dio la impresión de que estaba tratando de ocultarme algo:

- Si no te importa, me gustaría acercarme por allí un día de estos y echar una ojeada a sus notas. ¡Quién sabe si podría encontrar lo que estoy buscando!

- Esto, al menos, era más delicado que decirle de sopetón, que a mi juicio la muerte de su padre no había sido a causa de un accidente.

Abrió un bolso de plástico y comenzó a meter en él los efectos personales de Fuller:

Me puede llamar cuando guste.

- Aún hay otra cosa. ¿Sabes si Morton Lynch fue a ver a tu padre a su casa recientemente?

Ella frunció el ceño:

- ¿Quién?

- Morton Lynch, el otro «tío» que tenias.

Ella me miró con expresión indecisa:

- No conozco a ningún Morton Lynch.

Oculté mi perplejidad tras un gran silencio. Lynch había sido el hombre dedicado a la conservación y mantenimiento en la universidad. Se había venido con el doctor Fuller y conmigo, cuando Fuller dejó de enseñar para dedicarse a la investigación privada. Y además, había vivido con los Fuller durante más de una década, y no hacía más de dos años que había decidido trasladarse a los edificios más próximos a REIN.

- ¿Que no te *acuerdas* de Morton Lynch? - reviví para mis adentros los imperecederos recuerdos de aquel hombre ya mayor, construyendo casas de muñecas para ella, reparándole los juguetes y llevándola sobre sus hombros para jugar a carreras, durante horas y horas.

Nunca oí hablar de él.

Preferí no insistir, y pensativamente, empecé a rebuscar entre el acopio de notas y papeles que había sobre la mesa. Me detuve cuando encontré el dibujo del guerrero griego, pero no le presté mucha atención en aquel momento.

- Linx, ¿puedo hacer algo por ti?

Ella sonrió. Y su sonrisa me llevó de nuevo a la jovencita que había conocido con quince años. Vi en ella el perdido «interés» por mí que una vez sintiera en su vida.

- Todo irá bien - me dijo -. Papá me dejó un poco de dinero. Y por otra parte yo trabajaré haciendo uso de mi graduación en la evaluación de la opinión pública.

- ¿Que vas a formar parte de los monitores de reacción?

- ¡Oh, no! Es algo más que eso. Más profundo, *Evaluación.*

Había algo irónico en el hecho de que hubiera pasado cuatro años de su vida aprendiendo una profesión que dentro de poco iba a caer en desuso, a consecuencia del trabajo que su padre había hecho en el mismo período de tiempo.

Nuestros puntos de vista en este asunto, no coincidían. Se lo dejé entrever al decir:

No hace falta que te dediques a ello, con los intereses que tienes en Reactions.

- ¿El veinte por ciento de papá? No puedo cobrarlo. Oh, si, ya sé que es mío. Pero Siskin se apropió del dinero en un arreglo legal. En este caso él hizo las veces de gestor. Todos los dividendos están bajo custodia, y no puedo tocarlos, hasta que tenga treinta años.

Un verdadero lío. Y no es que hiciera falta mucha imaginación para ver los motivos. Fuller no había sido el único en mostrar su acuerdo para que todos los esfuerzos y resultados de Reactions se dedicaran a una investigación que condujera a la elevación y mejora del espíritu humano, para intentar sacarlo de su todavía primitivo cenagal. Había habido muchos otros votos, respaldando el de Fuller. Pero ahora, muerto éste, y Siskin arreglando las cosas para que el veinte por ciento de Fuller quedara bajo su tutela hasta que Jinx tuviera treinta años, era más que seguro y forzoso que el simulador utilizado para cualquier cosa, menos aquellas que tuvieran un sentido de provecho y de idealización.

Ella cerró su bolso de plástico:

- Siento mucho el haberme mostrado tan brusca. Pero la verdad es que estaba equivocada. Todo lo que podía pensar, después de haber leído en los periódicos algo acerca de la reunión de Siskin era que usted había querido arrebatarle el puesto a mi padre. Me tenía que haber dado cuenta antes de que estaba equivocada.

- Pues claro que lo estabas. De todos modos las cosas no van como quería el doctor Fuller. No me importa lo que ocurra. No creo que yo aguante aquí más tiempo del necesario para ver qué es lo que ocurre y cómo van las cosas, cuando el simulador se convierta en realidad. Los esfuerzos de tu padre, merecen tal satisfacción al menos.

Ella sonrió, puso el bolso bajo el brazo, y se acercó de nuevo hacia el montón de papeles en desorden. Un extremo de la página que contenía el dibujo en tinta roja, se veía asomar por debajo de otros papeles, y me dio la sensación de que el guerrero griego me estaba mirando de un modo burlón.

- Me imagino que querrá echarle una ojeada a todo esto - me dijo yendo hacia la puerta -. Le espero cuando guste en casa.

En cuanto se fue, me dirigí inmediatamente hacia la mesa, y comencé a buscar. Al cabo de unos instantes, quedó absorto, sin saber hacia dónde dirigir mi vista y mis manos.

El guerrero, ya no me miraba. Busqué y rebusqué entre todos los papeles. El dibujo no estaba allí.

Primero de un modo nervioso, después con mucho cuidado, miré y remiré todas las hojas, una y otra vez.

Volví a abrir los cajones, miré debajo de la mesa y por el suelo.

Pero el dibujo no estaba... como si nunca hubiera estado allí.

CAPITULO III

Pasaron varios días antes de que yo pudiera profundizar más en el enigma Lynch-Fuller y el guerrero griego. No es que mi inquietud no me impulsara a ello; más bien era debido a que me acuciaba la necesidad de dar una forma definitiva al simulador del medio ambiente, y llegar a integrar todas sus funciones.

Siskin me daba una prisa terrible. Quería que todo el sistema estuviera a punto para hacer una demostración en el plazo máximo de tres semanas, a pesar de que había todavía que incorporar a la máquina más de mil circuitos de reacciones subjetivas, para pasar de una «Población» primaria a una acumulación de más de diez mil.

Puesto que nuestra simulación de un sistema social tenía que llegar a formar una «comunidad» por sí misma, había que acoplar miles de circuitos primarios a sus respectivos pares de tipo físico. Este trabajo incluía toda una serie de detalles que comprendían entre otros, transportes, escuelas, casas, jardines públicos, animales domésticos, organización gubernativa empresas comerciales, parques, y tantas y tantas instituciones necesarias en

cualquier área metropolitana. Naturalmente, todo ello estaba hecho de un modo simuelectrónico.

El resultado final, era la analogía electromatemática de una ciudad de tipo medio, ubicada de un modo insospechado en un mundo contrahecho y falseado. Al principio, me parecía imposible llegar a creer que, dentro de miles de cables, de millares de inductores y potenciómetros de precisión, de un sin fin de transistores y generadores de función, dentro de todos sus componentes, reposara una comunidad entera, siempre a punto para responder a cualquier interrogante que sobre la reacción de la gente ante un hecho determinado, se pudiera plantear, de un modo estimulativo, a sus cerebros mecánicos.

Hasta que no intervine de lleno en uno de los circuitos, y vi con mis propios ojos el resultado de la operación, no me convencí.

Casi completamente exhausto, tras un día muy pródigo en actividad, traté de relajarme, puse los pies sobre la mesa, e hice cuanto me fue posible por alejar mi pensamiento del simulador.

Pero, al olvidar esto, no había más que otra cosa que pudiera venir a mi memoria... Morton Lynch y Hannon Fuller, un guerrero griego, una tortuga arrastrándose, y una jovencita llamada Jinx, que se había hecho mayor, como de un día para otro, convirtiéndose en una señorita muy atractiva, pero desde luego muy olvidadiza.

Me incliné hacia delante, y accioné un botón del intercomunicador: La pantalla dio en seguida la imagen de un hombre de pelo blanco, de mejillas enjutas, y cuyo rostro evidenciaba la fatiga.

- Avery - dije -, tengo que hablar con usted.

- Por todos los santos... ahora no, hijo. Estoy muy cansado. ¿No puede esperar lo que me tengas que decir?

Avery Collingsworth delante de su nombre había un doctor en física - se reservaba el privilegio de llamarme siempre «hijo», aun a pesar de que formaba parte de los hombres que había a mis órdenes. Pero a mí no me importaba en absoluto, puesto que anteriormente yo había sido su alumno, en sus clases de fisicoelectrónicas. Como resultado de tal asociación, él formaba parte del cuadro psicológico de Reacciones, Inc.

- No tiene nada que ver con REIN lo que he de decirle - le tranquilicé.

Él sonrió:

- En ese caso, puedes estar seguro de que estoy a tus órdenes. Pero te voy a poner una condición. Nos tendremos que reunir en Limpy's. Después del trabajo de hoy, creo que necesito un... - bajó la voz - un buen cigarro.

- Nos veremos en Limpy's dentro de quince minutos - accedí.

No soy un inveterado quebrantador de la ley. No poseo una persuasión muy firme sobre el artículo treinta y tres. Hay otros grupos de gente, que tienen otros puntos de vista, claro

está. Pero para mí, el defender la postura de que la nicotina es un perjuicio enorme para la salud del individuo, y por consiguiente para la moral de la nación, no me entraba de un modo total y definitivo en la cabeza.

Pero no creo que el treinta y tres dure mucho. Ahora ya es tan poco popular como lo fuera el dieciocho hace cien años. Y no veo la razón por la cual un individuo no pueda fumar de vez en cuando, sobre todo si tiene cuidado en no soplar en dirección de las gentes afiliadas al «Salvad Nuestros Pulmones».

Al acordar la cita con Avery en el fumadero, para dentro de quince minutos, no tuve en cuenta a los CRM. No era porque tuviera miedo a tener problema alguno con los manifestantes que había enfrente. Bastante trabajo tenían con gritar desaforadamente cuando salí a la calle. Y hasta incluso se mostraron amenazantes. Pero Siskin había hecho uso de su influencia, y había hecho que la policía montara todo un destacamento por los alrededores durante las veinticuatro horas del día.

Lo que me hizo retrasar fue todo un grupo de encuestadores de la opinión pública, que invariablemente escogían las últimas horas de la tarde para intensificar su esfuerzo, ya que era el momento en que podían caer libremente sobre las riadas de gente que salían de las oficinas y de los grandes establecimientos.

Limpy's no está más que unas cuantas manzanas de distancia desde Reactions. Así que decidí ir a pie, lo que me hacía ser un blanco inmejorable para los encuestadores. Y ya lo creo que me asediaron.

El primero, precisamente, quería saber lo que yo pensaba acerca del artículo treinta y tres de prohibición, y si yo tenía alguna objeción que hacer a los cigarrillos sin humo y sin nicotina.

Aún no me había liberado de aquél, cuando vino una mujer vieja, con papel y lápiz en la mano, solicitando mi opinión sobre el aumento de tarifas de viaje, en los «tour» Luna Worther. El hecho de que yo no tuviera la menor intención de hacer una excursión semejante, no importaba lo más mínimo.

Cuando terminó, me había llevado tres manzanas más allá del Limpy's, y por tanto no me quedaba más remedio, que como había cogido poco antes la acera rodante que me transportaba a lo largo de la ciudad como las antiguas escaleras mecánicas de otros tiempos no me quedaba otra solución pues, que continuar dos manzanas más, hasta poder hacer el transbordo y tomar una plataforma de regreso.

Otro de aquellos encuestadores, se interceptó en mi camino de vuelta. Con mucha educación rechazó mi súplica de que me excusara de tales interrogatorios, haciendo valer los derechos que le otorgaba el Código de RM. Con impaciencia le dije que no creía que los stocks de productos que se pudieran hacer en Marte, tendrían una justificación en los incrementos de la demanda de consumo.

Había veces - y ésta era una de ellas - en que miraba con complacencia el momento en que las calles se verían por completo liberadas de aquellos seres entrometidos.

Con quince minutos de retraso sobre la hora acordada, llegué al Limpy's, me reconocieron, y me hicieron pasar a una habitación medio oculta, que se abría al otro lado de un bar.

En el interior, tuve que esperar unos instantes a que mis ojos se fueran acostumbrando al azul intenso que inundaba la habitación. Un olor fuerte, aunque agradable, de tabaco quemado, cubría el ambiente. Toda la habitación estaba sumida en un ruido que recorría todas las escalas y tonos. Y de un lugar oculto entre las paredes, llegaban las notas de una canción: «El humo ciega tus ojos».

Desde la barra, recorrí con la mirada todas las mesas. Avery Collingsworth no había llegado. Y me imaginé humorísticamente una escena no desprovista de cierto patetismo, en la que él, hacía cuanto podía para liberarse de uno de aquellos papagayos.

Limpy se acercó cachazudo hacia mí, por detrás de la barra. Era un hombre recio y fuerte, siempre con cara de circunstancias, que tenía un tic nervioso en el párpado izquierdo, lo cual hacía resaltar su caricaturesca apariencia.

- ¿Beber o fumar? - me preguntó.

- Un poco de cada. ¿Ha visto al doctor Collingsworth?

- No, hoy no. ¿Qué va a ser?

- Scotch-asteroide, doble. Y dos cigarrillos... mentolados.

Primero me trajo los cigarrillos, empaquetados en una bolsita de plástico. Tomé uno, lo sacudí sobre la barra y me lo llevé a la boca. Inmediatamente, uno de los ayudantes de Limpy, puso ante mí un encendedor con preciosos adornos.

El humo me quemaba al entrar, pero yo hice cuanto pude para no toser. Una o dos bocanadas más, y habría salvado el escollo que traiciona al fumador poco acostumbrado. Después sentí ese agudo comezón que se pone en las narices y en el paladar, pero que resulta agradable.

Poco después mi euforia se vio acrecentada por el suave sabor de Seotch. Lo saboreé de buen grado mientras contemplaba a la gente que casi llenaban la habitación. La luz era tenue, los fumadores hablaban poco, y sólo de vez en cuando los susurros se mezclaban con la música arcaica.

Los altavoces lanzaron al aire otra canción: «Dos cigarrillos en la oscuridad». Pensé de pronto en cuál sería la opinión de Jinx respecto a la prohibición treinta y tres, y me imaginé con ella descansando en un jardín privado, con el humo de un cigarrillo perdiéndose en la noche, y el reflejo carmesí de la brasa reflejándose en su rostro.

Por centésima vez llegué a la conclusión de que ella no había tenido nada que ver con la desaparición del dibujo de Fuller. La escena volvía a mi imaginación con toda claridad. Yo había *visto* el dibujo mientras ella caminaba hacia la puerta. Pero cuando volví a la mesa, no estaba.

Pero, si ella no estaba mezclada en todo aquello, ¿por qué había negado el conocer a Morton Lynch?

Apuré de un trago lo que quedaba del Scotch, pedí otro y continué fumando. ¡Qué sencillo sería todo si me pudiera convencer a mí mismo de que no existía el tal Morton Lynch... de que no había existido nunca! En tal caso, la muerte de Fuller, estaría totalmente fuera de sospechas, y Jinx habría quedado formidablemente al negar el haberle conocido. Pero aun así, tales cosas, no explicarían la desaparición del dibujo.

Alguien se subió al taburete que había junto al mío, y una mano cariñosa y fuerte, se apoyó sobre mi hombro:

- ¡Malditos papagayos!

Me volví para mirar a Avery Collingsworth:

- ¿También le atraparon a usted?

- Sólo cuatro. Uno de ellos me empezó a hablar de las Asociaciones Médicas. ¡Hubiera preferido que me arrancaran un diente!

Limpy trajo la pipa de Collingsworth, llenó la cazoleta con una mezcla especial de la casa, y pidió un «whisky» seco.

Avery - dije pensativamente mientras encendía la pipa -. Quisiera exponerle un jeroglífico. Es este dibujo. Un guerrero griego con una lanza, mirando al frente y con una pierna adelantada simulando la acción de caminar. Delante hay una tortuga, que va en la misma dirección. Primero: ¿qué le sugiere? Segundo: ¿ha visto algo parecido últimamente?

No, pero, ¿qué me vienes ahora con éstas, hijo? Podría estar en casa tranquilamente tomando una ducha caliente.

- El doctor Fuller me dejó ese dibujo. Estoy absolutamente seguro de que tiene un significado. Pero lo que ocurre es que no llego a hacerme una idea de lo que pudo querer decir.

- Es muy extraño...

¿Pero le sugiere algo?

Aspiró la pipa tranquilamente y respondió:

- Quizá.

Como transcurrieran algunos segundos sin que dijera nada, le urgí:

- ¿Qué le sugiere?

- Zenón.

- ¿Zenón?

- La paradoja de Zenón. Aquiles y la tortuga. Hice chasquear mis dedos, y me dije mentalmente: ¡Pues claro! Aquiles en persecución de la tortuga, incapaz de alcanzarla porque a cada paso que da cubre solamente la mitad del espacio que les separa, y la tortuga avanza siempre a una distancia proporcional.

- ¿Y cree usted que puede haber alguna conexión o relación entre esta paradoja y nuestro trabajo? - le pregunté nervioso.

- Pues de un modo aparente, no. Además yo me ocupo solamente de las operaciones finales de psicoprogramación, y no podría hablar con plena autoridad de las otras fases.

- La finalidad de esta paradoja, era, si no recuerdo mal, demostrar que todo movimiento es una ilusión.

- Básicamente, así es.

- Pero, que yo entienda, no hay ninguna similitud entre una cosa y otra - evidentemente la paradoja de Zenón no era l~ que el dibujo de Fuller quería sugerir.

Extendí la mano para coger mi vaso, pero Collingsworth me detuvo:

- Yo no me tomaría muy en serio lo que Fuller hiciera o dejara de hacer en las dos últimas semanas, hijo. Te aseguro que actuó de un modo bastante extraño.

- Tal vez tenía una razón para ello.

- Una sola razón no puede explicar muchas peculiaridades.

- ¿Por ejemplo...?

Se mordió los labios por un momento:

- Jugué al ajedrez con él dos noches antes de que muriera. Estuvo bebiendo incesantemente. Cosa extraña porque él nunca se comportaba así.

- Entonces, ¿cree usted que había algo que le preocupaba?

- No sabría decir qué era, pero había algo que le hacía mostrarse muy distinto a cómo solía normalmente. Empezó a hablar de temas y problemas filosóficos.

- ¿Habló de de la investigación y mejora de las relaciones humanas?

- ¡Oh, no! Nada de eso. Bueno... bien, para ser sincero, decía que su trabajo en Reactions empezaba a dar sus frutos con lo que él llamaba «descubrimiento básico».

- ¿Qué clase de descubrimiento?

- No me lo dijo.

Esto era una prueba. Lynch también había hablado del «secreto» de Fuller... información que ansiaba reservar para mí. Ahora sí que no me cabía la menor duda de que Lynch había estado ea la reunión de Siskin, y de que *hablamos* hablado en el jardín.

Encendí mi segundo cigarrillo.

- ¿Por qué estás interesado en todo esto, Doug?

- Porque no creo que la muerte de Fuller fuera un accidente.

Al cabo de un momento dijo solemnemente:

- Mira, hijo. Estoy al corriente de todos los elementos que constituyeron la unión Siskin-Fuller. . - investigaciones sociológicas, y todo eso. Tú sabes la influencia que Fuller tenía tanto en la parte material como orientativa de los resultados de las investigaciones. Pero también estoy seguro de que no creerás que Siskin estuviera tan desesperado como para...

- Yo no dije eso...

- Claro que no lo dijiste. Y mejor seria que no lo dijeras nunca. Siskin es un hombre poderoso, y muy vengativo.

Coloqué mi vaso vacío sobre el mostrador:

- Puf otra parte, Fuller podía llegar a descubrir cosas importantísimas en las entrañas de los generadores de función. Y sin embargo, tuvo que caer sobre un cable de alta tensión.

- Un Fuller normal, sin atisbo alguno de excentricidades, sí. Pero no el Fuller que conocí durante las dos últimas semanas.

Avery al fin decidió entrar de lleno en el asunto. Dejó el vaso sobre la barra, y volvió a encender la pipa. El resplandor que salía de la cazoleta aminoraba la intensidad de sus facciones:

Creo saber cuál era el «descubrimiento básico de Fuller».

Yo me quedé erguido:

- ¿Lo sabe?

- Pues claro. Apostaría cualquier cosa a que estaba íntimamente ligado con su actitud hacia las unidades de reacción subjetivas de su estimulador. Si te acuerdas, muy a menudo se refería a tales unidades de reacción en el sentido de «gente real».

- Bueno, pero estaba bromeando.

- ¿Tú crees? Me acuerdo muy bien de haberle oído decir: «¡Maldito sea! ¡No vamos a conseguir meter ningún papagayo en este aparato!»

Yo expliqué:

- Es que lo que queríamos era conseguir la opinión de nuestra máquina, sin tener que hacer uso de las unidades inquisitivas. Nuestro propósito era conocer los resultados con sólo echar una ojeada a los circuitos de vigilancia.

- ¿Y por qué no iba a haber encuestadores en el mundo contrahecho de Fuller? - preguntó.

- Porque en realidad todo hubiera sido mucho más eficiente sin ellos. Y obtendremos un auténtico reflejo del comportamiento social, sin tener que recurrir a la molesta opinión oral.

- Eso es teoría. Pero cuántas veces no le oyó usted decir a Fuller: «¿No creéis que voy a consentir que vea a mi *gentecita* perseguida y acosada por esos malditos encuestadores, verdad?»

Tuve que reconocer que había un cierto sentido en las palabras enrevesadas y teorías de aquel proyecto. Incluso llegué a sospechar que Fuller hubiese querido dar un cierto grado de predicción y sentencia, en lo concerniente a las unidades ID, que él programaba en su simulador.

Collingsworth extendió las manos y sonrió:

- A mi juicio, el descubrimiento básico de Fuller, fue que sus entidades reactivas no eran simplemente circuitos ingeniosos en un complejo simuelectrónico, sino que por el contrario, eran reales, vivientes, personalidades pensantes. Estoy seguro de que según él, *existían e*n un mundo solipsístico, quizá, pero no sospechando nunca que sus experiencias pasadas eran sintéticas y que su universo no era bueno, sólido, firme, ni tan siquiera material.

- No creerá que...

Sus ojos brillaron con más intensidad, al reflejarse en ellos la llama de un encendedor que tomó cuerpo a su lado:

- Muchacho, yo no soy más que un psicólogo, un perseguidor de las razones de un determinado comportamiento. Y mi filosofía nunca se separa de su fin. Pero tú, Fuller y todos los otros sois grupo de extravagantes. Cuando empezáis a mezclar la psicología con la electrónica, no hacéis más que predisponeros a sacar conclusiones y convicciones que se salen de lo corriente. No se puede llegar a meter gente en una máquina sin pensar en la naturaleza básica de la máquina y de la gente.

La discusión nos llevaba a un terreno distinto del que más nos inquietaba. Traté de llevarlo a su cauce normal:

- Permítame que le diga que no comparto su opinión en lo que respecta al «descubrimiento básico» de Fuller. Y no la comparto porque creo que el tal descubrimiento es el mismo que el que Lynch trató de decirme la otra noche.

- ¿Lynch? ¿Quién es Lynch?

La sorpresa me echó hacia atrás. Luego sonreí al pensar que seguramente le había oído decir a Linx que nunca había oído hablar de Lynch. Y a raíz de eso se permitía hacerme aquella broma.

- Hablando en serio - continué -. Si no me hubiera creído lo que Lynch me contó acerca del «secreto» de Fuller, yo no hubiera ido a la policía.

- ¿Lynch? ¿La policía? ¿Pero de qué me hablas?

Empecé a sospechar que me estaba hablando en serio:

- Avery, no tengo ganas de bromas y payasadas. ¡Le estoy hablando de Morton Lynch!

El hombre sacudió la cabeza con firmeza:

- Yo no conozco a ese hombre.

¡Lynch! - repetí casi gritando -. ¡El que se ocupaba de la seguridad en REIN!

Señalé hacia una copa de bronce que había tras de la barra:

- ¡Ese Lynch! Ése, cuyo nombre figura en el trofeo por haberle derrotado a usted mismo en un torneo de habilidad en el pasado año.

Collingsworth hizo un gesto hacia el otro lado de la barra, y Limpy se acercó:

- ¿Quiere decirle a míster Hall quién ha sido el jefe de la seguridad interna en su establecimiento durante los cinco últimos años?

Limpy señaló con el dedo pulgar hacia un hombre de rostro enjuto, de mediana edad, que estaba sentado en un taburete del extremo:

- Joe Gadsen.

- Y ahora, Limpy, acérquele a míster Hall ese trofeo, por favor.

Leí la inscripción: *Avery Collingsworth - junio, 2033.*

La habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor. Me vi transido por un sudor frío, y el olor a tabaco inundó mis pulmones mientras que el humo parecía envolverme entre tinieblas. La música llegaba hasta mí de un modo confuso, y la última cosa que recuerdo es que me puse en pie y agarrándome a la barra traté de salir al exterior.

Pero no debí perder el conocimiento del todo, porque recuerdo después que caí de bruces sobre uno de los cinturones pedestres sobre los que había llegado hasta allí. Al perder la estabilidad salí rebotado y quedé apoyado sobre el muro de un edificio, a varias manzanas de distancia del fumadero.

Naturalmente, algo más debió ocurrir, pero todo en el momento en que aparentemente yo estaba en plenas facultades. Tal vez Avery, ni siquiera se dio cuenta de que algo raro estaba

sucediendo. Y allí estaba yo, consciente de nuevo, confundido y tembloroso, sin separar la mirada del profundo cielo del amanecer.

Pensé incesantemente en Lynch, en su nombre inscrito en el trofeo, y en el dibujo de Fuller. ¿Habrían realmente desaparecido todos ellos? ¿O había sido todo un producto de mi imaginación? ¿Por qué el orden y la razón parecían desmoronarse y perder consistencia a mi alrededor?

Contrito y confundido, atravesé una de las plataformas y me encaminé hacia el lado opuesto de la calle. El tráfico era casi nulo, y no se apreciaba ningún coche aéreo por la avenida central. O mejor dicho, no se apreciaba ninguno hasta que estuve a veinte pasos de ella.

En aquel instante, un vehículo salió de entre las sombras, haciendo silbar sus sirenas, como si se tratara de un caso de emergencia. Daba la impresión de que quien lo condujera, había perdido su control, y haciendo unos zigzags impresionantes, continuaba su loca carrera, hasta que cuando se hallaba cerca de mi, pareció recuperar el dominio y enfiló directamente hacia el lugar donde yo me hallaba.

Me tiré prácticamente de cabeza sobre el cinturón transportador de gran velocidad. Pero el impacto contra el cinturón casi me devolvió, lo cual hubiera significado darme de bruces contra el coche aéreo. Pero yo me agarré con fuerza, y hasta conseguí sentarme y mirar hacia atrás.

El coche se perdía a lo lejos, en línea recta, por la extensa avenida.

Si no me hubiera alejado de su camino, a buen seguro que hubieran encontrado al día siguiente pocos restos identificables sobre la calzada.

CAPÍTULO IV

Toda una sucesión de pesadillas invadieron mi mente hasta las primeras horas de la mañana. Por consiguiente, dormí más de la cuenta, y tuve que salir de casa sin haber tomado el desayuno.

Sin embargo, volando hacia la parte baja de la ciudad, traté de evitar los lugares de mayor afluencia de tráfico, aún a expensas de arriesgarme a retrasarme más, y entre tanto mi pensamiento no podía apartarse del accidente de la noche anterior. ¿Había sido todo ello un accidente normal? ¿O acaso el coche aéreo había simulado estar fuera de control?

Quise alejar de mí las sospechas. El accidente *no podía* haber sido intencionado. Pero por otra parte, el doctor Fuller había sido víctima de un fatal accidente que todavía no había podido ser probado... Y por otra parte estaba la desaparición de Lynch. ¿No habría habido algún propósito indescifrable tras aquello también? ¿Y cómo se podía explicar que tres personas, las amistades más intimas de Lynch, aseguraban no haber oído hablar nunca de él.

¿Tenían algo que ver todos estos hechos increíbles con la información que Fuller había proporcionado a Lynch?

Traté de reestructurar todos los hechos para formar una perspectiva racional, pero no pude. No venía a mi mente, más que la placa existente en el trofeo, al lado de un dibujo hecho con tinta roja, y un hombrecillo sentado sobre el taburete de un fumadero, el cual, según Limpy, era el jefe de seguridad de REIN.

Todo ello me daba la impresión de ser... poco menos que... extrafísico. Intenté con todas mis fuerzas en no pensar en una posibilidad tal. ¿Pero qué otra cosa podía ser?

De cualquier modo, había una cosa que parecía ser cierta: Fuller y Lynch, estaban envueltos en la «información secreta» y el «descubrimiento básico»... llámesele como quiera. ¿Y qué ocurriría si yo llegara a averiguar tales datos? ¿O al menos continuar mostrando interés en ello? ¿Habría sido el incidente del coche aéreo un aviso?

Conduje mi coche hacia el aparcamiento de REIN, y lo coloqué en el lugar previamente asignado para él. Tan pronto como apagué el contacto del motor, llegó hasta mí el ruido de un torbellino frente al edificio.

El número de los encuestadores amotinados se habla triplicado. Pero continuaban manteniéndose en orden. Los disturbios más importantes eran producidos por un grupo de la muchedumbre que había tomado una actitud más bien desafiante respecto a la policía.

A medida que me iba acercando a la entrada del edificio, pasé cerca de un hombre de rostro encarnado que gritaba con un amplificador:

- ¡Abajo el Reactions! ¡No hemos sufrido una depresión económica en treinta años. Una máquina que obtenga directamente la opinión pública, significará un total colapso económico!

El sargento de la brigada de policías se acercó a mí:

- ¿Es usted Douglas Hall? Cuando asentí, añadió:

- Le escoltaré hasta la entrada.

Puso en marcha su generador portátil, y noté cómo si una fuerza de gran consideración repeliera todo cuanto se interpusiera entre nuestro camino.

- No parece que tienen mucha prisa ustedes en acabar con esta manifestación - me lamenté mientras le seguía hacia la entrada.

- Están ustedes suficientemente protegidos. De todos modos, si no les dejamos manifestarse un poco se ponen todavía más calientes y puede tener peores consecuencias.

En el interior, todo era normal. No había la menor indicación de que a menos de cien metros se estuviera armando semejante alboroto por culpa nuestra. Desde luego, los días que quedaban de trabajo para cumplir con el plazo previsto de funcionamiento de la máquina requerían tal indiferencia.

Fui directamente al departamento de personal. En el archivo dedicado a la L, no había ningún Morton Lynch.

En la O, encontré a «Oadsen, Joseph M. Director de la Seguridad Interna». La fecha de iniciación en el trabajo databa del 11 de septiembre de 2029... o sea, cinco años antes.

- ¿Le ocurre algo, míster Hall?

Me volví para mirar a la encargada de los archivos:

- ¿Está esto al día?

- Sí, señor - respondió orgullosa -, lo repaso cada semana.

- ¿Hemos tenido alguna queja de Joe Gadsen?

- ¡Oh, no, señor! Sólo testimonios de reconocimiento. Se lleva bien con todo el mundo. ¿No es verdad míster Gadsen? - sonrió dulcemente hacia alguien por encima de mi hombro.

Me di la vuelta. El hombre de rostro enjuto estaba allí.

Él musitó:

- ¿Alguien tiene algo en contra mía, Doug?

No respondí por el momento, pero por fin conseguí decir un débil: «No»

- Así me gusta - respondió, seguramente sin darle importancia al asunto -. A propósito, Helen le da las gracias por las truchas que le mandó usted desde el lago. Si no tiene nada que hacer el viernes por la tarde, acérquese por casa, y charlaremos y tomaremos algo. Además, Junior nunca se cansa de oír hablar de simuelectrónicas. Le dejó usted verdaderamente fascinado con este tema.

Joe Gadsen, Helen, Junior... estas palabras sonaban en mis oídos como nombres exóticos de nativos extraños, pertenecientes a algún mundo todavía no descubierto, de algún punto lejano de nuestra galaxia. Y lo que dijo de las truchas... pero... pero si yo no había atrapado un solo pescado en todo el mes que estuve en el lago. ¡O al menos, no me acuerdo de haberlo hecho!

En estos momentos no se me ocurría más que otra prueba. Dejé a Oadsen y la señorita de los archivos, mirándose sorprendido el uno al otro, y me dirigí al pasillo que debía conducirme al departamento de funciones generadoras de Chuck Whitney. Le encontré con la cabeza materialmente enterrada entre integradores de referencia. Le di un ligero golpe en la espalda y se irguió rápidamente.

- Chuck, yo...

- Sí, Doug, ¿qué hay? - su rostro franco, amistoso, curtido por el sol y el aire en sus días libres, reflejaba buen humor, hasta que poco a poco fue cambiando su expresión al verme a mí, y entró en un gesto de duda.

Al cabo de un momento preguntó:

- ¿Le ocurre algo?

- Se trata de... Morton Lynch - dije con cierto resquemor -. ¿Nunca oyó hablar de él?

- ¿De quién?

- Morton Lynch - repetí, perdidas ya las esperanzas -. Morton, la seguridad... Oh, no importa. Olvídelo.

Un momento después me dirigí hacia mi despacho y al pasar por la sala de recepción, oí un dulce:

- Buenos días, míster Hall.

Miré en un instante dos veces, ya que mis ojos no lo creían, a la recepcionista. Miss Boykins no estaba. En su lugar se hallaba Dorothy Ford, tan rubia como siempre, mirándome un tanto divertida:

- ¿Sorprendido? - murmuró.

- ¿Dónde está miss Boykins?

- Mister Siskin la llamó. Y ahora está, contenta, así lo espero, de hallarse tan terriblemente cerca del Oran Pequeñito.

- ¿Es un traslado definitivo?

Se echó hacia atrás un mechón de pelo que le caía por la sien. De todos modos, no me resultaba tan frívola e ineficaz como me lo había parecido en la reunión de Siskin. Se miró las manos y dijo sugestivamente:

- ¿Creo que no le importara el cambio, verdad Doug?

Pero sí que me importaba. Y creo que se lo dije bien claro cuando yendo hacia mi despacho, respondí:

- Ya me acostumbraré:

No me gustaba que Siskin estuviera siempre metiendo su zarpa en todo lo que dependía de él, y yo era uno más que dependía de su voluntad. Era evidente que él iba a disponer y asignar funciones en cuanto el simulador de medio ambiente pudiera funcionar normalmente. Y no me cabía la menor duda de que rechazaría mi recomendación para hacer solamente un uso parcial del sistema en la investigación sociológica... al igual que había ocurrido con Fuller cuando le dio un rotundo «no» sobre el mismo asunto.

En mi caso, de todos modos, tenía que haber tranquilidad... tranquilidad, y desde luego, una especie de diversión, de distracción interesante. Había que admitir, que miss Boykins, no es que fuera precisamente la antítesis de la fealdad, pero era eficiente y agradable. Por el contrario, la versátil Dorothy Ford, era capaz de ser útil a una multitud enorme de cosas... y entre ellas la de tener siempre un «ojo encima de mí» en beneficio del Establecimiento Siskin.

Sin embargo, tales reflexiones, no consiguieron ocupar mi atención durante mucho tiempo, y el enigma de Lynch me atrajo como un imán.

Hice funcionar el videófono y por fin, el teniente McBain apareció en la pantalla.

Después de identificarme, dijo:

- Respecto a mi denuncia sobre Morton Lynch...

- ¿Qué departamento es el que solicita usted?

- El de Personas Desaparecidas, por supuesto. Yo...

- ¿Cuándo presentó usted la denuncia? ¿De qué se trata?

Me costó tragar saliva. Pero su reacción no era algo que me cogiera muy de sorpresa:

- Morton Lynch - dije, e hice una pausa -. En la reunión de Siskin. La desaparición. Usted vino aquí a Reactions y...

- Lo siento, míster Hall, pero sin duda me ha confundido usted con alguna otra persona. Este departamento no ha registrado nunca tal denuncia.

Unos minutos más tarde estaba yo mirando todavía a la pantalla apagada.

Me senté en mi sillón y abrí el cajón de la mesa. La copia que yo había sacado del artículo del *Fvening Press* estaba allí.

Lo tomé con angustia entre mis manos y leí la parte final del artículo de Etan Walters.

Hablaba de un modo sarcástico de la última puesta en escena en el teatro de la Comunidad.

No decía ni una palabra de Morton Lynch y de la reunión en Siskin.

El timbre del intercomunicador, vibró varias veces, y al final accioné el botón. y respondí sin mirar a la pantalla:

- ¿Sí, miss Ford?

- Míster Siskin está aquí y quiere verle.

Una vez más venía acompañado. En esta ocasión venía con un hombre impecablemente vestido, y cuya altura y empaque, hacían que el «muñequito» de Dorothy pareciese todavía más minúsculo en comparación.

- Doug - dijo Siskin -. ¡Quiero presentarle a alguien que no ha estado aquí! ¿Comprendido? Nunca ha *estado* aquí. En cuanto nos vayamos, es como si este hombre no hubiera existido, en lo que a usted respecta.

Me puse en pie, y me sobresaltó el paralelo existente entre lo que me estaba proponiendo y lo que le había ocurrido a Lynch.

Douglas Hall, Wayne Hartson - nos presentó.

Tendí mi mano, e inmediatamente quedó casi estrujada entre la del recién llegado.

- ¿Trabajaré con Hall? - preguntó Hartson.

- Sólo en el caso de que todo quede bien aclarado. Sólo si Doug comprende que lo que estamos haciendo es lo mejor.

Hartson frunció el ceño:

- Creí que todo estaba suficientemente claro, dentro de su organización.

Entonces comprendí la conexión existente en todo aquello. Wayne Hartson, era una de las figuras políticas más fuertes de la nación.

- Sin Hartson - continuó Siskin hablando casi en un susurro - la administración no podría funcionar. Naturalmente, su contacto son siempre bajo mano, puesto que aparentemente se dedica exclusivamente a la relación entre el partido y el gobierno.

Llamó Dorothy y su imagen apareció en la pantalla del intercomunicador:

- El monitor de Reacciones número 3.471-C, al videófono, para míster Hall.

Un destello de rabia apareció en los ojos de Sískin, y él mismo fue hacia el aparato:

- Dígale...

Pero el resto de la muchacha había sido reemplazado por el encuestador:

- Estoy llevando a cabo un estudio sobre las preferencias de los hombres como regalo de Navidad - comenzó.

- Y eso - refunfuñó Siskin -, ¿es una investigación prioritaria?

- No, señor. Pero...

- Míster Hall se niega a responder. Tome los datos necesarios de esta llamada y pase la multa correspondiente.

Siskin apagó la pantalla y sonrió ligeramente.

- Acerca de míster Hartson - dije preparándome para lo que se avecinaba.

Hartson tomó una silla, se sentó con las piernas cruzadas, y adoptó una expresión paciente.

Siskin sin dejar de pasear, me miraba de vez en cuando mientras decía:

- Ya hemos hablado de esto anteriormente, Doug, y sé que no esta.- muy de acuerdo conmigo. ¡Pero, Santo Dios, chico, Reactions se puede convertir en lo más importante, en la cosa más grande de la nación! Después, en cuanto hayamos recobrado nuestras inversiones, haré construir para usted otro simulador, para que lo utilice, única y exclusivamente con fines de investigación.

«Esta es, Doug, la parte más importante del sistema. Y no la podemos despreciar. Y no estoy muy seguro de que no sea un beneficio para la nación.»

Hartson intervino:

- Podemos, antes de dos años, derrotar totalmente al otro partido, si jugamos nuestras bazas como es debido - dijo con franqueza.

Siskin se inclinó sobre la mesa:

¿Y sabe quién va a decirles qué carta es la que tienen que jugar, en cada elección local y nacional? *El simulador que* he *construido para usted.*

Me sentí un tanto incómodo ante tanto entusiasmo:

- ¿Y qué les va a ustedes en todo esto?

- ¿Que qué nos va a nosotros? - detuvo sus pasos y sus ojos refulgían de nerviosismo -. Pues yo se lo diré, muchacho. No está lejos el día, en que todo el sistema complejo de la opinión pública, y me refiero a los encuestadores, sea legalmente prohibido y desautorizado por ser un hecho insoportable y molesto para la masa pública en general.

Hartson carraspeó un poco antes de intervenir:

- Y habrá llegado el momento de aplicar los procedimientos secretos de Reactions. Continuará habiendo necesidad de la opinión pública, porque en términos generales siempre la ha habido. Pero - hizo un gesto de convencimiento y aseveración de sus propias palabras - no veo cómo se va a poder satisfacer tal necesidad, si no instituimos una franquicia federal para REIN.

- ¿No lo comprende, Doug? - decía Siskin aferrándose a la mesa -. Habrá simuladores Siskin-Hall en todas las ciudades. Era tanto como crear un mundo totalmente nuevo. ¡Y entonces, cuando hayamos conseguido nuestros propósitos, podrá usted tener todo un complejo de fundaciones simuelectrónicas para investigar y hallar la manera de hacer un mundo mejor, más noble, más justo, y más humano!

Quizá le debiera haber dicho que buscara a otro simuelectrónico. ¿Pero qué habría conseguido con ello? Sí, como creía Fuller, Siskin y el partido estaban tramando una traición a nivel sin precedentes, ¿de qué hubiera servido que abandonara la posición estratégica que ocupaba?

- ¿Y qué es lo que quieren que haga yo? - pregunté.

- Seguir adelante en el perfeccionamiento del proyecto. Tratar de conseguir algunos contratos comerciales. Eso nos daría la oportunidad de probar la potencia de nuestro sistema. Y entre tanto ya puede ir pensando el medio de cambiar completamente la programación de la maquina, para convertirla en un medio ambiente orientado políticamente.

Dorothy interrumpió nuestra conversación en el intercomunicador.

- Míster Hall, míster Whitney está preparando una programación de un nuevo grupo de unidades de reacción. Quiere saber si puede ir usted allí.

Yendo hacia el departamento de funciones generativas, me encontré en el pasillo con Avery Collingsworth.

- Acabo de darle a Whitney el visto bueno final sobre el estado psicológico de esas cuarenta y siete nuevas unidades ID me dijo -. Aquí tienes un esquema, por si quieres verificarlas.

Le dije que no merecía la pena:

- No será necesario. Nunca he puesto en duda sus apreciaciones.

- Alguna vez me podría equivocar - sonrió.

- Estoy seguro de que no.

Quedó dudando un momento, y yo traté de marcharme sin darle tiempo a pensar si me habría recobrado de lo ocurrido en el fumadero.

Me cogió por el brazo amablemente:

- ¿Te encuentras ya bien?

Desde luego - dije forzando una sonrisa -. De lo de anoche en Limpy's..., creo que bebí mucho mientras le esperaba.

Hizo una mueca de agrado y continuó su marcha por el pasillo.

Antes de llegar al departamento de Whitney, quedé envarado, totalmente erguido, y fui a dar contra el muro. Allí estaba de nuevo... el zumbido de un mar embravecido estallando en mis oídos, latidos arrítmicos en mis sienes... Pero hice cuanto pude para no perder el conocimiento. Por fin los muros, parecieron recobrar su verticalidad, y me quedé inmóvil y asustado. Miré hacia ambos lados del pasillo por si alguien me había visto, y continué mi marcha hacia la sala de funciones generativas.

Chuck Whitney, me recibió con alegría:

- ¡Las cuarenta y siete unidades ID se han integrado de maravilla! - exclamó.

- ¿Se integraron con facilidad?

- Sin el menor atisbo de duda o vacilación. Simulador de población común: nueve mil ciento treinta y seis.

Tomamos el ascensor para ir a una de las naves ID del segundo piso. Me acerqué al reducto de unidades más próximo. Al mirar hacia la parte que contenía las recién añadidas entidades, me detuve, un tanto impresionado.

Contemplé las miríadas de luces de función positiva, que refulgían sobre dos de los paneles. Sus bombillas correspondientes parecían encenderse y apagarse en perfecta armonía. Y me fijé en un par de unidades de reacción en análogo contacto. Quizá fueran, un hombre y una mujer. Habían nacido codo a codo. Y tal vez estarían pensando en la estructura de realidad que nosotros les habíamos dado.

Ahora comprendía, sin lugar a dudas, por qué Fuller se refería siempre a aquellos caracteres de su generador en los términos de «mi gentecita».

Chuck interrumpió mis pensamientos:

- Puedo mostrarle otros circuitos de distintas características - sugirió -, si quiere proseguir la verificación.

Desde uno de los altavoces de la pared, llegó hasta nosotros la voz de Dorothy Ford:

- Míster Hall, está aquí el capitán de Policía Farnstock que quiere verle. Le está esperando en la sala de funciones.

Tomamos el ascensor de bajada, y Farnstock, mostrando sus credenciales se acercó hacia nosotros:

- ¿Hall? - preguntó mirando a Whitney.

- No corrigió Chuck -. Yo soy Whitney. Éste es Hall.

Quedé sorprendido, aunque sólo de momento, al ver que no me había reconocido. Al fin y al cabo, el teniente McBain, una hora antes, ¿no había actuado como si nunca hubiera oído hablar de mí?

Chuk salió de la habitación y el capitán dijo:

- Quería hacerle unas cuantas preguntas acerca de la muerte del doctor Fuller.

- ¿Por qué? - respondí sorprendido -. El médico forense dijo que había sido un accidente, ¿no es eso?

El capitán se mostraba impasible.

- No solemos conformarnos con eso. Le seré sincero, míster Hall. Está dentro de lo posible que lo que le ocurrió a Fuller, no fuera un accidente. Y ya sé que usted tenía unos días de descanso por aquellas fechas.

Empecé a pensar. No porque estaba siendo interrogado por la policía, acerca de un caso que hasta entonces no habían mostrado ningún interés, iba yo a ser un asesino. Mas bien pensé que quizás algunas de las pruebas, empezaban a revelarse ahora como sospechosas, y todo comenzaba a salir a la luz de un modo insospechado.

Fuller estaba muerto; Lynch, desaparecido; desaparecido y olvidado. Y todo a causa de cierta información «básica» de la que estaba yo tratando de saber el máximo posible. Y entretanto, casi me habían matado a mí. Y ahora esto... una repentina investigación por parte de la policía. ¿No era todo aquello una primorosa maniobra para quitarme de enmedio? ¿Pero cómo? ¿Y quién era el responsable de todo ello?

- ¿Y bien? - intervino nuevamente Farnstock.

- Pues ya se lo dije. Estuve en la cabaña que tengo cerca del lago.

- ¿Qué quiere decir con eso de que ya me lo dijo?

- Nada, nada. Estuve en mi cabaña.

- ¿Y había alguien con usted?

- No.

- Entonces no tiene usted ningún medio de probar que se hallaba lejos de aquí cuando el doctor Fuller murió. O de que no se movió de la cabaña.

- ¿Y por qué tengo yo que demostrar nada? Fuller era mi mejor amigo.

Él sonrió de un modo un tanto burlesco:

- ¿Como un padre?

Miró a su alrededor como si quisiera alcanzar con la vista todo el edificio, y no solamente la sala de funciones generativas:

- ¿Le va bien a usted aquí, eh? Director técnico. Un buen cargo, en una de las mejores empresas del siglo veintiuno.

Tratando de hablar con el mayor sosiego dije:

- Hay un almacén de aprovisionamientos a media milla de la cabaña, donde yo compraba las cosas que necesitaba, casi todos los días. El registro de ventas le demostrará cuándo y cuántas veces hubo que hacer un cargo a mi cuenta particular.

- Ya lo veremos - respondió -. Entretanto no se aleje mucho de los lugares donde sabemos que podemos ir a buscarle.

CAPITULO V

Pasaron un par de días antes de que yo pudiera efectuar una nueva investigación en el *Simulacron - 3.* Aparte de estar inundado de trabajo, tenía que tranquilizar a Siskin, que me pedía constantemente los planos preliminares para convertir el complejo simuelectrónico en una base de orientación política.

Entretanto, no podía apartar de mi mente, la renovada investigación policial. ¿Iba aquello por cauces normales? ¿O era Siskin el que movía las cuerdas de aquel embrollo, para demostrarme lo que me podría ocurrir si no decidía seguirle los pasos a él y su partido?

En una ocasión, aprovechando una conversación videofónica con Siskin, hice alusión al asunto de la visita del capitán Farnstock. Y comprendí que mis sospechas no iban muy descaminadas, al ver la escasa sorpresa que le causó, el repentino interés de la policía por la muerte de Fuller.

Para hacerme ver que saldría ganando si me quedaba de su parte se limitó a decir:

- Si cree que le molestan demasiado, dígamelo.

Decidí entonces probarle por otro lado:

- No creo que nos deba molestar que la policía insista sobre ello. Al fin y al cabo, Lynch, dejó bien aclarado que la muerte de Fuller no había sido accidental.

- ¿Lynch? ¿Lynch?

Insistí de un modo ambiguo:

- Morton Lynch. El hombre que desapareció en su reunión.

- ¿Lynch? ¿Que desapareció? ¿De qué está usted hablando, hijo?

Su reacción fue sincera. Y ello me sugirió que Siskin, como todo el mundo, excepto yo, había olvidado por completo a un hombre que había desaparecido en su jardín. De lo contrario era un excelente actor.

- Lynch - mentí - era un tipo que no hacía más que importunarme, haciéndome ver la conveniencia de liquidar a Fuller, para así poder ocupar su puesto.

Cuando por fin encontré un momento libre, para llevar a cabo la verificación que me había sugerido Whitney, me sorprendió descubrir en mí mismo que me iba a someter a aquella experiencia con más ganas de las que, desde ¡un punto de vista técnico hubiera tenido que tener.

Chuck me acompañó a la sala de pruebas, y me condujo al sillón de reposo, especialmente concebido para tales demostraciones, más próximo.

- ¿Qué tipo de visión desea tener? - me preguntó -¿un circuito de vigilancia?

- No, algo más simple.

- ¿Alguna unidad ID en particular?

- Escójala usted mismo.

Evidentemente ya había pensado en ello:

- ¿Qué le parece Thompson... IDU-7412?

- De acuerdo. ¿Cuál es su ramo?

- Pilota un carromato. Precisamente lo cogeremos ahora trabajando. ¿Dispuesto?

- Adelante.

Puso el casco de transmisión sobre mi cabeza, y luego bromeó:

- Ahora está en mis manos. Como me cause el menor problema le meto una buena descarga.

No me reí. Fuller había teorizado que el traspaso de un modulador podría ser rechazado y transmitido recíprocamente. Mientras un observador ego, se situaba temporalmente dentro de una unidad ID, esta última podía impresionarse y apoderarse del cerebro del observador en un instantáneo y violento cambio de fuerzas.

Eso no quería decir que la transmisión recíproca, no pudiera hacerse volver más tarde a su situación normal. Pero si entre tanto le ocurriera algo a la *imagen* de la unidad ID, teóricamente el observador quedaría atrapado entre tinieblas.

Haciendo todos los posibles por relajarme sobre el sillón de cuero, vi a Chuck que iba hacia el panel de transmisión, que realizaba los últimos preparativos, y que se dirigía hacia el botón de activación.

Hube un estremecimiento breve pero agudo que se reflejó en todos mis sentidos, una luz kaleidoscópica, una discordancia de sonidos, una afluencia instantánea de sabores, olores, y hasta de sensaciones táctiles.

De pronto me hallé en el otro lado. Y hubo en mí unos instantes de confusión y temor, mientras mi proceso conceptual se ajustaba a las facultades perceptivas de D. Thompson IDU-7412.

Estaba yo sentado ante los mandos de un carromato aéreo, contemplando la ciudad que se abría a mis pies. Me daba cuenta hasta del jadear de mí (el de Thompson) pecho, y el calor de los rayos del sol que entraban por la cabina.

Pero todo ello era una asociación pasiva. Yo podía solamente mirar, escuchar y sentir. Pero no tenía autoridad motriz. Ni había tampoco ningún medio de que mi unidad subjetiva se percatase del acoplamiento de que era objeto.

Descendí hasta lo más profundo de sus pensamientos, y me encontré con lo que en aquellos instantes expresaba su consciente:

Me fastidiaba que me trataran como a un simple objeto de inventario. Pero, ¡qué demonios! a mí (IDU-7412), me importaba un comino. Podía ganar casi el doble en cualquier otra firma de transportes.

Complacido, por el perfecto acoplamiento realizado, yo (Douglas Hall) me evadí de mí mismo para situarme en otra posición perceptiva, y vi, a través de los ojos de Thompson, en el momento en que contemplaba al hombre que estaba sentado en el otro asiento.

Y, me pregunté a mí mismo, si su ayudante sería una unidad ID, o simplemente uno de los tipos «de sostén». De estos últimos habíamos conseguido crear cientos de miles, para que nos provocaran la verdadera sensación de un medio ambiente simulado.

Esperé con impaciencia a que Chuck, me sometiera a la prueba del estímulo. Aquel día, quería salir temprano de la oficina, puesto que había quedado citado con Jinx en su casa para cenar, y echar una ojeada a los papeles del doctor Fuller.

Por fin, llegó el estímulo. Thompson había estado mirándolo durante unos buenos diez segundos, antes de que yo me diera cuenta de la finalidad perseguida.

En el tejado de uno de los grandes edificios que se abrían a nuestros pies, había un enorme tablero horizontal, que se encendía y apagaba constantemente:

SCOTCH SOROPMAN - PERFECTAMFNTE

ELABORADO... SUAVE ¿SABE USTED DE ALGÚN

PRODUCTO DE DESTILACION MEJOR QUE ESTE?

Era un medio de conseguir que nuestras unidades subjetivas expresaran su opinión. Thompson, que había estado sujeto al equivalente simuelectrónico del Scotch Soropman, durante un lapsus de tiempo que a él le pareció de años, reaccionó de un modo reflexivo:

¡Maldito veneno! pensé (IDU-7412) -. No sería demasiado malo, si tuviera edad suficiente como para tener solera. Pero... Scotch, ¿en una botella en forma de pelota?

En *el* mismo momento, la reacción de miles de entidades ID, idéntica a la experimentada por Thompson, estaba siendo analizada y comprobada. Con el simple cambio de posición de un conmutador, se podrían obtener resultados comparativos extraordinarios, referentes a la edad, el sexo, la ocupación, y hasta la afiliación política.

En el transcurso de unos segundos, el simulador del medio ambiente de Fuller, había llevado a efecto lo que de otro modo hubiera costado largos meses de esfuerzos a todo un ejército de monitores de reacción. Lo que ocurrió a continuación, me cogió totalmente desprevenido, y fue una suerte que el acoplamiento efectuado fuese solo en un sentido, es decir, de mi cerebro al de Thompson. De no haber sido así, Thompson, se hubiera dado cuenta de que no estaba solo en sus pensamientos.

Un terrible relámpago pareció cubrir el cielo. Tres enormes bolas de fuego, parecía que iban a caer sobre nuestras cabezas. Empezaron a aparecer nubes por todas partes, hasta que casi ocultaron por completo la luz del día, y desataron un verdadero torrente de granizo. Súbitamente, un cúmulo de llamas, se apoderó de dos edificios.

Perplejo, rechacé la posibilidad de que Chuck se estuviera entreteniendo, o jugueteando en aquellas circunstancias.

Aunque una cosa similar podía ser llevada a efecto, hasta incluso sin un gran esfuerzo, por las unidades ID, bajo la apariencia de «un aborto de la naturaleza», Whitney no se hubiera atrevido nunca a arriesgarse a distorsionar el equilibrio de nuestra delicada balanza.

No cabía más que otra posibilidad: ¡Que algo no hubiera funcionado bien en nuestro complejo simuelectrónico! Una avería, algún aparato que no funcionara bien, un desequilibrio inesperado en el proceso generador, o cualquier otra cosa de entre las mil que constituían el sistema de racionalización automática. Algo había ocurrido en el circuito, y Chuck no me había hecho volver a mi yo, porque el retroceso de un acoplamiento de inspección tenía que ser voluntario, o bien debía efectuarse en un intervalo de la programación. De no ser así, se podían perder una cantidad ingente de sujetos *ego.*

Vi como los ojos de Thompson se abrían de par en par, y noté su enorme preocupación junto con su reacción de perplejidad al leer el mensaje que emitían intermitentemente las luces de neón:

¡DOUG! ¡VUELVA! ¡VUELVA! ¡EMERGENCIA!

Instantáneamente, me deshice del acoplamiento, y procuré volver a mi auténtica orientación subjetiva. Todo el departamento se había convertido en un torbellino de gente que corrían en todas direcciones, voces estruendosas, un calor agobiante, y un insoportable olor a quemado.

Chuck, que trabajaba en aquellos instantes desesperadamente con un extintor, miró hacia el lugar que yo ocupaba:

- ¡Ha vuelto! - gritó -. ¡Gracias a Dios! ¡Podía haber quedado abrasado en cualquier momento!

Inmediatamente después desconectó la llave principal de todos los circuitos. El ronroneo de todo el sistema eléctrico se detuvo repentinamente, como si alguien hubiera cerrado una puerta ante él.

Me quité el casco:

- ¿Qué ocurrió?

- Alguien colocó una carga en el modulador.

- ¿Pero en este momento?

- No lo sé. Yo salí fuera en cuanto le tuve a usted lanzado. ¡Si no llego a volver a tiempo, hubiera quedado usted abrasado!

Siskin aceptó el episodio de la carga con una compostura sorprendente, y hasta casi diría que con demasiada calma. Al cabo de unos minutos llegó a Reactions, echó un vistazo a los daños habidos, y no admitió paliativo de ningún género ante su determinación de que todo aquello tenía que estar terminado en dos días como máximo.

Como quien se siente responsable de una traición, tenía la respuesta preparada para todo, y aun daba mayor énfasis a sus palabras y explicaciones accionando desaforadamente:

- ¡Esos malditos encuestadores! ¡Forzosamente tuvo que ser uno de ellos quien se las arregló para entrar aquí!

Joe Gadsen rechazó tal posibilidad con absoluta determinación:

- Nuestras medidas de seguridad están a prueba de cualquier imprudencia, míster Siskin.

Siskin se volvió iracundo:

- Entonces ha tenido que ser *desde el interior.* ¡Quiero que todo el mundo trabaje de nuevo bajo la vigilancia constante de una pantalla doble!

Cuando me hallé de nuevo en mi despacho, comencé a pasear frente a la ventana, sin dejar de mirar de vez en cuando hacia la escena que había en el exterior. No se veían más que grupos de encuestadores. ¿Pero cuánto tiempo iba a durar todo esto? ¿Y cuál era el denominador común de aquella reacción de los encuestadores, de la carga situada en los aparatos, y de todas las cosas imposibles que habían sucedido?

En cierto modo, estaba casi seguro de que tenía que haber una relación fundamental entre las cosas tan extrañas ocurridas en los últimos días, la muerte de Fuller, la desaparición de Lynch, el significado del dibujo que representaba a Aquiles, ahora inexistente, la placa rectificada de un trofeo en la barra del Limpy's, y la investigación, tan pronto olvidada tan pronto reemprendida por parte de la policía.

Tomando como ejemplo el último acontecimiento, el de la carga: Era ostensible que había habido una acción agresiva por parte de la Asociación de Encuestadores, contra la institución que amenazaba la existencia del grupo. ¿Pero había sido así? O... ¿acaso había sido *yo* la única y exclusiva finalidad de aquella reacción?

¿Quién se escondía tras todo aquello? Desde luego, Siskin no. Pues aunque era casi totalmente evidente que hubiera deseado que yo fuera sustituido, él tenía medios suficientes de llevar a efecto sus propósitos, a través de una investigación policíaca, a la que manejaba.

La muerte de Fuller, la desaparición de Lynch, la carga colocada en aquel complejo de mecanismos. -. ¿No seria todo ello una campaña, perfectamente planeada para asegurar la eliminación de los dos únicos simuelectrónicos capaces de asegurar el éxito de REIN?

El dedo señalaba a la Asociación de Encuestadores. Pero, una vez más la lógica gritaba que no podían ser ellos. Aquello tenía que estar ligado con poderes extra-físicos, o con algún medio convincente, capaz de simularlos.

No pude quitarme de la cabeza toda aquella sucesión de enigmas, ni aun en los momentos en que me hallaba tranquilo y pensativo, cenando junto a Jinx.

Mas de pronto se le cayó el tenedor. Éste chocó contra su plato y ella sonrió débilmente para terminar riendo:

Me ha asustado.

Pero yo apenas había susurrado su nombre:

- ¿Te ocurre algo?

Llevaba un vestidito de color crema, que dejaba una gran parte de su preciosa espalda al descubierto. Tenía la piel tan bronceada que en algunos momentos se confundía con su pelo negro.

No, no. Me encuentro bien - dijo al fin - Estaba pensando en papá.

Miró unos instantes hacia el estudio, y casi inmediatamente escondió la cara entre sus manos. Di la vuelta alrededor de la mesa para tratar de consolarla, pero me limité a quedarme a su lado, un tanto confuso ante la realidad de que algo no funcionaba muy bien. No llegaba a comprender su comportamiento, pues aquel rasgo emocional, no era propio más que de las costumbres del siglo veinte.

Las cosas habían cambiado mucho después de que las nuevas corrientes culturales habían modificado la actitud hacia la muerte y habían ido haciendo desaparecer la crueldad de las convenciones funerales. Por aquellos días, la prueba de la muerte tenía que establecerse desde un plano práctico. Los que se entregaban a la atención de un velatorio o servicios funerales, veían y creían. Y se iban convencidos de que el ser amado se hallaba más allá de la vida, y que no habría compilaciones de ningún género, en el caso de que una persona a quien se suponía muerta volviera a aparecer de nuevo. Y la herida más profunda que se le podía infringir a una familia era decirle que allí había habido un muerto, y que se habían deshecho del cuerpo.

Lo que quiero explicar y dar a entender con todo esto, es que como yo había conocido a Jinx bajo el aspecto de una muchacha normal, su actual estado de desolación estaba muy lejos de su verdadero carácter.

Y cuando me dejó en el estudio unos momentos después, me pregunté de pronto silo que había querido hacerme creer, era que el dolor era el responsable de aquella explosión de lágrimas. ¿No me estaría ocultando una causa de amargura, mucho más profunda?

Me indicó con un gesto la mesa de despacho de Fuller:

- Mire cuanto guste, mientras voy a retocarme un poco la cara.

Pensativo, la vi alejarse de la habitación, alta, graciosa y encantadora, a pesar de sus ojos inflamados.

Estuvo fuera el tiempo suficiente como para permitirme revolver entre los efectos profesionales de Fuller. Pero hubo dos cosas que atrajeron mi atención. Primero, las poquisimas anotaciones que había en la mesa y en los cajones, además de que faltaban algunos textos determinados de anotaciones. ¿Que cómo lo sabía? Pues bien, Fuller me dijo en varias ocasiones que estaba trabajando en su casa, sobre las consecuencias de las simuelectrónicas en los términos de la comprensión humana. Allí no había ni una palabra sobre aquel sujeto.

Segundo, uno de los cajones de la mesa - en el que había guardado siempre sus anotaciones más importantes - había sido forzado.

En cuanto a los papeles que hallé, no había ninguno que despertara lo más mínimo mi interés. No hallé nada que me descubriera lo más mínimo.

Volvió Jinx, y se sentó muy seria, con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas. Su rostro había recuperado la frescura.

- ¿Está todo tal como lo dejó el doctor Fuller? - pregunté.

- No se ha tocado nada.

- Pues faltan algunas notas dije, mirándola fijamente para observar su reacción.

Sus ojos se abrieron de par en par:

¿Cómo lo sabe?

- Me dijo que estaba trabajando sobre un asunto determinado, y no he podido encontrar la menor referencia de ello.

Miró hacia otro lado - ¿incómoda? - y luego me volvió a mirar a mí:

- ¡Oh! Se deshizo de muchos papeles la semana última.

- ¿Y qué hizo con ellos?

- Los quemó.

Le indiqué el cajón que había sido forzado:

- ¿Y qué me dices de esto?

- Yo... - de pronto sonrió y se acercó a la mesa -¿qué clase de inquisición es esta?

Tratando de serenarme cuanto pude, respondí:

- Estoy tratando simplemente de recoger el mayor número de piezas posible, que constituyen todo un compendio de investigación para la resolución de muchos asuntos.

- Pero no será tan importante, ¿verdad? - pero antes de que pudiera responder sugirió de repente -. Vámonos a dar una vuelta, Doug.

La hice sentarse de nuevo, y yo a su lado:

- Sólo unas cuantas preguntas más. ¿Qué hay de esa cerradura rota?

- Papá perdió la llave. De esto hace tres semanas aproximadamente. Se vio obligado a abrir el cajón con un cuchillo.

Yo estaba seguro de que eso era una mentira. Un año antes le había ayudado a Fuller a colocar un seguro secreto en la mesa, para que sólo él la pudiera abrir en todo momento sin la llave, ya que muchas veces no sabía dónde la había puesto.

Ella se puso en pie:

- Si vamos a ir a dar una vuelta en el coche, me abrigaré un poco.

- Y de ese dibujo que hizo tu padre...

- ¿Dibujo?

- Sí, el dibujo representase a Aquiles y la tortuga, en tinta roja... en su despacho. ¿Tú no lo cogiste, verdad?

- Ni tan siquiera lo vi nunca.

No sólo lo había visto, sino que además lo habla estado estudiando, mientras yo la observaba furtivamente, durante un buen rato.

Decidí hacerla reaccionar con algo, para ver el efecto que le causaba:

- Jinx, lo que estoy intentando descubrir, es si tu Padre murió *verdaderamente* a causa de un accidente.

Su boca quedó abierta de par en par, y retrocedió un paso:

- ¡Oh, Doug! ¿No hablará en serio, verdad? ¿Quiere decir usted que alguien podría... haberle matado?

- Eso creo. Y también creí que podría encontrar algo entre sus notas que me diera una pista para saber quién y por que.

- ¡Pero si nadie le hubiera deseado nunca una cosa así!

Quedó en silencio durante unos instantes y añadió:

- ¡Y si eso es cierto... usted también estaría en peligro! ¡Oh, Doug, tiene que olvidarse de todo este asunto!

- ¿No quieres que la persona que sea culpable sea descubierta?

- No lo sé - dudó un momento -. Estoy asustada. Lo que quiero es que no te ocurra nada a ti.

Me sorprendió aquel espontáneo tuteamiento, y observé con interés que ni por un momento sugirió el entregar el caso a la policía:

- ¿Por qué crees que puede ocurrirme algo?

- Yo... oh, Doug estoy confundida y asustada.

Un brillante disco lunar transformó la cabina transparente del coche en una cúpula plateada que cubría de luz la figura de la muchacha sentada a mi lado.

Reticente y distante, con los ojos sumidos en la preocupación, mirando al frente mientras la carretera se desplegaba ante nosotros me recordaba un frágil Dresde que pudiera desmoronarse de un momento a otro bajo los suaves rayos de la luz de la luna.

Estaba concentrada en sus pensamientos, aunque no lo había estado unos minutos antes. Poco antes, me había suplicado, casi con desesperación, que olvidara que su padre podía haber sido asesinado.

Y yo me hallaba en un mar de confusiones. Era como si ella se hubiera constituido en un escudo, y se hubiera situado entre yo, y lo que sea que le hubiera ocurrido a su padre. Y hasta incluso, me era totalmente imposible rechazar de plano la idea de que ella estaba extendiendo una capa protectora, sobre quienquiera que fuera el responsable.

Puse mi mano sobre las suyas:

- Jinx, ¿te ocurre algo?

Su reacción normal tendría que haber sido preguntarme qué era lo que me había dado tal idea. Pero se limitó a responder:

- No, no, claro que no.

Sus palabras eran tranquilas y llenas de firmeza, propias de la carrera que había escogido. Y yo sabía que no conseguiría nada de esa manera. Tenía que enfocar el asunto de otra forma, aunque Jinx fuese el camino más recto en aquellos momentos para mi objetivo.

Entonces me concentré en mis propios pensamientos, pulsé el botón de marcha automática, y dejé que el coche se guiara por sí mismo por aquella carretera desconocida y desierta. No había mas que dos explicaciones posibles capaces de cubrir tan incongruentes circunstancias. Una: Que una organización, muy extensa y malévola de una ferocidad sin límites e imposible de desenmascarar estuviera tejiendo su red fantasmagórica. Y la otra: Que en ningún momento habla ocurrido nada de extraordinario... excepto en mi imaginación.

Pero yo no podía quitarme de la cabeza la insidiosa idea de que había una fuerza indescifrable que quería a todo trance hacerme desistir de proseguir en el asunto de la muerte de Fuller sin dejar de mostrarme al mismo tiempo la esperanza de que, al igual que me hacía entrever Jinx, todo iría bien si me decidía a obrar de ese modo.

Y yo quería que todo saliera bien. Miré de soslayo a la muchacha y me di cuenta mejor que nunca de lo mucho que ansiaba que todo volviera a la normalidad. Estaba preciosa en aquellos momentos en que la bañaba la luz de la luna, y era como un imán potentisimo que me invitara a olvidar mis problemas y aceptar las cosas tal como eran, dentro de toda su aparente sencillez.

Pero ella era algo especial.

Y como si hubiera leído mis pensamientos, se acercó a mí, cogió mi brazo entre los suyos, y apoyó la cabeza en mi hombro.

- Hay tantas cosas hermosas en la vida, ¿verdad, Doug? - dijo con voz que reflejaba una extraña mezcla de melancolía y esperanza al mismo tiempo.

- Tantas como una se pueda imaginar - respondí.

- ¿Y a ti qué te gustaría imaginarte?

Pensé en ella, formando parte de mi existencia en el momento crítico en que necesitaba alguien como ella a mi lado.

- Durante el tiempo que estuve fuera de aquí, nunca dejé de pensar en ti - me dijo -. Me sentía en todo momento como una niña frustrada y tontuela. Pero nunca dejé de pensar en ti.

Preferí esperar que ella continuara hablando, pero no oí más que el siseo de una respiración profunda. Estaba dormida.

Ella trataba de escapar de algo, al igual que yo. Pero estaba seguro de que, aunque quizá compartiésemos el mismo problema, no había forma de comunicárnoslo el uno al otro, ya que por alguna razón incomprensible para mí, ella no quería.

El coche remontó hacia una colina, bañando la vertiente con sus luces, y dejando al descubierto un trozo de la campiña circundante que no había visto en mi vida.

Llegamos a la cima de la colina y de repente una angustia y miedo infinitos se aplastaron sobre mi pecho.

Jinx se revolvió en su asiento pero no se despertó.

A mí me pareció una eternidad el transcurso de aquellos minutos aunque en ningún momento dejé de mirar al frente sin convencerme de lo que veían mis ojos por inverosímil.

La carretera terminaba a menos de cien metros.

A cada lado de la carretera, daba la impresión de que el mundo hubiera desaparecido, abriéndose una sima enorme a uno y otro lado, formando una barrera impenetrable de oscuridad.

No se veía ninguna estrella, ni la luz de la luna... solo la nada, dentro de la nada, como si nos halláramos en el rincón más apartado del infinito.

CAPITULO VI

Más tarde me di cuenta de que debiera haber despertado a Jinx en el momento en que se produjo aquel fenómeno tan extraño. Entonces, a juzgar por su reacción, hubiera sabido si realmente toda la creación había desaparecido de la existencia, o simplemente había sido un efecto de mi imaginación. Pero bastante hice, en realidad con debatirme contra otro lapsus parcial de conciencia. Cuando por fin me recobré y pude alzar la vista nuevamente la carretera y todo lo que se abría a su alrededor aparecían normalmente en la distancia, descubriendo por todas partes campos serenos y suaves colinas bañados por la luz de la luna.

Ya tenía ante mi, una prueba más. Un hecho más. La carretera había desaparecido. Pero no podía ser, porque ahora estaba allí. Del mismo modo había desaparecido Lynch. Sin embargo, la evidencia indicaba que nunca había existido. No había manera de probar que yo había visto un dibujo de Aquiles y la tortuga.

Hasta el día siguiente por la tarde en que Chuck Whitney me trajo un problema bastante complejo de simuelectrónica, no conseguí alejar mis pensamientos de aquel laberinto de ideas y contradicciones.

Entró en mi despacho por la puerta privada, exclusivamente asignada al personal de la empresa, se dejó caer en un sillón, apoyó los pies sobre otra silla, y lanzando un suspiro dijo:

- Bueno, por fin hemos conseguido poner nuevamente en marcha el simulador.

Me separé de la ventana desde donde había estado contemplando a los grupos huelguistas de encuestadores.

- Pues no parece estar muy contento por ello.

- Hemos perdido dos días.

Pero los recuperaremos.

- Claro que sí - sonrió débilmente -~ Pero esta avería en el sistema del medio ambiente ha sido un mal asunto para nuestros Contactos de Unidad. Hubo un momento en que creí que Ashton llegaría a volverse loco y lo tendrían que encadenar.

Miré un tanto disgustado hacia el suelo:

Ashton es el único eslabón débil en el sistema Fuller. Ninguna mentalidad analógica puede enfrentarse al convencimiento de que es un simple complejo de cargas eléctricas en una realidad simulada.

- Pues no me gusta tampoco. Pero Fuller tenía razón. Tenemos que tener un observador allí. Hay muchas cosas que podrían funcionar mal, o empezar a hacerlo de un momento a otro, y nosotros no nos enteraríamos en muchos días.

Éste era un problema que había ocupado mi pensamiento durante muchas semanas, hasta el extremo de que tal preocupación me había llevado al extremo de tener que tomar aquel mes de vacaciones. En cierto modo no podía convencerme a mí mismo de otra cosa que no fuera que el permitir a una Unidad de Contacto el saber que no es más que una entidad simulada electrónicamente, era el colmo de las rudezas.

De pronto me decidí a decir:

- Chuck, vamos a profundizar en ese sistema lo antes posible. Vamos a crear un grupo de personal de vigilancia. Haremos todas nuestras observaciones a través del médium de proyección directa en el simulador.

Su expresión mostró cierto descanso por la solución adoptada, Y añadió:

- Buscaré al personal necesario. Pero entre tanto se nos plantea otro problema. Vamos a perder a Cau Non.

- ¿A quién?

- A Cau Non. Es el que representa el tipo medio de inmigrante entre nuestra población. Está identificado por IDU-4.3l3. Ashton nos comunicó hace media hora que había intentado suicidarse.

- ¿Por qué?

- Según pude comprender, algunas consideraciones astrológicas requerían que fuese así. El caos creado en el medio ambiente le convenció de que el día del juicio final había llegado, o era inminente.

- Pero eso es fácil de arreglar. Hay que darle una nueva motivación. Si actualmente se ha convertido en un suicida, hay que ajustarle a una nueva programación.

Chuck se levantó y se acercó a la ventana.

- No es tan fácil. Gritando, desvariando, diciendo mil denuestos y despropósitos acerca de tormentas, meteoros y fuego, atrajo a toda una masa de gente.

- ¡Oh! Eso es mal asunto.

Se encogió de hombros:

- Si fuera él sólo quizá se pudiera remediar. Pero si ocurriera algo con todas esas unidades de reacción irracionales, podríamos perder muchas. Quizá lo mejor que podemos hacer es apagar el *Simulacron*-3 durante otro par de días y esperar a que se disipen las tormentas y los fuegos completamente. Cau Non se tendrá que ir también. Su «obsesión» es demasiado profunda.

En cuanto se fue, me senté ante mi mesa, y casi instintivamente, me hallé con la pluma en la mano. De un modo ausente, traté de reproducir el dibujo de Fuller en el que aparecía el guerrero griego y la tortuga.

Pero no tardé mucho en dejar la pluma de un lado, malhumorado por la falta de sugerencias que el mismo ofrecía. Recordé que la descripción que le había hecho a Avery Collingsworth del dibujo le había sugerido a la paradoja de Zenón. Pero yo estaba seguro de que aquella representación no se refería en absoluto a la paradoja ni a la explicación resultante de que el movimiento es imposible.

Con extrema atención repetí a viva voz la frase: «Todo movimiento es una ilusión.»

Entonces me di cuenta de que había ciento alcance de referencia en aquello de que el movimiento es una ilusión..., *¡en el mismo* simulador! Las unidades subjetivas se creían, estaban convencidas de que operaban dentro de un medio ambiente físico. Y sin embargo, se movían sin cesar dentro de aquel sistema, sin ir a parte alguna. Esto ocurría cuando una unidad reactiva, como Cau Non, «caminaba», por ejemplo, de un edificio a otro.

¿Me habría querido hacer ver Fuller *esto* en aquel dibujo? ¿Pero qué había querido decir?

De pronto salté de la silla.

¡Cau Non!

¡Cau Non era la llave de todo el problema! Todo estaba perfectamente claro ahora. ¡El dibujo sugería simplemente la palabra «Zenón».

Al referirse a los caracteres de involucrados en nuestro simulador, el personal de Reactions, había adoptado la práctica de identificarlos por el apellido y la primera inicial.

De esa forma, Cau Non se convertía en C. Non, o sea, el equivalente fonético de Zenón.

¡Pues claro! Fuller se había visto ante la necesidad imperativa de comunicarme una información vital. Y para ello había utilizado la forma más secreta de hacerlo. ¡Y me había dejado un mensaje codificado identificando a la unidad clave!

Atravesé corriendo la sala de recepción de mi despacho, dejando tras de mi a la curiosa Dorothy Ford mirándome sorprendida.

Subí las escaleras con la ligereza que no lo había hecho nunca, y recriminándome por no saber cuál era la célula ID que albergaba a Cau Non.

Después de ojear en el índice que había sobre la pared. No estaba. Fui hacia el segundo. Tampoco. Me dirigía hacia el tercero cuando me di de bruces con Whitney haciéndole caer casi de espaldas. La caja que llevaba consigo cayó por el suelo sembrándolo de herramientas.

- ¡La cabina de Cau Non! - pregunté -, ¿dónde está?

Hizo un gesto por encima del hombro:

- La última a la izquierda. Pero está muerto. Ahora mismo acabo de limpiar los circuitos.

Volví a mi despacho. A poco de llegar, luché desesperadamente aferrado a mi mesa, contra un nuevo y vertiginoso asalto de los mareos, tratando de no perder el conocimiento, mientras la cabeza me quedaba irremisiblemente suspendida hacia delante, un sudor frío cubría mi rostro, y miles de tambores redoblaban en mis oídos.

Cuando por fin la habitación se estabilizó de nuevo, caí desplomado sobre mi sillón, exhausto.

Era una coincidencia casi increíble, que Cáu Non hubiera sido eliminado de la programación, exactamente unos minutos antes de que yo hubiera resuelto el enigma del dibujo. Incluso por unos instantes llegué a pensar que Whitney podía formar parte de la conspiración general.

Dejándome arrastrar por un impulso, le llamé por el intercomunicador:

- Antes me dijo que nuestra Unidad de Contacto había hablado con C. ¿No fue poco antes de que intentara suicidarse?

- Exactamente. Fue Ashton quien se lo impidió. Pero, dígame, ¿qué se lleva entre manos?

- No es más que una idea. Quiero que prepare las cosas para meterme en el simulador sobre el circuito de vigilancia para una entrevista mano a mano con Phil Ashton.

- Hasta dentro de un par de días, no será posible... ahora estamos haciendo una reprogramación y reorientación.

Yo suspiré:

- De acuerdo. Haga cuanto pueda.

Desconecté el intercomunicador en el momento preciso en que la puerta se abría para la entrada a Horace

P. Siskin, todo elegante e inmaculado embutido en un traje de color gris, impecable, y mostrando la más cordial de las sonrisas de su repertorio facial.

Se acercó a la mesa:

- Bueno, Doug, ¿qué piensa de él?

- ¿De quién?

- Pues de Wayne Hartson. Es todo un carácter. El partido no pondría los pies en la puerta administrativa si no fuera por él.

- Eso he oído - dije con aspereza -. Pero le aseguro que no he dado saltos y castañetas de alegría por el privilegio de haberle visto y oído.

Siskin se echó a reír. Se sentó en mi sillón y giró sobre él para mirar hacia la ventana.

- Pues yo no pienso mucho en él, hijo. Pero estoy seguro de que es una influencia extraordinaria para cualquier partido de la nación.

Ello me cogió por sorpresa y respondí:

- ¿Y me imagino que usted va a sacar partido de ello?

Miró hacia el techo y dijo pausadamente:

- Pues yo creo que sí..., pero con su ayuda también, naturalmente.

Permaneció en silencio por espacio de más de un minuto, recreándose en mi silencio. Cuando vio que yo no reaccionaba, continuó.

- Hall, estoy convencido de que usted es un observador lo suficientemente bueno como para comprender que yo soy un hombre de grandes ambiciones. Y me siento orgulloso de la forma en que me conduzco y de mis recursos. ¿Le gustaría ver esas mismas cualidades aplicadas a los asuntos administrativos de la nación?

- ¿Bajo un sistema unipartido? - pregunté cauteloso.

- Un partido o diez partidos..., ¿qué y a quién importa eso? Lo que queremos es la jefatura nacional de mayores y mejores recursos. ¿Sabe usted de algún imperio financiero mayor que el que yo he creado? ¿Conoce usted de alguien más lógicamente cualificado que yo para sentarse en la Casa Blanca?

Cuando su expresión pareció interrogar a mi paciente sonrisa, respondí:

- No me lo imagino a usted derribando a caracteres como Hartson.

- No será difícil - me aseguró -. Y sobre todo con la apreciable ayuda del simulador. Cuando programemos nuestra comunidad electromatemática sobre una base de orientación política, habrá un Horace P. Siskin que se convertirá en una prominente unidad W. Quizá no sea una copia exacta. Tal vez lo tengamos que pulir un poco.

Se detuvo para reflexionar:

- De cualquier modo, quiero que todo suceda de forma que cuando consultemos al *Simulacron* - 3 para que nos proporcione un consejo político, la imagen de Siskin aparezca inmediatamente como el tipo de candidato ideal.

Me limité a mirarle. Lo podía hacer. Vi que su plan podría tener éxito sólo a causa de la lógica que entrañaba.

Ahora estaba más contento que nunca de haber aguantado en Reactions, para así poder contribuir a la alianza entre Siskin y el partido.

Dorothy Ford apareció en el intercomunicador:

- Hay aquí dos hombres que pertenecen a la Asociación de Encuestadores y que...

La puerta se abrió, mientras que los dos individuos, un tanto impacientes, entraron.

- ¿Es usted Hall? - preguntó uno de ellos.

Cuando asentí, el otro empezó a chillar:

- Bueno, pues... ya puede decirle a Siskin que...

- Dígaselo usted mismo - invité haciendo un gesto hacia el sillón.

Siskin hizo dar vuelta al sillón para ponerse frente a ellos:

- ¿Sí?

La pareja quedó terriblemente sorprendida.

- Representamos a la Asociación de Encuestadores - dijo el primero -. Y lo que tenemos que decirle aquí va sin florituras de ningún género: O deja de trabajar en el simulador ese, u organizaremos una huelga de todos los encuestadores de la ciudad.

Siskin quitó importancia a la amenaza con una risotada. No era muy difícil saber por qué. Si se manifestaban de una forma global era tanto como conceder una gran importancia a su empresa, y con ello atraer mucho más la opinión pública. Y una gran parte del éxito y los beneficios de los Establecimientos Siskin dependían de que funcionaran a pleno rendimiento. Además, si aquella gente se declaraban en cierto modo en huelga, llegaría un momento en que no podrían resistir aquella situación ya que sus reservas monetarias eran limitadas. Siskin, por el contrario podía resistir aquella situación respaldándose ~u sus reservas económicas. Y con ello, al cabo de unas semanas de semejante situación continuada, no habría ni un solo hombre de negocios y ni una sola ama de casa que no le diera la espalda a la Asociación de Encuestadores. La posible destrucción de dicha Asociación formaba parte en realidad de l~ estrategia del Establecimiento Siskin.

Sin esperar su respuesta, aquella pareja de individuos salió sin decir palabra a la calle.

- Bueno - dije un tanto divertido -, ¿qué hacemos ahora?

Siskin sonrió:

- Yo no sé qué es lo que va a hacer. Pero yo, voy a buscar unos cuantos cabos y voy a tratar de anudarlos.

Dos días después me acomodé de nuevo en otro de los sillones del departamento de transmisión, mientras Whitney me colocaba un tipo distinto de casco de transmisión en la cabeza. En esta ocasión no hubo preparación de género, ya que Whitney había comprendido mi impaciencia.

Yo le observé a través del circuito de vigilancia.

La proyección tuvo efecto suavemente. Tan pronto tuve la sensación de hallarme sobre el sillón, como un instante después me vi transportado hacia un lugar desconocido con sensaciones extrañas. Puesto que no se trataba de un acoplamiento normal, no tuve que verme respaldado por la mente de una unidad ID como en el caso de Thompson. En cuenta de eso, *yo estaba allí...* en un modo pseudofísico.

Un hombre alto, delgado, salió de la cabina de al lado de donde yo había ido a desembocar.

Se acercó a mí, y observé que estaba temblando:

- ¿Míster Hall? - preguntó con incertidumbre.

Asentí mientras paseaba la vista por el salón de recepción del hotel a donde habíamos penetrado.

- ¿Ocurre algo?

- No - dijo de un modo lastimoso -. No ocurre nada que usted pueda apreciar.

- ¿De qué se trata, Ashton? - hice mención de cogerle por el brazo pero él lo retiró rápidamente.

Después dijo con palabras que desbordaban de agobio:

Imagine que en su mundo, descendiera ante usted un dios y comenzara a hablarle.

Reconocí la humildad y el recogimiento que había en sus palabras. Sin que lo pudiera evitar en esta ocasión le puse una mano sobre el hombro.

- Olvídelo. En este momento no soy más que como usted, un ente inundado de cargas simuelectrónicas.

Se giró de medio lado:

- Dejemos esto. Ya puede volver - irguió la cabeza para mirar en una dirección indefinida.

- No creí que el contacto directo tuviera tantas dificultades.

- ¿Pues qué se creía? - me dijo con cierta destemplanza -. ¿Que esto era una excursión?

- Ashton, quisiera que averiguáramos algo. Tal vez podamos relevarle de su trabajo de Unidad de Contacto.

- Pues sáquenme de una vez. Libérenme de esto. No podría continuar, sabiendo lo que sé.

Viendo que estaba empezando a ganarle la confianza, me lancé de lleno sobre el punto que más me interesaba:

- Me gustaría hablar con usted acerca de Cáu Non.

- Ése tuvo suerte, saliéndose de la programación.

- ¿Habló usted con él antes de que tratara de suicidarse?

Asintió:

- Le estuve vigilando por algún tiempo. Presentí que iba a desmoronarse de un modo u otro.

Le miré fijamente a la cara:

- Phil, ¿no fueron solamente las tormentas y los meteoros lo que pudo más que él, verdad?

Me observó con agudeza:

- ¿Cómo lo supo?

- ¿Había pues, algo más?

- Sí - dijo hundiéndose de hombros -. Preferí no decir nada. Yo me sentía vindicativo, despechado. Yo quería que Cau Non hubiera reaccionado de otro modo, echándolo todo a rodar. Entonces ustedes hubieran tenido que deshacerlo todo, y volver a empezar de nuevo.

- ¿Y qué fue lo que le hizo tomar tal determinación?

Dudó unos instantes y respondió:

- Lo sabia todo. No sé de qué modo descubrió lo que era, y la clase de ciudad imaginaria o falsa, y hasta podrida en que vivía. Sabía que él no era más que una parte de un mundo contrahecho y que su realidad no era más que la reflexión de un proceso electrónico.

- ¿Y cómo llegó a saber todo eso?

- No lo sé.

- ¿Habló de alguna otra cosa?

- No. Sólo estaba obsesionado con la idea de que no era nada.

Miré la esfera de mi reloj. Lamenté no haberme concedido más que diez minutos para aquella entrevista.

- Se me ha acabado el tiempo dije encaminándome hacia la cabina videofónica -. Volveré a venir por aquí y ya nos veremos.

- ¡No! - gritó Phil Ashton tras de mí -. ¡Por lo que más quiera no lo haga!

Me metí en la cabina y cerré la puerta.

Como todavía me quedaban cuatro o cinco segundos, pasé la vista rápidamente por la sala de recepción. Apenas pude contener un grito de angustia por lo que vi.

Mientras lamentaba infinitamente que no me quedara más remedio que efectuar la retransmisión y volver a mi estado normal, vi la silueta y la imagen, muy familiares para mí de Morton Lynch o mejor dicho, un análogo de Morton Lynch - que atravesaba el salón de recepción.

CAPITULO VII

Me pasé el resto de la tarde pensando en el simulador. Para mí se había convertido en algo terrible y... en un ogro electrónico y que no pensaba más que en si mismo, y lanzándose en cierto modo contra mi mundo, para matar a Fuller y apoderarse de Lynch.

De pronto se me ocurrió pensar, que el Morton Lynch que había visto en el hotel, quizá no fuera más que una unidad reaccional que se le pareciera. A la mañana siguiente, sin embargo, fue cuando me di cuenta de que no había más que un medio de salir de dudas. Habiéndome fijado tal objetivo, me apresuré por llegar al departamento de índices ID.

En el archivo de «Ocupaciones» busqué en el capítulo de «Seguridad». No estaba dado de entrada. Partiendo de la teoría de que la vocación simuelectrónica de Lynch, podría ser equivalente a la suya en la vida real, busqué en el archivo de «Policía». Sin resultado.

Entonces, reconociendo que tal vez la cosa no fuera tan complicada como yo había creído, decidí buscarlo por un medio más directo, o sea, los archivos nominales.

La última entrada efectuada en la L era: «LYNCH, Morton-IDU-7.693.»

Me temblaba la mano mientras leía las anotaciones hechas sobre la ficha. La unidad IDU-7.683, había sido programada tres meses antes en el simulador por el mismo doctor Fuller.

De pronto pareció que un tupido velo se corriera para dejar paso a mi memoria, y recordé una serie de cosas que anteriormente parecían no tener significado alguno. Como si se tratara

de un juego, Fuller, había modelado una unidad, rasgo a rasgo, idéntica al auténtico Lynch. Después había tratado aquella semblanza en el simulador.

Me había quedado boquiabierto. Había demostrado, por fin, que en una ocasión había habido un tal Morton Lynch.

¿O tal vez no?

Desesperado, me sumergí por enésima vez en un cúmulo de dudas: ¿No podría ser que la existencia anterior de Lynch no había sido más que un reflejo subconsciente programado para mí en la máquina? ¿No sería que el tal Lynch no había tenido vida real más que para mí?

Terriblemente nervioso, salí del edificio. Atravesé por medio de los grupos de encuestadores, con ánimo de buscar un lugar o una situación que diera solidez a mi personalidad. Mi único deseo era salir de la ciudad y perderme en el silencio de los desolados campos.

Al doblar una esquina, un encuestador me detuvo:

- Estoy haciendo una encuesta acerca de las modas en las ropas y modas masculinas - me anuncio.

Me limité a mirarle de soslayo.

- ¿Está usted de acuerdo con la solapa ancha? - empezó.

Pero en cuanto desvió de mí la mirada para ponerla en el papel y el lápiz, empecé a correr por la calle.

- ¡Eh, vuelva! - Gritó. ¡Le pondré una multa!

Atravesé la calle, y en una de las esquinas había un vendedor de periódicos automático que voceaba:

- ¡Grave conflicto para los Encuestadores! ¡La legislación decidida a prohibir la encuesta pública!

Aun eso - aun el hecho de ver que Siskin había comenzado ya a atar los cabos en contra de la Asociación de Encuestadores - no causó efecto alguno sobre mi.

Al verme parado otro encuestador se acercó a mi. Muy despacio, casi como en un susurro me dijo:

- ¡Por lo que más quiera, por su propio bien, Hall, olvide este maldito asunto!

Sorprendido por la advertencia, traté de asirle por un brazo, pero no conseguí más que quedarme con el brazalete de encuestador que ostentaba en el antebrazo, mientras que él desaparecía entre la muchedumbre.

No había *sucedido* tal cosa, me dije a mí mismo a punto de volverme loco. La presencia de aquel encuestador no había sido más que una imaginación mía. Pero mi falta de convicción era incomprensible puesto que yo llevaba el brazalete en el bolsillo.

Un coche aéreo se separó lentamente de entre el tráfago de coches y se acercó al lugar donde me hallaba.

- ¡Doug! - me llamó Jinx alegremente -. Precisamente iba a buscarte para ver si querías venir a desayunar conmigo.

Pero cuando se dio cuenta de la palidez de mi rostro añadió:

- ¡Pasa Doug! ¡Entra!

Sumiso, entré en el coche, mientras ella maniobraba para meterse en la zona de despegues. Al cabo de unos instantes habíamos dejado tierra.

Ascendimos hasta la altura máxima regulable y Jinx puso en marcha el autosistema de regulación de velocidades y alturas. Nos hallábamos muy alto, por encima de la ciudad.

- ¿,Y ahora - dijo con resolución -, qué es lo que ocurre? ¿Acaso has tenido una discusión con Siskin?

Abrió el sistema de ventilación y el aire fresco pareció despejar mis pensamientos. Pero había algunas cosas, algunos pensamientos que rondaban por mi cabeza que me parecían imponderables.

- ¿Doug? - ella interrogó mi silencio, mientras que una bocanada de aire azotaba su cabello.

Si de algo estaba seguro, era de que ya no había tiempo ni lugar para intrigas. Lo único que quería saber era si ella había estado fingiendo ante mí, o si no habían sido más que imaginaciones mías.

- Jinx - le dije sin ambages -, ¿qué es lo que me ocultas?

Ella apartó de mí la mirada. Y mis sospechas se reafirmaron.

- Tengo que saberlo - exclamé -. A mí me está ocurriendo algo extraño. Y por nada del mundo querría que tú te vieras envuelta en ello.

Se humedecieron sus ojos, y sus labios temblaron casi imperceptiblemente.

- De acuerdo - continué con testarudez -. Te diré varias cosas. Tu padre fue asesinado a consecuencia de una información secreta que poseía. El único hombre que sabía algo de todo ello, desapareció. Se ha atentado dos veces contra mi vida. Vi cómo una carretera desaparecía. Un encuestador, al que nunca en mi vida había visto, se acercó a mi y me dijo que abandonara todo este asunto y que me olvidara de ello.

Se puso a llorar con desconsuelo. Pero yo no me ablandé. Todo cuanto había dicho había producido un efecto en ella. No me cabía la menor duda. Ahora no le quedaba más que admitir, de un modo u otro, que ella formaba parte también de aquella situación.

- ¡Oh, Doug! - suplicó -. ¿No puedes olvidarte de todo esto?

¿No era acaso lo mismo que me había propuesto el encuestador?

- ¿No comprendes que no puedes continuar así? - me suplicó -. ¿No te das cuenta de lo que te estás haciendo a ti mismo?

¿Qué me estaba haciendo a mí mismo?

Entonces lo comprendí todo. ¡Ella no me había estado ocultando *nada!* En todos aquellos días, lo que yo había estado interpretando como una duplicidad de su personalidad y sus sentimientos, no había sido más que compasión. Jinx, no había hecho más que tratar de mantenerme alejado de mis infundadas sospechas y obsesiones!

Se había dado cuenta de mi comportamiento irracional. Tal vez Collingsworth le había hablado del incidente en el Limpy's. Y sus atenciones y muestras de afecto, no tenían más explicación que, movida por lo que en su juventud había admirado en mí, hoy, ya mujer, quería protegerme de lo que ella consideraba en mí como inestabilidad mental.

- Lo siento, Doug - susurró confundida -. Te bajaré otra vez.

No supe qué decir.

Me pasé la tarde en el Limpy's, fumando un cigarrillo tras otro, hasta que en la boca no tuve otro sabor que el de un trapo quemado, tratando de aliviar tal sabor con un Scotch-asteroíde tras otro.

Cuando empezó a caer la tarde me puse a pasear sin dirección definida, por el corazón casi desierto de la ciudad. De vez en cuando me metía en uno de los transportadores automáticos, sin fijarme siquiera en la dirección que llevaba.

Tal vez fue el fresco de la noche el que me reanimó, haciéndome ver el lugar a donde me había llevado mi vagabundeo indefinido. Cuando llegué a la estación terminal de la plataforma, alcé la vista y me di cuenta de que me hallaba en la zona residencial no lejos de la casa de Avery Collingsworth. ¿Qué mejor destino ante tales circunstancias que la casa de un técnico en psicología?

Como es natural, Avery se sorprendió por la visita.

- Dime, ¿dónde has estado? - fue lo primero que me preguntó -. Estuve buscándote toda la tarde para que me dieras el visto bueno en una nueva composición de unidades reaccionales.

- Tuve que hacer algunas gestiones fuera de la oficina.

Naturalmente, se había dado cuenta de luí aspecto macilento. Pero, con mucha discreción y tacto no dijo nada.

La casa de Collingworth evidencia su estado de solterón. Daba la impresión de que su estudio no hubiera sido puesto en orden en un montón de semanas.

- ¿Quieres tomar un trago? - me invitó, tras haberme sentado en un sillón.

- Scotch. Medio.

Me lo sirvió inmediatamente. Sonriendo se pasó la mano por sus cabellos sedosos y blancos:

- Junto con el Scotch te hago la oferta de que te laves si quieres para refrescarte, y una camisa limpia.

Hice una mueca de indiferencia y tomé de un trago el contenido del vaso.

Se sentó junto a mí y me dijo de buenas a primeras:

- Ahora me lo puedes contar si quieres.

- No sería fácil.

- ¿Zenón? ¿Alguien llamado Morton Lynch? ¿Se trata de eso?

Asentí.

- Me alegro de que hayas venido, Doug. Me alegro mucho. Hay algo más que el dibujo aquel y Lynch, ¿verdad?

- Mucho más. Pero no sabría ni cómo explicarlo.

Se recostó en su asiento:

- Me acuerdo de que hace aproximadamente una semana, cuando estábamos en el Limpy's, dije algo acerca de entremezclar la psicología con las simuelectrónicas, y obtener una serie de resultados. Deja que me explique:

No se puede meter a la gente en una máquina sin conocer antes la naturaleza básica de ambos. Supón que partimos de este punto.

Así lo hice. Se lo conté todo. Y a través de toda la explicación su expresión no cambió ni un ápice. Cuando terminé se levantó y se puso a pasear.

Primero - dijo por fin - no tienes porqué autodespreciarte. Debes mirar este asunto desde un punto de vista objetivo. Fuller también tuvo sus problemas. Sí, es cierto, no tan acuciantes como los tuyos en este momento. Pero también es verdad, que en aquellos momentos, él no había llevado el asunto del simulador, a un punto tan avanzado como lo has hecho tú.

- ¿A dónde quiere ir a parar con todo esto?

-A que el tipo de trabajo que estás haciendo no puede llegar a culminarse sin que haya consecuencias psicológicas inevitables.

- No lo comprendo.

- Doug, tú eres un dios. Tú posees el control omnipotente sobre toda una ciudad de pseudo-gente... sobre un mundo análogo. En algunas ocasiones tienes que tomar determinaciones que son totalmente contradictorias con tus convicciones morales... como por ejemplo, anular y eliminar una unidad ID. ¿Resultado? Remordimientos de conciencia. De modo, que en esencia, ¿qué es lo que tenemos? Altibajos. Fases de una gran alegría y regocijo, seguidas de descensos a las profundidades del autoreproche. ¿Nunca te apercibiste de este tipo de reacción?

Me había dado cuenta de que había sufrido tales alteraciones.

- Y, ¿te das cuenta de qué clase de estado es el que te he descrito?

Asentí y susurré:

- Paranoia.

Se echó a reír inmediatamente:

- Pero no es más que una paranoia falsa... un estado *inducido.* Oh, pero es válida también. Y posee todos sus atributos: ilusiones de grandeza, pérdida de contacto, sospecha de persecución, alucinaciones - hizo una pausa, y luego añadió con mayor severidad -. ¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo? Si tú anulas, que es tanto como si mataras una unidad de reacción análoga, después tienes la impresión de que has hecho desaparecer a alguien de tu propio mundo.

Aún a pesar de lo confundido que me hallaba, no pude por menos que recoger la lógica de su explicación.

Supongamos que tiene usted razón. ¿Qué puedo hacer?

- Ya has hecho el noventa por ciento de lo que podías hacer. Porque lo más importante en este caso es saber dónde pisamos en todo momento - se levantó -. Sírvete otro trago, mientras hago una llamada por el vídeo.

Cuando volvió, no solamente me había terminado lo que me había servido, sino que estaba ya medio afeitado y lavado, en el cuarto de baño de al lado del estudio.

- ¡Así me gusta! - me animó -. Te traeré una camisa limpia.

Pero cuando volvió yo había perdido de nuevo la alegría que sentía unos momentos antes:

- ¿Y qué me dice de esos oscurecimientos temporales de memoria, esa amnesia, que me acecha de tanto en tanto? Eso al menos es verdad.

- Oh, estoy seguro de que son auténticos, aunque en un sentido psicosomático. Tu integridad se revela contra la idea de la psicosis. Y entonces buscas una excusa que te enjugue. Esas pérdidas de memoria ponen todo el asunto en un plano orgánico. En aquel momento no te sientes tan humillado.

Cuando terminé de arreglarme, me llevó hacia la puerta y me sugirió:

- Haz un buen uso de la camisa.

Su consejo no tuvo para mi significado alguno hasta que me encontré a Dorothy Ford aparcada frente a la casa. Y también entonces me di cuenta de su propósito al hacer la llamada por el vídeo. Todo está a punto para darme el paseo que Collingsworth creyó que necesitaba. Que ella estuviera dispuesta a efectuar una misión de casi, casi de puro compromiso, no tenía importancia. Quizás éste fuera un buen momento para estudiar de cerca a uno de los agentes incondicionales de Siskin.

Por eso no me importó.

Nos introducimos en la silenciosa oscuridad de la noche, y permanecimos sentados, suspendidos entre una panoplia de estrellas frías, y la brillante alfombra de las luces de la ciudad. Frente a la graciosa curva de la carlinga, Dorothy se mostraba como una silueta suave y tibia, llena de vitalidad y de ansiedad.

- Bueno - dijo alzando los torneados hombros -, ¿debo indicar yo el plan a seguir? ¿O acaso tiene usted ya alguna idea definida?

- ¿Fue Collingsworth quien la hizo venir?

Ella asintió:

- Creyó que usted necesitaba que le echaran una mano - y sonriendo añadió -: Y creo que yo puedo salir bien del trabajo que se me ha asignado.

- Pues me parece que es una terapia bastante interesante.

- Pues claro que sí - en sus ojos se reflejaba la malicia de la broma.

De pronto quedó seria:

- Doug, ambos tenemos nuestro trabajo. Es más que evidente que el mío consiste en mantenerme siempre alerta sobre usted para que no pueda escapar del bolsillo del Gran Pequeñito. Pero no hay ninguna razón que nos impida que nos divirtamos juntos al mismo tiempo. ¿De acuerdo?

- De acuerdo - acepté su mano - Así que, ¿cuál es el programa?

- ¿Qué le parece algo..., auténtico?

- ¿Qué? - pregunté cauteloso.

- Que si le parece bien que vayamos a sumergirnos en la corriente cortical.

Yo sonreí tolerante.

- Bueno, no tome una actitud tan reservada - me urgió -. Ya sabe que no es ilegal.

- No creía que fuera usted de las personas que necesitan someterse al ESB.

- Verdaderamente, yo no lo necesito - se acercó a mí y me dio un golpecito en la mano -. Pero, querido, el doctor Collingsworth me ha dicho que usted sí.

El Comer Cortical, era un modesto edificio de una sola planta, situado entre otros dos de forma de obelisco en cuya estructura dominaba el cemento y el vidrio, y que estaba ubicándose en la parte baja de la ciudad. Fuera, jovencitos impulsivos se miraban entre sí con aspecto retador.

Cuando entramos, los clientes estaban sentados alrededor de un mostrador con paciente educación, escuchando la música o tomando unas copas. La mayor parte, eran mujeres de avanzada edad, ansiosas porque les llegara el turno, pero sin mostrar la menor inquietud. Pocos, incluidos los hombres, tenían menos de los treinta y cinco años. Lo cual demostraba el hecho que la juventud adulta, apenas sentía interés alguno por el ESB.

Esperamos solamente, el tiempo necesario para que Dorothy le dijera a la encargada que necesitábamos un circuito de triple expansión, para ambos.

Sin pérdida de tiempo nos introdujeron en una habitación con gran lujo. La música omnifónica animaba el ambiente y el aire estaba cargado de suaves perfumes.

Nos acostamos sobre un canapé de color rojo, y Dorothy apoyó la cabeza sobre mi brazo, dejando descansar la mejilla sobre mi pecho, mientras que la fragancia de su pelo perfumado llegaba inundando mi rostro. La asistenta nos puso unos almohadones, y acercó el tablero de control para ponerlo al alcance de Dorothy.

- Relájese y déjese hacer por la pequeña Dorothy - dijo manipulando en los selectores.

Al cabo de un momento noté cómo un estremecimiento que procedía de los electrodos y que accionaba sobre los centros corticales.

De pronto apareció ante mí el delicado azul del cielo, que se mecía lánguidamente, un mar esmeralda que se agitaba con suave monotonía, basta llegar a una playa de la más pura arena. Las olas me mantenían a flote, llevándome en un movimiento de vaivén, para después abandonarme de pronto y dejarme hundir hasta que los dedos pulgares de mis pies rozaban el fondo.

Aquello no era una ilusión. Era real. No cabía la menor duda de que aquella experiencia, excitaba los centros alucinatorios. La estimulación cortical era así de efectiva.

Oí una sonora carcajada metálica tras de mí, me volví, y un chapuzón de agua me dio de lleno en el rostro.

Vi a Dorothy que trataba ponerse fuera de mi alcance. Fui tras ella y se sumergió, mostrando al hacerlo la tersura y flexibilidad de su cuerpo.

Nadamos bajo el agua, y en un momento dado estuve tan cerca de ella que conseguí atraparla por un tobillo, pero se soltó y volvió a alejarse de nuevo con la facilidad de una auténtica criatura marina.

Salí a la superficie para llenar de nuevo de aire mis pulmones.

Y al hacerlo, vi a Jinx Fuller, de pie sobre la playa, erguida y preocupada, mientras miraba con atención la superficie lisa del mar.

El viento azotaba su camisa y le cubría el rostro de sus propios cabellos.

Dorothy subió a la superficie, vio a Jinx y gritó:

- ¡Aquí no se está bien!

La oscuridad cubrió todos mis sentidos, y de pronto vi que Dorothy y yo nos deslizábamos sobre «skies», sobre la pendiente blanca y helada de una montaña.

Redujimos la velocidad para tomar una curva. Ella hizo un viraje falso, yo quise evitar el tropezar con ella, pero no pudiéndolo evitar caí a su lado.

Reja con todas sus fuerzas. Alzó las gafas para ponerlas sobre su frente, y rodeó mi cuello entre sus brazos.

Pero yo no miraba más que más allá... hacia Jinx. Medio escondida tras un árbol de crestas cubiertas de nieve, permanecía en silencio, testigo mudo, y pensativo.

Y en aquel momento de preocupación, noté la agradable y furtiva presencia de Dorothy, leyendo sus pensamientos, llenos de interrogantes, preocupados, y ansiosos de lanzar nuevas corrientes de excitación que llegaran hasta lo más profundo del tejido cortical

Había olvidado los efectos recíprocos de un circuito ESB; había olvidado que aquella estimulación acoplada podía llevar consigo una enajenación involuntaria de los pensamientos del otro sujeto.

Me puse en pie sobre el canapé, y tiré a un lado mi almohada.

Dorothy, levantándose tras de mí, me hizo una mueca de indiferencia. Entonces dio un nuevo significado a una antigua frase femenina: ¿Se puede culpar a una muchacha por intentarlo?

Me limité a observar su rostro. ¿Había profundizado en mi lo suficiente como llegar a saber que yo continuaba con Siskin sólo porque mi empeño era sabotear su conspiración por con el partido?

CAPÍTULO VIII

Por primera vez desde hacía algunas semanas, me sentí por fin liberado de la preocupación que representaba para mí la muerte de Fuller. Tras los imaginarios incidentes que habían seguido a aquel accidente, todo ello quedaba como un sueño que estuviera perdiendo su vivacidad, al mismo tiempo que la luz del amanecer esparcía las sombras.

Yo había vuelto de una situación terrible gracias a Avery Collingsworth.

Pseudoparanoia. Me parecía tan lógico que incluso me quedé extrañado de que no se nos hubiera ocurrido antes ni al doctor Fuller ni a mí, que el verse envuelto casi constantemente en un medio ambiente absolutamente dedicados al simulador, y a su demasiada auténtica «gentecita» podría entrañar insospechados trastornos mentales.

Quedaba todavía muchas cosas por aclarar, naturalmente. Dorothy Ford, por ejemplo, tenía que comprender que nuestra escapada al ESB, no había significado nada para mí. Aunque me había gustado nadar, por decirlo así, eso no quería decir que iba a hacer un hábito de ello. Y menos, después de que la experiencia con la excitación cortical, me había, tan claramente demostrado mi preocupación por Jinx Fuller.

Aunque en realidad, Dorothy también lo había pensado así. Me di cuenta la mañana siguiente, cuando pasé por delante de su mesa.

- Por lo de anoche, Doug... - comenzó a decir -. Como dije, cada uno tenemos nuestro trabajo. Y yo el mío lo tengo que hacer con la mayor lealtad. No tengo más remedio.

Me pregunté a mí mismo, qué clase de espada de Damocles sería la que Siskin tenía puesta sobre ella.

La que tenía puesta sobre mí tenía un doble filo... por un lado las amenazas de una investigación policial acelerada sobre el caso de la muerte de Fuller, poniéndome a mi como cebo, y por el otro no permitir nunca que utilizara el simulador para realizar investigaciones sociológicas.

- Y ahora que ya sabemos a qué atenernos añadió Dorothy en un tono más alegre - no habrá ningún malentendido - se acercó para poner su mano sobre la mía -. Y así, Doug, aún podemos continuar pasándolo bien.

Yo quedé un tanto confuso, no por eso, sino porque no tenía ni la menor idea de lo que ella habría podido penetrar en mi pensamiento a través del ESB.

La angustia por la posibilidad de que hubiera llegado a saber algo, y le hubiera dicho a Siskin mis intenciones quedó plenamente explicada dos días después. Fue entonces cuando Siskin me llamó para quedar citados.

El coche aéreo se posó suavemente sobre el piso ciento treinta y tres de los Establecimientos de la Central Bable. Siskin tuvo que esperar un poco antes de poder entrar para dirigirse hacia su despacho.

Al encontrarnos, me pasó la mano por encima del hombro, y anduvimos a lo largo de pasillos alfombrados, para llegar hasta mi despacho. Se puso a pasear ante la amplia ventana. Al fondo, la ciudad parecía más bien un cuadro borroso.

De pronto dijo:

- Algo no va bien con la legislación establecida, en contra de los encuestadores. De momento habrá que darle carpetazo a este asunto. No haremos nada por ahora.

Me limité a responder a Siskin con una sonrisa. La simple amenaza de que la acción encuestadora se viera puesta fuera de la ley a causa del aburrimiento público, había hecho estallar una ofensiva contra nuestra empresa.

- Al parecer esa gente tienen más poder del que usted pensaba en un principio.

- Pero eso no tiene sentido. Hartson me aseguró que tenía todas las bazas en juego en su poder.

Bueno, pues ahora están los resultados. Va a ser muy difícil impedir que esas gentes se declaren en huelga y organicen una buena.

- Yo no apostaría tanto - hizo una pausa y añadió -: ¿Cree usted que sería capaz de exponer sus ideas acerca del *Simulacron*-3 de tal modo que pudiera efectuar una auténtica revulsión en las relaciones humanas?

Un tanto preocupado respondí:

- Pues, verdaderamente tengo mis propias ideas y estoy convencido de ellas. Pero no creo estar lo suficientemente preparado como para poder dar un discurso a los periodistas.

Eso *exactamente* es lo que quiero. De ese modo todo tendrá un mayor aspecto de sinceridad.

Puso en marcha el intercomunicador y ordenó:

Háganles pasar.

Entraron. Formaban todo un enjambre de periodistas, reporteros, cameraman, fotógrafos. Se reunieron alrededor de la mesa, formando un nutrido semicírculo.

Siskin alzó las manos en solicitud de silencio.

- Como saben - dijo -, Reactions, está sometida a la presión ejercida por los medios coercitivos utilizados por la Asociación de Encuestadores. Parece ser que están dispuestos a declararse en huelga, no consiguiendo con ello más que desencadenar un auténtico caos

económico, a no ser que, como nos han pedido renunciemos a dar a la nación el mayor avance social de todos los tiempos.

Se subió encima de una silla, y gritó para acallar el murmullo de voces escépticas que se había levantado:

- De acuerdo..., ya sé en lo que están pensando: que esto es una hazaña sin demostrar todavía. ¡Pues no lo es! Estoy luchando para salvar nuestro simulador - *su* simulador - porque no se trata de un simple medio o engaño para ganar dinero. Se trata también de un instrumento que conseguirá *un brillante y nuevo futuro para la raza humana.* Es un instrumento que va a levantar al hombre a una milla por encima del primigenio lodazal en que se ha visto hundido desde sus primeros días!

Hizo una pausa como si se recreara en sus frases, o quizá para dar mayor énfasis a sus palabras, y continuó:

- Y ahora voy a dejar que el verdadero artífice de ese simulador del medio ambiente social les dé todos los detalles posibles... señores, les presento a Douglas Hall.

La estrategia de Siskin no era muy difícil de comprender. Si podía hacer creer a la opinión pública que su maravilla simuelectrónica iba a producir un verdadero avance en la raza humana, entonces no habría fuerza capaz de ponerse enfrente de REIN... ni siquiera los encuestadores.

Me coloqué frente a las cámaras con cierto embarazo:

- El simulador ofrece un gran número de oportunidades en el campo de la investigación de las relaciones humanas. Estas oportunidades fueron ya previstas por el doctor Fuller.

Hice una pausa, al darme cuenta de pronto, de algo que no se me había ocurrido antes: Si el sentimiento y la inclinación pública, podía derrocar a la ofensiva de los Encuestadores, ello podría asegurar también el uso exclusivo del sistema *para mejorar las relaciones humanas.* Toda la nación se rebelaría contra aquel sistema en cualquier momento en que yo me decidiera a decirles que la máquina Siskin era utilizada únicamente con fines políticos y para saciar ambiciones personales.

Tratando de rehacer inmediatamente mi intervención, continué:

- ¡Poseemos un instrumento quirúrgico que puede disecar hasta la misma alma! ¡Puede controlar a un ser humano de un modo tan perfecto que se percata inmediatamente de todas sus reacciones, motivación tras motivación, instinto tras instinto. Puede profundizar hasta el límite de nuestros actos, aspiraciones y temores. Es capaz de realizar un estudio, un análisis, o una clasificación, y *mostrarnos qué debemos hacer en todo momento,* para corregir, promocionar o juzgar los actos de cualquier individuo. Puede explicar y descubrir la fuente, el origen, de todo prejuicio, fanatismo, odio o sentimiento perverso. Estudiando los seres análogos en un sistema simulado, podemos planificar el espectro de las relaciones humanas. Estimulando estas unidades análogas, *paso a paso,* de todas las tendencias antisociales e indeseables.

Siskin dio un paso hacia delante e intervino:

- Ya ven, señores, que míster Hall, es en cierto modo un fanático en este asunto. Pero el Establecimiento Siskin, no lo es menos.

Yo continué:

- En el medio ambiente condicionado del *Simulacron*-3, pretendemos aislar, varias unidades reaccionales, seleccionándoles por edades y por grupos. Sistemáticamente, nos iremos ocupando de ellos aplicándoles todos los estímulos concebibles, que nos darán como resultado lo mejor y lo peor, humanamente hablando, de cada uno de ellos. Con ellos, queremos avanzar el estudio del comportamiento humano en miles de años.

Lo que estaba diciendo, no tenía nada de original. No hacía más que repetir frases que Fuller me había a su vez repetido una y otra vez durante años, con un entusiasmo sin límites. Y yo no podía hacer otra cosa que esperar y desear que aquellas frases llegaran a ellos con una sinceridad y un atractivo idénticos a los de aquel hombre.

- El simulador proseguí - marcará la edad de oro de las relaciones humanas. Y nos enseñará la manera de purificar el espíritu mortal, de los últimos vestigios de sus orígenes animales.

Siskin intervino nuevamente:

- Antes de que comiencen con el bombardeo de sus preguntas, quiero dejar bien claros algunos detalles, quizá menos deslumbrantes. Primero, nuestro Establecimiento se metió en este asunto con la idea de obtener algunos beneficios. Sin embargo, durante mucho tiempo he rechazado de pleno tal incentivo. Y ahora, quiero dedicar toda la energía y el esfuerzo de esta organización a conseguir que las cosas maravillosas que se esperan del simulador de míster Hall, sean una realidad.

Yo le dejaría hacer. Cuando llegara el momento, no tendría más que decir una palabra para poner al descubierto la conspiración del partido de Siskin.

- Esta empresa - dijo con fingida gravedad - va a tener también sus funciones comerciales. Por más que me pese, tiene que ser así. Oh, bien es verdad que podríamos recurrir a una garantía del gobierno. Pero, señores, tienen que reconocer que esta nueva y gran Fundación, no puede ser confiada ni sostenida por nadie en concreto. Debe funcionar por encima de todos los niveles sociales.

Uno de los periodistas dijo:

- ¿A qué se refiere usted al hablar de «fundaciones comerciales»?

- Simplemente que el simulador tendrá que reportar los considerables fondos necesarios como para llevar a efecto su propósito humanitario. Nuestra empresa, aceptará Contratos comerciales, condicionados todos ellos a una previsión a largo plazo del comportamiento humano. Pero no aceptará más que el mínimo preciso. O sea, tantos como sean necesarios como para cubrir el déficit derivado de las operaciones anuales, y que yo de momento amplío, por mi cuenta, en doscientos cincuenta millones adicionales.

Esto impresionó enormemente al grupo de periodistas. Pero, sin embargo, debía contribuir a mi juicio, a apretar todavía más el nudo de seguridad alrededor del cuello del liliputiense Siskin.

Transcurrió media hora m~ dedicada exclusivamente a preguntas. Pero de lo que no cabía la menor duda era de que no habíamos dado lugar al escepticismo. Cuando los periodistas se fueron, Siskin no pudiendo reprimir su alegría, dio unos pasos de baile y unos saltitos y terminó abrazándome.

- ¡Lo hiciste de maravilla, hijo, maravillosamente bien! - exclamó - Yo no hubiera podido hacerlo ni la mitad de bien que tú!

Al día siguiente, todas las esclusas habían quedado abiertas de par en par para dar rienda suelta a una marea gigante de opinión pública, referente a las declaraciones de Siskin. Entre todos los artículos, informaciones, y comunicados televisivos, no había ni una sola palabra desfavorable. Jamás había visto en mi vida algo que atrajera tanto la atención general de la gente como el «enorme esfuerzo humanitario de Siskin».

Antes del mediodía, gran número de soluciones, dictámenes y conclusiones se habían fijado, hasta alcanzar un nivel de merecer la empresa.

Como si se tratara de una avalancha imprevista, se presentaron nuevas organizaciones que se ofrecieron como aliados a «tan noble empresa».

Dos grandes masas de gente, que se habían amotinado para decidir con enorme entusiasmo, su verdadera tendencia y el partido a tomar, terminaron agrupándose bajo dos nombres: «Los samaritanos de las Simuelectrónicas» y «Mañana... la Humanidad Entera». Creo que en aquellos momentos hubiera sido muy difícil encontrar a alguien que no estuviera terriblemente influenciado por el idealismo. El engaño, el encubrimiento y la farsa habían resultado completos.

Viendo el auge que estaba tomando la reacción pública en favor del REIN, la Asociación de Encuestadores redujo el número de sus agrupaciones de protesta a diez poco más o menos. Pero aun así, un gran número de patrullas de policía se tuvo que poner en funciones, para protegerlos del gran número de los airados simpatizantes de Siskin.

En cuanto a mí, había conseguido sacar a mi espíritu, remontarlo, de las profundidades y abismos de las preocupaciones y auto-recriminaciones. No solamente, como por ensalmo, se habían evaporado mis problemas personales, gracias a los consejos de Collingsworth, sino que además, el triunfo sobre Siskin y su partido, me parecía ya una cosa inevitable.

Perfectamente protegido por la evidencia de mi vuelta a la normalidad, llamé a Jinx por el vídeo, para quedar de acuerdo a una hora determinada al día siguiente para ir a cenar. Aunque no pareció concederle importancia alguna a los acontecimientos humanitarios de Siskin, aceptó, sin embargo, de buen grado la invitación. Pero yo no me quedé muy a gusto al pensar en que ella no se había mostrado atraída, ni tanto así, por aquel asunto.

Decidido a empezar las cosas bien, puesto que para mí era tanto como comenzar una nueva vida, la llevé al «John's Late Sixties» - único, muy caro, y en el que se respiraba una

atmósfera, que, como se demostró a la hora de pagar, «no había variado ni un ápice durante dos generaciones».

El olor a comida (alimentos naturales, y no aquellas otras derivaciones sintéticas), que se estaban condimentando en la cocina que había al lado, captó la atención y el apetito de Jínx. Y, mientras esperábamos, Jinx contempló sorprendida la armonía de antigüedad que se alzaba a nuestro alrededor, las sillas funcionales y las mesas, estas últimas cubiertas con mantelerías del más rancio y puro estilo; bujías incandescentes; y un conjunto músico vocal de cuerda, que haciéndolo bastante bien a mi juicio, no cejaba en la interpretación de sus mejores selecciones de la clásica música «pop».

Una camarera se acercó para interesarse por lo que desearíamos, y al cabo de un rato volvió con lo solicitado, lo cual fue para Jinx el colmo del anacronismo y la apreciación definitiva del tipismo de aquel lugar.

-¡Creo que esto será una idea extraordinaria! - exclamó al ver incluida en la carta una menestra de verduras naturales.

- Bueno. Pues si te gusta no veo la razón por la que no podamos repetirlo en otra ocasión.

- No. No creo que la haya.

¿No había en sus palabras un rasgo de resquemor? ¿Estaba todavía un tanto cautelosa y retraída conmigo?

Le tomé la mano:

-¿Has oído hablar alguna vez de la pseudoparanoia?

La preocupación le hizo enarcar las cejas suavemente:

- Yo tampoco había oído hablar - proseguí - hasta que el otro día estuve charlando un rato con Collingsworth. Me explicó que lo que me ocurría no era más que consecuencia de los efectos psicológicos de mi trabajo con el simulador. Lo que intento hacerte comprender, Jinx, es que yo estaba fuera de mí hasta hace un par de días. Pero ahora todo eso ya ha pasado.

Sus facciones mostraban, en cierto modo, rigidez y abstracción donaire, hermosura, pero al mismo tiempo frialdad y alejamiento.

- Me alegro de que todo vaya bien - se limitó a decir.

No sé por qué, pero las cosas no iban tal como yo las había planeado.

Nos mantuvimos en silencio durante casi todo el resto de cena. Al fin me decidí por romper el hielo de aquella situación. Me incliné sobre la mesa:

- Collingsworth me dijo que cualquiera que fuese la razón que me mantenía en aquel estado, no era más que una cosa temporal.

- Estoy convencida de que será así - sus palabras eran frías y lúgubres.

Traté de cogerle la mano. Pero con mucha delicadeza la retiró.

Desilusionado, dije:

-¿Te acuerdas de la noche que fuimos a pasear? Me preguntaste qué era lo que yo quería alcanzar en la vida.

Ella se limitó a asentir con desgana.

- Pues hasta ahora no parece que me vayan saliendo como yo creí y deseé en un principio - me lamenté.

Se quedó mirándome unos instantes mientras yo veía que la indecisión perturbaba su rostro.

Me decidí a preguntar:

-¿No dijiste también algo de que no habías dejado nunca de pensar en mí?

-¡Oh, Doug! No hablemos de ello. Ahora no al menos.

-¿Y por qué no?

No respondió.

Al principio pensé que estaba tratando de escapar de algo monstruoso y misterioso. Después me imaginé que era solamente a mí a quien temía. Y ahora... ya no sabía qué pensar.

Sacó la excusa de que le brillaba la nariz, pidió mis disculpas y se encaminó a lo largo del salón, elegante, y atrayendo con el ritmo de sus movimientos un gran número de miradas de admiración a su paso.

De pronto mis manos se cerraron quedando agarrotados los puños, en el mismo momento en que caía hacia delante. Quedé sentado en aquella posición durante varios minutos, temblando y tratando de escapar de la negrura que parecía absorberme. Toda la habitación parecía dar vueltas sobre sí misma, mientras que miles de ríos de fuego cruzaban a través de mi mente.

-¡Doug! ¿Te encuentras bien?

La voz solícita de Jinx, y luego la mano apoyándose sobre mi hombro, me hicieron reincorporarme.

- No es nada - mentí - un simple dolor de cabeza.

Pero mientras fui al vestuario en busca de su abrigo de noche pensé en la seguridad que me había dado Collingsworth de que aquellos lapsus eran solamente psicomáticos. Quizá había en ello un efecto de consecución, que tal vez se prolongaría durante algún tiempo incluso después de que se hubieran aclarado todos los problemas.

Mi confusión solamente contribuyó a que reinara un silencio total en el trayecto que hice para llevar a Jinx a casa de nuevo. Cuando estuvimos en su puerta, la cogí por los brazos y la quise estrechar entre los míos. Pero ella volvió su rostro hacia un lado. Daba la impresión de que hubiera dedicado toda la noche, íntegramente a /llevar a cabo un solo propósito: desmoralizarme.

Di la vuelta, y me alejé.

Poco después, como arrepentida de su frialdad, me llamó con una voz débil e incierta:

-¿Te volveré a ver, verdad, Doug?

Cuando me decidí por girarme hacia ella, ya no estaba.

No podía consentir mi estado de ánimo que aquella noche, terminara así. No me quedaba más remedio que... volver e insistir para que me explicara por qué había estado tan fría y distante.

Volví pues sobre mis pesos y me dispuse a abrir la puerta. Pero antes de tocarla, la puerta se abrió.

Me detuve ante la entrada:

- Jinx.

No me contestó.

Fui a la sala de estar, al comedor y al estudio.

- Jinx.

Miré por las otras habitaciones, recorrí la casa otra vez de arriba abajo. Miré tras las puertas, en los lavabos, y bajo las camas.

-¡Jinx! ¡Jinx!

Pero Jinx no estaba. Era como si el haberla visto entrar en la casa, no hubiera sido más que imaginaciones mías.

CAPITULO IX

De nuevo se repetían las inalterables alternativas. O bien Collingsworth estaba equivocado respecto a su convencimiento de que la cura de la pseudoparanoia residía principalmente en reconocerla, o bien, Jinx Fuller, había desaparecido.

Al cabo de unas horas de mi exhaustiva búsqueda por la casa, aparqué el coche en el garaje, y después permanecí un buen rato paseando entre las impenetrables sombras que circundaban el edificio. Casi sin darme cuenta me metí en el transportador lento, y al cabo de poco rato, me encontré en el tranquilo y desolado ámbito de la ciudad.

Sin proponérmelo, dediqué toda la atención de mis sentidos al dilema que me envargaba. Había habido desapariciones. Jinx era la prueba irrefutable. Y la misma suerte había corrido Morton Lynch, el dibujo de Aquiles y la tortuga, la placa de un trofeo que había llevado inscrito el nombre de Lynch, y un trozo de una carretera parecía haber sido absorbido por los campos que la circundaban.

Respecto a Lynch y el dibujo, era como si nunca hubieran existido. La carretera había vuelto a su apariencia normal. ¿Pero qué ocurría con Jinx? ¿Volvería... dejándome en la duda de no haber sabido encontrarla a pesar de haber registrado toda la casa? ¿O tal vez dentro de poco, empezarían a decirme que no había oído hablar nadie de ella?

Al amanecer llamé dos veces a casa de Jinx. Pero no tuve respuesta alguna.

Vagabundeando por las calles desiertas, tuve la sensación de que las Fuerzas desconocidas Se hallaban muy cerca de mí, que me cercaban, que detrás de cada sombra se escondía la malévola organización.

Todavía no se había despejado las tinieblas de la noche, y ya había llamado tres veces más. Y cada vez se adentraba más en mí la horrible sospecha de que nunca había oído hablar de ella. ¿Pero por qué? La desaparición de Lynch era lógica. Había actuado de tal forma que su comportamiento casi era un desafío a las Fuerzas Desconocidas. Pero Jinx, sin embargo, había insistido una y otra vez en que la muerte de su padre, no había sido más que un accidente.

Y había desaparecido.

Poco después de que el sol cubriera por completo la ciudad me tomé un café en una máquina automática, y después me encaminé liada las oficinas. Poco antes de llegar, me encontré con un nutrido grupo de monitores de Reacción, encuestadores, que debatían entre gritos sus divergencias con otro grupo de partidarios de Siskin.

Alguien quiso lanzar un ataque contra los primeros. Pero uno de los policías que vigilaban el sector y los acontecimientos entró en acción, y disparando su revólver del que salió un fulgor rojizo, dejó a aquel hombre temporalmente paralizado como si hubiera sufrido un Colapso. El grupo de manifestantes se retiro.

Una vez en mi despacho, pasé más de una hora paseando alrededor de la mesa. De pronto, Dorothy Ford, entró, se detuvo en la puerta, sorprendida, al verme allí tan temprano, y después avanzó unos pasos:

- He pasado mucho tiempo esta noche llamándole - dijo -. Y eso es un mal asunto, porque a estas horas el Gran Pequeñito, se figura que hemos estado divirtiéndonos juntos.

Hizo una pausa y continuó:

- He intentado ponerme en contacto con usted toda la noche. Pero usted no estaba en casa.

- Yo...

- No es necesario que me dé explicaciones. No le buscaba por ninguna razón particular. Es que Siskin quería que estuviera usted aquí temprano esta mañana.

- Pues ya he venido temprano - respondí -, ¿qué es lo que quiere?

- La verdad es que no me lo confía a mí *todo* - hizo mención de retirarse hacia la sala de recepciones y añadió antes -, Doug, ¿estuvo con esa chica llamada Fuller?

Estuve en aquel momento mirando a través de la ventana, y me volví rápidamente. El solo hecho de pronunciar el apellido de Jinx había sido suficiente para causar tal reacción en mi. Ello me confirmaba, que al menos hasta ahora, Jinx no había seguido las huellas de Lynch. Al menos, se evidenciaba su existencia.

Antes de que pudiera responder, Siskin entró en la oficina, me miró un tanto ceñudo, y exclamó:

- ¡Da la impresión de que se haya pasado usted toda la noche en una buena farra! ¿O quizás ha estado usted ESB-ando?

De pronto se dio cuenta de la presencia de Dorothy, y su expresión cambió. Para mí su mirada, bajo sus cejas un tanto arqueadas, era calculadora. Para ella, reflejaba una sutil aprobación, con un cierto atisbo de implicaciones sensuales, que parecían aprobar los servicios prestados.

Pasó tras de mí, y me miró de arriba abajo detenidamente.

Como la muchacha continuara sin moverse de la puerta, le dijo:

- He dejado a un caballero en la sala de recepciones. ¿Quiere hacerle entrar?

-¿Otro hombre del partido? - pregunté.

- No. Es alguien íntimamente ligado a su medio de trabajo. Le reconocerá.

Y así fue. Era Marcus Heath. Era pequeño, aunque desde luego no tenía la diminutez de Siskin. Fuerte, pero sin reflejar solidez. Unas gafas de cristales muy gruesos que hacían resaltar la vivacidad de sus ojos.

- Hola, Hall - dijo -. ¿Ha pasado mucho tiempo, ch?

Efectivamente. No le había visto desde los últimos disturbios universitarios. Pero había que contar también que se había pasado diez años, ni uno más ni uno menos, en prisión. Y entonces me acordé de que en realidad la sentencia había sido solamente de dos anos.

- Heath será su ayudante - explicó Siskin -. Pero antes vamos a informarle debidamente de todo.

-¿Te has especializado acaso en símuelectrónicas?

- Realmente he profundizado bastante en ello, Hall. He estado al frente de un trabajo técnico para Barnfeld.

- Yo lo he comprado se vanteó Siskin -. Ahora está con nosotros.

Barnfeld era la otra organización privada que había rivalizado con Reactions en la investigación de simuelectrónícas.

Me apoyé sobre la *mesa:*

- Heath, ¿lo sabe todo míster Siskin acerca de ti?

-¿Por lo que pasó en la universidad? - me interrumpió Siskin -. Pues claro que sí. Lo suficiente como para estar convencido de que Heath en aquella ocasión no fue más que el cabeza de turco.

- El doctor Heath - le recordé - fue convicto de fraude por malversación de los fondos públicos destinados a investigación.

- Pero tú no creerás eso, ¿verdad, Doug? - suplicó Heath.

- Tú así lo confesaste.

Siskin se adelantó para intervenir:

- No soy tan estúpido como para contratar a un hombre sin haber llevado antes a cabo una investigación total y exhaustiva de su pasado. Dediqué a todo mi personal en ella. El encarcelamiento de Heath fue por otras razones, ya que cargó con las de otra persona.

-¡Eso es mentira! - protesté -. ¡Fuller no tenía ni un céntimo cuando abandonó la Universidad!

Siskin mostró sus blancos dientes:

- He dicho que me satisfacen las credenciales de Heath. Y eso es suficiente.

Y sin mediar más palabra, salió del despacho acompañado de Heath. Y en aquel mismo momento comprendí la razón de toda aquella maniobra. Dorothy Ford, le había comunicado telepáticamente a través del circuito ESB, mis intenciones de sabotear el partido político de Siskin, y de bloquear sus ambiciones.

Y como consecuencia, Siskin se estaba preparando para desembarazarse de mí. Heath tenía que ponerse al corriente de todo, cuanto antes mejor. Y a partir de aquel momento se pondría en movimiento todas las ataduras, cabos, y requisitos necesarios y yo sería arrestado por el asesinato de Fuller.

En las últimas horas de la mañana, sonó el intercomunicador y el rostro de una mujer de edad avanzada, y gruesa apareció en la pantalla. Dorothy había salido sin duda de su puesto tras la mesa, y había dejado conectado el circuito directo del intercomunicador.

-CRM l0.421-C - empezó a decir la mujer. Estoy pulsando la opinión pública sobre...

- Lo siento, ahora no puedo la interrumpí con rudeza dejándola cortada.

El intercomunicador sonó nuevamente, y volví a responder:

- Ya le he dicho *que... ¡Jinx!*

- Buenos días, Doug - me saludó. Tras ella veía perfectamente el estudio del doctor Fuller -. Tenía que llamarte. Sé que me comporté de un modo muy... peculiar la pasada noche.

-¡Jinx! ¿Qué ocurrió? ¿Dónde fuiste? ¿Cómo...?

Frunció el ceño como si estuviera preocupada. ¿O era temor?

- Entré en la casa inmediatamente detrás de ti - le expliqué -. Y no estabas. ¡No te pude encontrar por ningún sitio!

Ella sonrió:

- Pues tenias que haber mirado mejor. Estaba muy cansada. Me acosté sobre el diván y eso fue todo.

-¡Pero si yo miré allí!

- Pues te debiste confundir trató de quitar importancia al asunto con una risa -. En cuanto a esta última noche: estaba preocupada por ti. Pero ahora ya no lo estoy. Y menos después de haber pensado en ello. Compréndelo, había esperado durante tanto tiempo. Y en estos últimos días... he estado tan confusa...

Me senté sin dejar de mirar a Ja pantalla.

- Lo que quiero decirte - añadió - es que te amo.

Y al cabo de un momento me preguntó:

- ¿Te veré esta noche?

- Tengo que trabajar hasta bastante tarde mentí.

- Entonces iré a recogerte al despacho.

- Pero...

No me discutas. Te esperaré durante toda la noche si es necesario.

No le discutí. Cortamos la comunicación, y me quedé tratando de encontrar desesperadamente una razón lógica a lo que había ocurrido. Me había hecho creer la última noche, que estaba dispuesta a no verme nunca más, porque me tenía miedo. Pero ahora, sin

embargo, estaba dispuesta a aceptarme, a pesar de que le había dado más motivos todavía para dudar de mi condición y estado de salud.

Por otra parte, si realmente había desaparecido, ¿dónde había ido? ¿Qué es lo que había hecho durante aquellas dos horas?

Y además, era evidente que no había estado huyendo de nada. Pues si la Fuerza se hubiera apoderado de ella, para dejarla en libertad poco después, en aquellos momentos no actuaría como si nada hubiera ocurrido.

Por la tarde me pasé media hora mirando fijamente, absorto, la taza de café que tenía ante mí, tratando de reconciliarme con la idea de que ~a desaparición de Jinx no había sido más que una alucinación.

- Parece que está usted muy pensativo.

Me volví, para encontrar frente a Chuck Whitney, y me di cuenta de que había debido estar allí, contemplándome durante algún rato.

- Simples problemas de rutina dije para salir del paso.

- He tenido al tipo ese, Heatb, en mi departamento. No me lo pude sacudir.

- No lo intente. Sería tanto como irritar a Siskin. Pero si se entromete en sus cosas, dígamelo.

- Pues se lo diré ahora mismo. Estoy terminando de preparar todo lo necesario para llevar a cabo un acoplamiento de nuestras Unidades de Contacto. Pues bien, Heath, quiere que le reserve un sitio privilegiado al lado del mío para ver cómo lo hago.

- Entonces, creo que no le quedará más remedio que hacerlo así.

Preocupado me preguntó:

-¿Quiere que le instruya de un modo absoluto en nuestros sistemas de trabajo?

- Voluntariamente, no quiero que le diga nada. Pero no veo la forma de evitar el tener que responder a sus preguntas. ¿Cómo va la verificación sobre Hastson? ¿Por qué la ha efectuado sobre él?

- Pense que sería conveniente ver si continuaba de tan mal humor y tan amargado como antes.

Diez minutos más tarde me hallaba de nuevo en mi despacho. Totalmente concentrado ante mi bloc, cogí la pluma y dejé que mi mano discurriera de un modo mecánico, describiendo los trazos que reconstruían el dibujo de Fuller referente a Aquiles y la tortuga.

Dejé que la pluma discurriera de entre mis dedos y estudié detenidamente el esfuerzo de mi esfuerzo tan escaso en arte. Que el nombre de «Zenon» había querido sugerir el de C. Non

era más que evidente. Cuanto más cuanto que Cau Non había sido puesto fuera de circulación un momento antes de que yo pudiera dar con él.

La paradoja de Zenon, representaba fundamentalmente, la premisa de que todo movimiento es una ilusión. Y no me había costado mucho tiempo llegar a comprender que todo movimiento era una ilusión en el mundo contrahecho de aquel sistema simuelectrónico.

¿Acaso aquel dibujo contenía tal vez otro significado oculto? Estaba Aquiles, a cien pies de la tortuga, y ambos en movimientos. Pero en el momento en que el Griego había cubierto esos cien pies la tortuga habría avanzado, por ejemplo, diez pies. Y mientras Aquiles cubría a su vez esos diez pies, su competidora habría avanzado un pie más. El corredor adelantaría ese pie de distancia para encontrarse con que la tortuga, entretanto, habría recorrido otra décima parte de un pie. Y así sucesivamente, *hasta el infinito.*

Aquiles no llegaría a alcanzar nunca a la tortuga.

¿Había querido sugerir el doctor Fuller con su dibujo, una reducción al infinito? De pronto, algo que el doctor Fuller había dicho unos meses antes, vino a mi memoria:

«¿No sería interesante que una de nuestras unidades ID, decidiera de pronto empezar a construir un simulador de medio ambiente?»

La puerta se abrió de par en par repentinamente. Yo me giré para ver quién la habría abierto con tal fuerza.

Whitney se apoyaba sobre el quicio de la puerta, jadeante y mirando angustiado hacia el pasillo.

-¡Chuck! - exclamé - ¿qué ha ocurrido?

Avanzó unos pasos al oír mi voz y después se recostó contra la pared. Entonces, en un aparente supremo esfuerzo por serenarse, contuvo la respiración y me miró fijamente.

- Nada míster Hall.

Avancé un paso hacia él, y vi el temor reflejado en sus ojos. Además Whitney, nunca me llamaba «míster Hall». Trató de alcanzar la puerta, pero yo me interpuse. Lanzó una maldición y se arrojó contra mí. Pero inmediatamente le así por una muñeca y le retorcí el brazo tras la espalda.

-¡Déjeme marchar! - gritó desesperadamente.

De repente lo comprendí todo.

-¡Usted es *Phil Hastson!* - le susurré.

- Si - musitó -. Casi lo conseguí. ¡Cielos! *¡Casi 1o conseguí!*

Al distraerme un instante, se liberó, y comenzó a defenderse empujándome y arañándome. A mi vez, yo también me defendí con todas mis fuerzas.

Lo arrastré hacia el centro de la habitación, y allí le tumbé sobre un sillón.

Me acerqué a la mesa e hice una llamada urgente por el intercomunicador.

Uno de los ayudantes de Whitney apareció en la pantalla.

- ¿Dígame, míster Hall?

-¿Va todo bien por ahí?

- Sí, señor. ¿Por qué?

-¿Está míster Whitney por ahí? - yo estaba mirando a Chuck - o sea al Chuck *físico* - que continuaba inconsciente a causa del golpe que le di en la nuca.

- No. Pero no hace mucho llevó a efecto un acoplamiento con Hastson.

-¿Cómo reaccionó cuando salió de él?

- Pues... me parece que muy bien dudó unos instantes y añadió -: Ahora que me doy cuenta... ¡no redactó informe alguno!

- ¿Y ocurrió algo especial? ¿Algo fuera de lo normal?

Me miró confundido.

- Tuvimos una pequeña diferencia con Heath. Quiso poner toda su sabiduría sobre el cuadro de mandos del modulador.

- Y desde luego que lo consiguió. Imitó como un mono todos los movimientos que les vio hacer a ustedes sobre el tablero de control, y con ello no consiguió más que hacer una transmutación recíproca. Tengo a Hastson aquí en mi oficina. Whitney ha quedado atrapado en el simulador. Tome a un par de muchachos con usted y vengan hacia aquí... ¡rápido!

Me acerqué de nuevo a Hastson y estuve contemplando las facciones exactas de Whitney, deseando fervientemente que la retransmutación saliera bien. Se habla producido un auténtico cataclismo en la estructura molecular de las células del cerebro de Whitney. Y de la misma forma, todo el circuito de Hastson había ido a parar a las células del cerebro de Whitney.

Sólo un proceso de inversión llevado a cabo rápidamente y con éxito, seria capaz de devolvernos a Chuck.

Hastson se revolvió y entreabrió los ojos, o mejor dicho los de Whitney.

Se alzó nervioso:

-¡No pueden mandarme allí otra vez!

Le cogí por los hombros y le contuve.

- Todo irá bien, Phil. Vamos a dejar el sistema de Unidad de Contacto. Lograremos reorientarle. Nunca sabrá que su mundo no es real.

-¡Oh, Dios! - gritó -. ¡Prefiero que no sea así! ¡No quiero saberlo! ¡Pero tampoco quiero saberlo!

Le obligué a que se tumbara de nuevo sobre el sillón. Pero se volvió a levantar.

- Aquí - gritó -. Estoy un paso más cerca de la verdadera realidad. ¡Tiene que dejarme continuar hasta que encuentre el mundo material!

-¿Qué quiere decir con eso? - le pregunté con ánimo de seguirle lo que casi me parecía una broma. Si no se le trataba con excesivo cuidado podría llegar a un estado totalmente irracional, hasta llegar a obligarnos a barrerle totalmente del simulador.

Se echó a reír de un modo histérico:

- Condenados imbéciles. Sois todavía peores que yo. Yo sé dónde está el fin y de qué se trata. ¡Pero vosotros no!

Le zarandeé gritando al mismo tiempo:

-¡Déjese de tonterías, Hastson!

- No. ¡Ustedes son los que tienen que dejar de hacer tonterías! Ustedes son los que tienen que despertar de su complaciente sueño de realidad. Yo mentí. Hablé con Cau Non antes de que se le eliminara del sistema. Pero no le quise decir nada porque tenía miedo de que pudiera desmoralizarse totalmente y destruir su simulador.

Puse los cinco sentidos en acción:

-¿Qué fue lo que dijo Cau Non?

-¿Usted no sabe cómo averiguó que su mundo no era más que un mundo contrahecho, verdad? - Hastson ~ estaba riendo como si celebrara un triunfo fantástico -• Pues porque se lo dijo el doctor Fuller. No, no se lo dijo de modo directo. Se limitó a dejarlo marcado en el subconsciente de Cau Non, de forma tal que estaba seguro de un modo u otro llegaría un día que lo encontraría. Pero tal información no murió con Non. Antes la aplicó a su propio mundo.

-¿De qué información está hablando? - pregunté excitado.

-¡De que su mundo tampoco existe! Que no es más que un complejo de fuerzas variables en un simulador... y ni más ni menos que un complejo de fuerzas variables, como reflejo de un proceso simuelectrónico mucho mayor.

Sollozó y rió al mismo tiempo y yo quedé paralizado. ¡Nada! ¡Nada! - farfulló -. ¡No somos nada!, ni usted ni yo. ¡No somos más que bazas y triunfos de la brujería electrónica! ¡ Sombras simuelectrónicas!

Volvió a ponerse en pie de nuevo:

-¡No me envíe allí otra vez! Trabajemos juntos. Quizá consigamos llegar al fondo de la absoluta realidad. ¿No conseguí avanzar un paso, no?

Le volví a dejar fuera de combate una vez más. No porque no le pudiera controlar, sino por las abyectas burlas y estupideces que había dicho y que me habían puesto nervioso. Y entonces, mientras mis ojos miraban sin ver sobre la silueta de Chuck Whitney tendida sobre la alfombra, algo en mi interior me gritaba que era verdad.

Todo era tal como Hastson lo había presentado.

Yo, todo lo que me rodeaba, el aire que respiraba, todas y cada una de las moléculas de mi universo... no eran más que una realidad falseada. Un medio ambiente simulado, diseñado y regido por un mundo mucho mayor de existencia absoluta.

CAPÍTULO X

Aquellas apreciaciones hacían estremecer y desequilibrar hasta los más profundos cimientos de la razón. Cada persona y cada objeto, las paredes que me rodeaban, el suelo que pisaba, las estrellas que cubrían sin número el infinito... todo, todo aquello no eran más que maquinaciones y estratagemas ingeniosas. Un medio ambiente análogo. Una creación simuelectrónica. Un mundo de ilusiones intangibles. Un conjunto equilibrado de cargas electrónicas que saltaban incesantemente de ánodos a cátodos.

Casi temblando ante aquel súbito universo, hostil y horrible, contemplé sin experimentar sensación alguna, la escena en que los ayudante de Whitney se llevaban el cuerpo inconsciente de Hastson. Estuve presente, aunque paralizado por la emoción y la angustia, mientras procedían a la retransmutación completa, que por fin se llevó a cabo con éxito.

Volví a mi despacho cabizbajo, apesadumbrado, hundido ante tal cúmulo de sorprendentes ideas. Fuller y yo habíamos realizado una reacción subjetiva que nunca llegarían a saber que su universo material no era auténtico. Y que nuestro universo, todo él, era simplemente el producto simuelectrónico de un Mundo más elevado.

Éste era el descubrimiento básico al que había llegado Fuller. Y a consecuencia de ello, había sido eliminado. Pero habla dejado tras él el dibujo de la tortuga y Aquiles, y había hecho partícipe de su información a Lynch.

¡Y todo lo que había ocurrido hasta entonces había sido el resultado de una reprogramación para ocultar el descubrimiento de Fuller!

Ahora sí que comprendía el comportamiento de Jinx. Ella había averiguado la verdad de nuestra realidad gracias a las anotaciones de SL padre, las cuales después destruyó. Pero se dio cuenta de que su esperanza de salvación residía en ocultar lo que sabia.

Y Ellos ayer descubrieron que ella estaba enterada. Y Ellos le hicieron desaparecer temporalmente. Y al hacerlo, activaron su circuito de actividad durante la noche, para proporcionarle una reorientación especial.

Por eso se había mostrado y comportado de un modo tan normal y tan natural al hablar conmigo por el vídeo aquella misma mañana.

Pero entonces, me pregunté, no sin desesperación, ¿por qué me habrían orientado ellos de forma que me instigaba a realizar averiguaciones acerca de la desaparición de Lynch?

Quise darme cuenta de la realidad, pero al mismo tiempo algo me decía que todo cuanto veían mis ojos era subjetivo, una simple ilusión simuelectrónica.

De todos modos, aún en el caso de que fuera un mundo material físico, dejaría al fin y al cabo de ser... nada. Billones de años luz que nos separaban de la estrella más alejada, dejando entre nosotros un mar casi vacío, no impedían que nuestro mundo quedara compuesto como se podía demostrar por un concienzudo análisis, por partículas subatómicas, que en consecuencia no eran más que cargas inmateriales. ¿Estaría este concepto tan próximo al descubierto por el doctor Fuller, según el cual la materia y el movimiento no eran más que reflejos de las cargas electrónicas en el simulador?

Me giré rápidamente al oír la puerta que se abría.

Collingsworth estaba bajo el dintel mirándome fijamente:

- Estuve observándote esta tarde a primera hora cuando rescataron a Chuck del *Simulacron - 3*

¿A primera hora de la tarde? Miré hacia el exterior. Estaba oscureciendo. Me había pasado varias horas dando vueltas y más vueltas a mis pensamientos encontrados.

Atravesó la habitación, y se detuvo con aire solícito ante mí.

- Doug, ¿has vuelto a tener problemas verdad?

Inconscientemente, asentí. Quizá la razón de mi asentimiento pudiera buscarla en que me hubiera gustado recibir el consuelo y aliento que me pudiera ofrecer, como había hecho en otra ocasión. Pero de pronto me detuve. ¡Dios santo, no se lo podía decir! Si lo hacía, quizá fuera él el próximo candidato a una desaparición o a un accidente.

-¡No! - respondí alzando la voz -. ¡Todo va muy bien! ¡Déjeme solo!

- De acuerdo lo intentaremos de otra manera - acercó una silla -. Cuando estuvimos hablando en mi estudio la otra noche, deduje que eras víctima de un complejo de culpabilidad, que tenias un grave pesar por el hecho de manejar unidades reaccionales, que se imaginan que son reales, que existen. A partir de entonces he pensado bastante en todo ello, y sobre todo en el alcance que podría tener aquel complejo.

La luz reflejaba sobre su cabellera blanca, dándole una apariencia sobria y benigna. Y al final deduje, qué tipo de obsesión podría resultar, o quizá haya resultado, ya de tales circunstancias.

-¿Ah, sí? - alcé la vista, remotamente interesado. La próxima sensación será para ti, que empezarás a creer que del mismo modo que manejas tus unidades ID, hay un simuelectronista más *grande,* en un mundo mucho mayor, que te maneja a ti... y a todos nosotros.

Me quedé terriblemente sorprendido:

-¡Pero usted lo sabe! ¿Cómo lo descubrió?

Pero se limitó a sonreír diciendo:

- Ahí está precisamente el quid, Doug, ¿cómo lo descubriste?

Aún a sabiendas de que el saber tales cosas podría poner en peligro a Avery también, le expliqué palabra por palabra lo que Hastson me había contado en mi despacho en la persona de Chuck Whitney. A alguien se lo tenía que decir.

Cuando terminé murmuró:

- Muy ingenioso. Nunca hubiera podido concebir un método mejor de autodecepción.

-¿Acaso me insinúa usted que Hastson no dijo que este mundo era una ilusión?

-¿Tienes acaso algún testigo que demuestre que sí que lo dijo? - hizo una pausa -. ¿No es muy extraño que el común denominador de todas tus experiencias es que ninguna de ellas se puede demostrar?

¿Por qué trataba de derribar cualquier estructura de razonamiento que yo erigiera? ¿Había tenido él también acceso al «descubrimiento básico» de Fuller? ¿Intentaba tal vez de mantenerme en la ignorancia para salvarme?

Pero lo que era digno de tener en cuenta es que si tanto él como Jinx habían llegado a poseer la fatal información, ¿por qué se había llevado a cabo una especie de purga en ella dejando que él continuara sin sufrir una reprogramación?

Dé pronto vi claro en la espesura: Collingsworth sabia de mis sospechas acerca de la verdad de nuestro mundo. Pero no las creía. Y de ahí nacía y se derivaba su aparente inmunidad.

Pero yo... yo no había rechazado aquel conocimiento que podía ser normal. Y sin embargo, allí estaba sentado... vivo, sin sufrir nueva reprogramación, ni nueva reorientación. ¿Por qué?

Collingsworth entrecruzó los dedos de las manos y quedó pensativo:

- Tus procesos de racionalización son lentos, Doug. En este mismo momento voy a añadir una particularidad más a tu estructura de obsesión pseudoparanoide.

Yo quedé sorprendido:

-¿De qué se trata?

Recuerdo que querías racionalizar tus lapsus de memoria.

Pensé en las repetidas ocasiones en que me debatía ante el temor de llegar a perder el conocimiento:

-¿Y qué?

Que creo que lo has conseguido.

Pensé en aquella cantidad de veces que me había debatido contra una casi pérdida del conocimiento:

-¿Y ahora qué?

Se encogió de hombros:

- Si yo me dejara arrastrar por el remo de tu fantasía, me atrevería a decir que los lapsus de conciencia eran los efectos de un mundo simuelectrónico, que intentaba lograr un acoplamiento. Un falso acoplamiento. Eso lo has visto en tu propio simulador. La unidad ID se da cuenta de que algo ocurre.

Me volví hacia él con gritos que hubieran podido parecer de triunfo:

-¡Eso es Avery! ¡Eso es exactamente! ¡Eso es lo que explica que no me hayan hecho desaparecer todavía!

Hizo una mueca que parecía expresar eso-yo-no-te-lo-he-dicho y pacientemente respondió:

-¿Sí, Doug? ¡Continúa!

-¡Pero si todo está muy claro! La última vez que estuve próximo a perder el conocimiento fue anoche. ¿Sabe qué es lo que estaba pensando en aquel momento? Pues estaba casi por completo convencido de que todo cuanto me había sucedido había sido una alucinación, como usted mismo me dijo.

Collingsworth asintió, aunque no sin añadir con cierto sarcasmo:

-¿Entonces el Gran Simuelectronicista se apercibió de que no tenía que preocuparse de ti por más tiempo, de no tener que volver a reprogamarte?

- Exactamente. Yo mismo me había reprogramado gracias a mi propio escepticismo.

-¿Y cuál es la siguiente deducción razonable en esta cadena de situaciones lógicas, Doug?

Me detuve a pensar por un momento, y luego añadí:

Que estaré a salvo hasta que él decida llevar a cabo una nueva exploración y verificación y constaten si es que he vuelto a mis anteriores convicciones.

Se dio una palmada en la pierna de un modo triunfal:

- Eso es. Y en tal caso deberías sospechar que eso es la parte todavía racional de Douglas Hall admitiendo que sería mejor mantenerse firme en sí mismo, antes de que las obsesiones se convirtieran en incontrolables.

-¡Yo sé lo que vi! - protesté -. ¡Yo sé lo que oí!

No disimuló su mal humor:

- Tomatelo como quieras. Es algo que no puedo evitar.

Me acerqué a la ventana y quise profundizar entre las sombras de la noche salpicadas de estrellas que ya *nos* eran familiares.

Y aquellas luces estaban a cientos de años luz en el espacio a billones y billones de kilómetros. Suponiendo que pudiera atravesar aquella dimensión del universo, ¿descubriría que toda la creación estaba comprimida en un edificio de Realidad Superior que era solamente, de unos doscientos pies de largo por cien de ancho, de acuerdo con las medidas correspondientes a aquel Mundo Más Alto?

Allí, la Osa Mayor. Si yo no viera más que a través de la ilusión, ¿no estaría en este momento no viendo otra cosa que un generador de función? ¿Y allá lejos. en Cassiopesia? ¿O su vecina Andrómeda?

La mano de Collingsworth se posó suavemente sobre mi hombro.

- Puedes continuar luchando si quieres, Doug. Lo único que te queda por hacer es convencerte de los imposibles que son tus obsesiones.

Desde luego, tenía razón. No tenía más remedio que convencerme de que todo aquel recital de Phil Hastson, no habían sido más que imaginaciones mías, al igual que su insistencia en que mi propio mundo no era más que un falseamiento simuelectrónico.

- No lo puedo remediar, Avery - dije finalmente -. Todo concuerda demasiado bien. Hastson me lo dijo. Y esa era la información que Fuller había sabido ocultar tan bien en su simulador.

- Muy bien, hijo - dijo arqueando los hombros -. Si no te puedo convencer, te ayudaré terminando mis trabajos tan rápidamente como me sea posible.

Al ver que yo permanecía en silencio, continuó:

- No es muy difícil llegar a la conclusión de lo que vas a hacer ahora. Pero como a ti te va a costar tres o cuatro días decidirte por el próximo paso a dar, te voy a ahorrar tiempo. De

momento darás a la analogía un nuevo impulso. Si esto es una creación simuelectrónica, entonces deberá haber alguien que posea un conocimiento total del asunto.

- Del mismo modo que nosotros tenemos a Hastson haciendo las veces de Unidad de Contacto.

- Exacto. Y te darás cuenta más tarde o más temprano de que la investigación a fondo del mundo de Phil

Hastson dará la medida exacta de la validez de tus sospechas.

Inmediatamente me di cuenta de lo que me sugería. *La* Suprema Realidad, tenía que tener una unidad especial ID aquí, para vigilar el desarrollo de los acontecimientos que no podían de otro modo llegar a su atención más que llevando a cabo una verificación periódica. Si podía averiguar quién era la Unidad de Contacto podría llegar a resultados finales sorprendentes.

¿Pero y qué? ¿Tendría que dejarlo seguir operando a su modo? ¿Le tendría que dejar que diera sus informes, y además darle a entender lo que sabia? Comprendí inmediatamente que el engañarle sería muy difícil. Desde el primer momento en que le identificara no me quedaría más remedio que matarle, para poder protegerme a mí mismo.

- Así que - dijo Collingsworth con cierto énfasis - ya puedes ir en busca de tu Unidad de Contacto. Te deseo una buena cacería, hijo.

- Pero tal vez no sea nadie.

- Desde luego. Pero sin embargo, si es que hay, que existe tal persona, será alguien próxima a ti, ¿no es así? ¿Por qué? Porque todas las cosas que dices haber experimentado no han ocurrido a nadie más que a ti.

Podría ser una de entre muchas personas. ¿Siskin? ¿Dorothy Ford? ¡Ella estaba allí mismo cuando Lynch desapareció! Y en todos cuantos momentos las cosas habían alcanzado un cierto nivel crítico, ella había estado rondando cerca de mí! ¿Chuck Whitney? ¿Y por qué no? ¿No había admitido él mismo que no había nadie más que él cerca del modulador cuando la carga estalló? ¿O tal vez Marcus Heath que estaba destinado a suplirme en REIN? ¿O incluso Wayne Hastson? Ambos habían aparecido en el momento oportuno en que la Suprema Realidad cambió forzosamente necesitar a alguien que me vigilara a conciencia.

¿Jinx? Por supuesto que no. Era evidente que a ella la habían sometido a la misma vigilancia que a *mí.*

¿Pero y Avery Collingsworth? Al mirarle de un modo un tanto suspicaz, debió interpretar mis Pensamientos.

¿Era sincero? ¿Había previsto mis reacciones paranoides? ¿O trataba solamente de alimentar algún propósito indescifrable? ¿Me estaría él llevando sin yo darme cuenta, poco a poco, hacia el terreno que más le convenía?

- Incluso usted repetí profundamente.

Dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo ante el marco:

- No hay que decir, que toda la investigación que quieras hacer tendrá que llevarse a cabo dentro de la mayor normalidad y secreto. No puedes ir acusando a la gente de ser una Unidad de Contacto. Porque silo haces, no tardarás mucho en desaparecer, ¿correcto?

No respondí nada, pero me quedé mirando fijamente mientras cerraba la puerta tras de sí. Por el momento, podía considerarme inmune, al menos hasta que se decidiera realizar una nueva verificación de acoplamiento sobre mi... en el caso de que no atrajera su atención antes.

Fuera, me sorprendió la ligera brisa de la noche, mientras me dirigía por entre los grupos de manifestantes hacia la explanada de aparcamiento.

Mientras me acercaba a una de las filas de coches, iban pensando en los inútiles valores humanos, en sus vicios en sus problemas, en sus ambiciones, en sus esperanzas. En Siskin, adueñándose del mundo, sin saber que era tan tenue, tan vano, como el aire que le rodeaba. En la Asociación de Encuestadores, declarándose en enemigos mortales con el simulador de Siskin, sin darse cuenta de que no disfrutaban de un mayor grado de ser físico, que las unidades reaccionales en la máquina.

Pero pensé sobre todo, en el Maestro Simuelectrónico en aquel Ser Omnipotente.

Todo era fingido. No había esperanzas para nada.

- ¡Doug!

Retrocedí un paso cautelosamente, escrutando hacia el coche de donde había salido aquella voz.

-¡Doug! ¡Soy Jinx!

Entonces me acordé de que ella había insistido en venir a mi encuentro. Me acerqué. Ella tendió la mano hacía la portezuela de enfrente a la suya y abrió. Las luces del interior del coche se encendieron.

- Da la impresión de que hayas estado metido en juerga más horas de las precisas - bromeo.

Lo cual me recordó que hacía dos días que no había dormido.

- Ha sido una tarde muy intensa - dije subiendo a su lado.

La miré a la cara e inmediatamente quedé impresionado por el cambio que descubrí en ella. Durante los últimos días, me había *imaginado* simplemente que era atractiva. Pero ahora me daba cuenta de que lo era en verdad. Sin duda sus facciones elegantes había evidenciado los efectos de estar enterada de cosas horribles. Ahora estaba claro que había sido revelado de tal misión. Y en lugar de su expresión turbada había alegría y encanto.

- En ese caso - dijo con una sonrisa que me recordó a la Jinx de los quince años - cancelaremos el plan número uno, y tomaremos otra determinación.

El coche se elevó hacia el cielo, con un movimiento de balanceo tan suave que casi me hizo quedar dormido, mientras que el brillo de las luces de la ciudad se abría a nuestro alrededor.

- Había pensado que podríamos volver a aquel pequeño restaurante - explicó -. Pero ahora no. Lo que necesitas ahora es una velada tranquila en casa.

Yo tenía que actuar con toda naturalidad, según me había sugerido Collingsworth. Si por azar, ellos me tenían bajo vigilancia, tenía que convencerles que yo era todavía una parte de ilusión sin sospecha alguna. En aquel mismo momento, el Mundo Real podría estar estudiándome a través de los ojos de Jinx, y escuchándome a través de sus oídos.

- Me gusta oír eso - accedí - quizás con exagerado entusiasmo -. Dentro de la simplicidad doméstica, la velada podía tener un sabor a cosas venideras.

-¡Eh, míster Hall! - dijo ella alegremente -. ¡Eso parece toda una proposición.

Me acerqué más a ella, le cogí la mano y la acaricié. Si me estaban observando en aquel momento, estaba seguro de que la sospecha sobre mis actos sería lo último que se les ocurriría.

Preparó rápidamente una cena ligera - nada de convencional y muy preparado - y cenamos en la cocina para mayor desprecio de los formulismos.

Sólo una vez durante la comida me quedé concentrado en mis pensamientos. Había una cosa que no llegaba a comprender: ¿Por qué no me habían reorientado ellos en el momento en que vieron que podía llegar a averiguar el «descubrimiento básico» de Fuller? Habían reprogramado meticulosamente a Jinx haciéndole olvidar todo los datos que tuvieran algo que ver con el conocimiento prohibido de algunas cosas. Pero no le habían impedido que estuviera en contacto con la unidad ID que podría hacerla partícipe de una información fatal, y esa unidad era yo.

- Doug, ¿debes estar exhausto, verdad?

Perdí el contacto de mis pensamientos para prestarle atención a ella:

Creo que sí.

Me tomó por la mano, y me condujo al estudio, haciéndome sentar sobre el canapé. Después me tumbé, apoyando la cabeza sobre su pierna, mientras ella me acariciaba suavemente las sienes.

- Podría cantarte algo dulce - me propuso bromeando.

- Ya lo haces - dije en beneficio de quienquiera que pudiera estar observando y oyendo - cuando me hablas.

De pronto me olvidé de todo al mirar fijamente hacia sus ojos, llenos de intensidad y de fulgor. La tomé la cabeza, la incliné sobre mí, y la besé dulce, larga, suavemente, y aquellos

momentos fueron una eternidad que me hicieron olvidar las simuelectrónicas, la Suprema Realidad, y un mundo de la nada. Allí tenía entre mis manos algo tangible.

Poco después llegó el sueño. Pero me dormí bajo el temor de que ellos decidieran efectuar nuevas verificaciones sobre mis convicciones, antes de que desenmascarara a Su Unidad de Contacto.

CAPITULO XI

A la mañana siguiente, cuando estaba a mitad de camino de mi despacho en Reactions, decidí dar media vuelta y conducir mi coche aéreo en otra dirección. El morro del aparato giró totalmente encaminándose hacia la Babel Central.

Me sentía un tanto orgulloso de mí mismo, por no haber atacado a ciegas, como había hecho Cau Non en su mundo contrahecho y falseado. Cuando desperté en el estudio de Jinx, me pregunté si sería capaz de enterrar el descubrimiento de Fuller tan profundamente en mi mente... tanto, que no pudiera ser detectado en ningún acoplamiento.

¿Pero qué otra cosa podía hacer sabiendo lo que sabía? ¿Podía acaso enterrar la cabeza en la arena, y limitarme a aceptar lo que los Altos Poderes hubieran programado en su simulador para mí? Claro que no. Tenía que descubrir a la Unidad de Contacto de este mundo, si es que la había. Y Siskin no era mal punto de partida.

El coche descendió y tuve que esperar para aparcar que otros dos vehículos despegaran de la pista del Babel Central.

Con indiferencia, miré hacia la parte este de la ciudad, y me acordé de la noche en que yendo con Jinx nos vimos sumidos en una horrible e infinita sensación de la nada, siendo a la vez testigos de la creación de medio universo. Me di cuenta entonces de que allí había todavía otra cosa más que no tenía explicación. A menos que...

¡Pues claro! Un mundo simuelectrónico depende del principio Gestalt de su verosimilitud. -. la presencia de un número suficiente de muestras de una gama sugieren un módulo entero. El todo cognoscitivo es mayor que la suma de sus partes perceptibles.

Aún en el simulador de Fuller existía la posibilidad de una unidad ID pudiera ir a parar a una parte inacabada del «escenario». El averiguar tal cosa, naturalmente, requería una reprogramación de circuitos.

Para suerte mía, la carretera y en los campos de su derredor habían vuelto a su sitio. ¿Pero por qué se habían empeñado en hacerme creer que no ocurría nada, y que todo iba bien desde el primer momento?

El coche aterrizó por fin en un lugar que me debería conducir precisamente hacia el despacho de Siskin. Su recepcionista me miró con ese aire de reverencia que el Inner Stablissement reserva a los desconocidos y me anunció.

Siskin salió en persona a recibirme y tomándome por el brazo me hizo pasar al interior. Tenía un aspecto exuberante, al sentarse sobre la mesa, con las piernas colgando.

- Precisamente le iba a llamar en este momento - me dijo -. No tendrá que disfrazar demasiado la imagen de Siskin cuando la programe en su máquina. ¡He sido aceptado como miembro del partido del Comité Central!

Se sintió un poco desalentado al ver que no me inmutaba lo más mínimo. Pero se recuperó enseguida.

- Y lo que es más, Doug, ¡se especula sobre la posibilidad de que pueda alcanzar de inmediato el puesto de gobernador!

Pensativamente, añadió:

- Pero, naturalmente, no me siento satisfecho con eso. Sesenta y cuatro, ¿sabes? Y no puedo vivir toda la vida. Tengo que moverme más deprisa.

En un momento de decisión precipitada, me acerque para ponerme frente a él.

- De acuerdo, Siskin. Ya se puede quitar la máscara. *¡Lo sé todo!*

Sorprendido, se quiso desembarazar de la severidad de mi mirada. Miró de un modo angustiado hacia el intercomunicador, luego hacia el techo, y después a mis ojos de nuevo.

-¿Que lo *sabe?* - su voz expresaba toda la sorpresa y temor que yo había esperado mostrara la Unidad de Contacto cuando llegara el momento como ahora de revelarlo.

-¿Creyó usted que no llegaría a suponerlo?

-¿Y cómo lo descubrió? ¿Se lo dijo Heath? ¿Dorothy?

-¿También lo saben ellos dos?

- En principio creo que deberían estar al corriente.

Mis dedos se contraían y alargaban incesantemente. Tenía que verificar la identificación. Y después tendría que matarle, antes de que pudiera dar cuenta al Simuelectrónico de la Suprema Realidad de que yo había irrumpido en su camino.

-¿Se refiere usted - inquirí - a que hay tres Unidades de Contacto?

Frunció el ceño:

-¿De qué demonios está usted hablando?

Ya no estaba seguro yo tampoco:

- Es mejor que me lo cuente usted.

- Doug, tenía que hacerlo... por mi propia protección. Debes comprenderlo. Cuando Dorothy me dijo que intentabas traicionarnos a mí y al partido, no tuve más remedio que tomar mis medidas de precaución.

- Perdí los nervios y no supe seguir el juego:

No estábamos hablando de lo mismo.

- Y entonces traje a Heath continuó - por si se ponía usted insoportable y hubiera que darle el relevo. No puede reprocharme el defender mis intereses.

- No - conseguí decir.

- Yo no mentía cuando le dije que usted me gustaba. Pero es una mala suerte que no vea las cosas del mismo modo que yo. Aunque no es demasiado tarde. Tal como dije, Heath no significa nada dentro de mi organización. No quiero hacer uso de él.

No sintiendo interés alguno por aquello, me dirigí hacia la puerta, convencido de que el localizar a la Unidad de Contacto no sería tan fácil como había imaginado.

-¿Qué es lo que vas a hacer, hijo? - preguntó viniendo tras de mí -. No hagas ninguna tontería. Tengo mucho poder. Hay muchas riendas pendientes de mi mano. Pero no quiero hacer uso de ellas... a menos contra ti.

Me volví para mirarle. Era más que evidente que él no era la Unidad de Contacto. La ambigüedad de nuestra conversación, había rozado derroteros tan delicados que si se hubiera descubierto en el caso de que fuera él. Además, una unidad de Contacto debería rebosar una frustración infinita. Se sentiría infinitamente atraído a creer en la futilidad de las cosas. Se sentiría más bien retirado, y hasta un tanto filosófico. ¿Siskin, eso? Nunca. Estaba demasiado atraído por las cosas materiales, el valor, la ambición, el poderío.

- Yo no le he abandonado, Doug. Puede rehabilitarse usted mismo. Diga una sola palabra y me desharé de Heath. Incluso despediré a Dorothy. Todo cuanto tiene que hacer es demostrarme que ha cambiado de parecer respecto a mí.

-¿Y cómo? - pregunté superficialmente.

- Yendo conmigo ante mi propio notario-psíquico para realizar una prueba de afirmación completa.

Mas por salir del paso que por cualquier otra razón, respondí:

- Pensaré en ello.

Cuando volvía hacia REIN, di una pasada de atención a lo que había ocurrido en el despacho de Siskin. Era obvio que lo que trataba de hacer era ganar tiempo. Me había hecho la promesa de olvidarlo todo, como un medio de desalentarme en mi empeño de hacer públicos sus esquemas políticos.

Pero si temía tal amenaza, ¿por qué no hacia uso de sus riendas policiales arrestándome bajo acusación de la muerte de Fuller? Bien es verdad, que ello privaría al simulador de muchos perfeccionamientos que Fuller y yo habíamos planeado juntos.

Mientras descendía en vertical hacia la zona de estacionamiento de Reactions Inc., se me ocurrió pensar en una nueva y desconcertante sospecha. ¿Manipulaba Siskin con la policía para evitar que le traicionara? ¿O se había convertido la policía en una agencia de la *Más Alta Existencia,* predispuesta a arrestarme por la muerte de Fuller en el momento en que ellos se dieran cuenta de que yo había descubierto la verdad de su realidad?

No tenía fuerzas ni para moverme del asiento. Me hallaba terriblemente confundido, estrujado entre la calculada maldad de dos mundos, tan terriblemente confundido que no era capaz ya de reconocer de qué lado partían las *más* angustiosas amenazas.

Pero entre tanto, yo tenía que mantener mi compostura, pues tan pronto como diera pruebas de que estaba enterado de la existencia de un Mundo Real, era casi seguro que me harían desaparecer, sometiéndome a una des-programación total.

Una vez en el despacho, me encontré a Marcus Heath sentado en mi mesa, indagando entre dos montones de papeles que había sacado de los cajones.

Cerré la puerta de golpe, y él alzó la cabeza para mirarme. No había perturbación alguna en sus ojos. Era evidente que no se consideraba atrapado con las manos en la masa.

-¿Sí? - dijo con cierta impaciencia.

-¿Qué está haciendo usted aquí?

- Ahora éste es mi despacho. Son órdenes directas del Inner Stablissement. De momento puede trabajar en la misma mesa que míster Whitney en el departamento de generadores de función.

Comprensiblemente indiferente ante tan prosaico desarrollo de las cosas, di media vuelta para marchar. En la puerta, sin embargo, me quedé dudando. Aquélla era una oportunidad tan buena como cualquier otra para saber si él era o no una Unidad de Contacto.

-¿Qué es lo que quiere? - preguntó un tanto irritado.

Me acerqué de nuevo a la mesa, y me quedé mirando sus facciones frías, casi teniendo temor de tener que descubrir de un momento a otro que yo no existía. Me rebelé contra aquella incongruencia de pensamiento. ¡Yo *tenía* que existir! La filosofía cartesiana me proporcionaba refutaciones suficientes contra mi duda:

Cogito ergo sum: Pienso, luego existo.

- No me haga perder el tiempo - dijo Heath molesto -~. Tengo que dejar el simulador a punto para efectuar una demostración pública dentro de una semana.

Haciéndome hacia un lado, espeté:

- Ya puede dejar de hacer teatro. Sé que usted es un agente de otro simulador.

Se limitó a quedarse rígido. Pero por la ferocidad de sus ojos noté que aquellas palabras le habían hecho mella. ¡Entonces me di cuenta de que en aquel momento podía estar el acoplado con la suprema Realidad!

Tranquilamente, me preguntó:

-¿Qué es lo que ha dicho?

¡Lo que quería ahora era que lo repitiera para mayor constatación y seguridad de ellos!

Corrí hacia el otro lado de la mesa, lanzándome desesperadamente sobre él. Pero antes de que pudiera dominar sus movimientos sacó la mano de un cajón, con un revólver de relajación en ella.

Lanzó un chorro de humo rojizo que me cubrió los brazos, el pecho y el abdomen, y que me hizo caer sobre la mesa, privado instantáneamente de todo control muscular desde la cintura hasta el cuello.

Fue muy fácil para él hacerme recobrar la verticalidad y mantenerme en pie. Entonces me obligó a ir hacia una silla y sentarme. Con el revólver de relajación me cubrió también las piernas.

Estaba sentado de medio lado, siendo capaz de mover únicamente la cabeza. Haciendo un esfuerzo supremo, traté de mover el brazo para ver qué grado de parálisis se me había suministrado. No pude mover un poco el dedo índice, lo que era tanto como decir que tendría que permanecer inmóvil durante varias horas. Y todo cuanto él necesitaría serían minutos. No podía hacer otra cosa que quedarme allí y esperar a que se produjera la desprogramación.

-¿Cuándo va a ser? - pregunté con desesperación.

No me contestó. Al cabo de un momento se acercó a las puertas para cerrarlas con llave. Después se apoyo. sobre el borde de la mesa.

-¿Cómo lo descubrió, Hall?

En los días anteriores no había dedicado ni un solo minuto a pensar en cómo debería reaccionar si me veía atrapado en una situación como la presente. Pero ahora que estaba aquí, no me encontraba tan aterrorizado como había imaginado que lo estaría.

- Por Fuller - respondí.

-¿Y cómo lo pudo saber él?

- Eso no lo sé puesto que fue quien lo descubrió. Mejor lo podría saber usted.

-¿Y por qué yo?

-¿Acaso hay más de un agente?

- Si lo hay es totalmente secreto y desconocido para mí.

Miró hacia el intercomunicador, y luego otra vez hacia mi. Era evidente que había algo que le preocupaba. Pero no podía llegar a saber el qué.

Mas de pronto sonrió, vino nuevamente hacia mí, y cogiéndome por los cabellos me tiró la cabeza hacia atrás. Me obligó a abrir la boca y me roció ligeramente con el humo de relajación.

Nuevamente quedé perplejo. Si iba a tener que desaparecer de un momento a otro, ¿por qué me tenía que paralizar temporalmente las cuerdas vocales?

Se pasó un peine por el pelo y se arregló la chaqueta. Sentándose de nuevo tras la mesa, habló reposadamente por el intercomunicador:

- Miss Ford, ¿quiere, por favor, localizarme y ponerme en contacto por el vídeo con míster Siskin? Cuando lo haya hecho, páseme la comunicación por el circuito de seguridad.

Yo no podía ver la pantalla. Pero la voz de Siskin se me hizo inconfundible cuando preguntó:

-¿Alguna cosa no va bien por ahí, Marcus?

- No. Todo está bien controlado. Horace, usted me ha proporcionado un asunto muy interesante aquí, y que puede darnos grandes provechos a los dos porque estamos totalmente de acuerdo el uno con el otro... en todos los asuntos - hizo una pausa y dudó.

-¿Sí?

Eso es muy importante, Horace, el hecho de que estamos completamente de acuerdo. De acuerdo en el partido político y en todo. Hago resaltar este punto, porque quiero aparecer con usted mañana ante un notario-psíquico.

Cada vez yo comprendía menos. No solamente no me había sacado de programación, sino que la conversación incluso, era totalmente irrelevante.

- Bueno, espere un momento - protestó Siskin -. Yo no veo razón alguna para dar validez a nada de lo que yo le haya dicho.

- No, no es por usted - las facciones de Heath denotaron sinceridad - Soy yo quien debo convencerme de que de ahora en adelante seré el tipo más leal que haya habido nunca en su organización. No es solamente que aprecie en mucho los beneficios que puedo obtener. La razón principal es que usted y yo pertenecemos al mismo bando.

- No le comprendo muy bien, Marcus. ¿Qué es lo que se propone?

- Nada más que esto: Vine aquí como agente de otro proyecto de simulador.

-¿Barnfeld?

Heath asintió:

- Hasta ahora he estado pagado por ellos. Mi misión consistía en apoderarme de todos los secretos de Reactions. De manera que Barnfeld pudiera perfeccionar un simulador que rivalizara con el suyo.

A pesar de mi disminución de facultades, al fin comprendí. Una vez más había caído en la ambigüedad. Heath había sido un agente interno de simuelectrónica, de acuerdo, pero sólo para un simulador rival de este mundo.

-¿Y les ha dado usted alguna información? - preguntó inquieto Siskin.

- No, Horace. Nunca fue mi intención. Desde la segunda vez que conversamos acerca de mi venida aquí, nunca tuve auténtica intención de trabajar para Barnfeld. El notario-psíquico se lo demostrará.

Siskin quedó en silencio.

-¿No lo comprende, Horace? Quiero ser leal con usted. Casi desde el principio he querido servirle con toda mi capacidad y facultades. Todo era cuestión de decidir cuándo dejar todo bien en claro y solicitar la prueba de notarial-psíquica.

-¿Y qué ha sido lo que le ha decidido?

- Me he decidido cuando Hall ha entrado aquí hace unos minutos para decirme que estaba enterado de mis relaciones con Barnfeld, y amenazarme con propagarlo a los cuatro vientos.

Las siguientes palabras de Siskin traslucían cierta sorna:

-¿Y está dispuesto a demostrarlo todo ante un psíquico?

- En cualquier momento. Ahora mismo, si quiere.

- Mañana será suficiente - y entonces Siskin se puso a reír complacido -. ¡Barnfeld enviando un agente aquí! ¿Se imagina usted eso? De acuerdo, Marcus, continuará con nosotros, si el notario da una respuesta afirmativa Y luego ya veremos si le damos a Barnfeld, las informaciones secretas que quiere. Y le daremos desde luego las más falsas para ver si así le hacemos estallar de una vez.

Heath desconectó para acercarse después a mí:

-¿Y ahora, Hall, se ha quedado usted sin armas contra mí, verdad? Y además me parece que tampoco se va a encontrar muy bien tras el baño de humo que le he dado hizo una pausa como para saborear su triunfo -. Haré que Gadsen le mande a casa.

Ni Siskin ni Heath habían demostrado ser la Unidad de Contacto. ¿Con quién podría intentar después? Con franqueza, no tenía ni la menor idea. La Unidad, reconocí por fin, podía ser *cualquiera,* hasta el oficinista más insignificante de la compañía. Y yo estaba desesperadamente convencido de que mucho antes de que mis investigaciones terminaran, me encontraría de pronto ante el inevitable impacto de sufrir un acoplamiento. Y entonces ellos se darían cuenta de que yo estaba completamente enterado de Su Superior Realidad,

CAPÍTULO XII

Corrientes de fuego líquido parecieron recorrer mis venas durante toda la noche, mientras duraron los efectos del humo relajador. Quizá hubiera podido haber aliviado mi dolor, bajo una ola de rencor hacia Heath. Pero hacia mucho tiempo que los sufrimientos físicos carecían de importancia para mí.

Poco antes de las nueve de la mañana, el guardia a quien Gadsen había dejado destacado en mi apartamento, me ayudó a levantarme y me condujo hasta la cocina.

Antes me había preparado un ligero desayuno. Comí muy poco. No creo que mi estómago lo hubiera soportado.

Cuando se fue me hice un poco de café. Yo no era nada, no era más que un montón de cargas simuelectrónicas. Y, sin embargo, tenía que existir. La lógica no pedía menos. Pienso, luego existo. Pero entonces, yo no era la primera persona en mostrar preocupación e inquietudes por la posibilidad que nada fuera real. ¿Y qué habría que decir de los solipsistas, de los Barkeleyanos, y de los transcendentalistas? A través de todos los tiempos la realidad subjetiva había aguantado hasta las más feroces criticas. Los subjetivistas estaban lejos de llegar a comprender la verdadera naturaleza de la existencia. Una ciencia más pura había llegado a constituir el fenomenalismo, con sus principios de indeterminación, y su concepto de que lo observado es inseparable del observador.

Verdaderamente, la antología no estaba nunca ausente a la hora de pagar su tributo al conceptualismo. Platón vio cómo la realidad existía solamente en forma de ideas puras. Para Aristóteles la materia era una no substancia pasiva, sobre la cual actuaba el pensamiento para producir la realidad.

Mi recientemente adquirida apreciación de la realidad fundamental, no quería mas que una última concesión:

El día del juicio final, cuando llegara, no sería más que un fenómeno físico; sería todo un estallido de circuitos simuelectrónicos.

Y de todos los conceptos metafísicos que se hubieran podido determinar a lo largo de toda la historia de la filosofía, el mío era el único que quedaba abierto a una verificación final. Podría llegarse a una conclusión probatoria localizando el agente teológico... la Unidad de Contacto oculta.

A mediodía, después de una ducha caliente que me alivió considerablemente, volví a Reactíons.

En el pasillo central, Chuck Whitney que salía del departamento de funciones generatrices me cogió por el brazo:

-¡Doug! ¿Qué es lo que ocurre? - me preguntó ¿Por qué está Heath instalado en su despacho?

- Digamos que Siskin y yo no andamos muy de acuerdo.

- Bueno, si no quiere hablar de ello... - se encaminó hacia el departamento de generaciones de función y me hizo señas para que le siguiera -. Me han encargado que le enseñe dónde tendrá que dejar el sombrero a partir de ahora.

Atravesamos la habitación junto a las cabinas que mostraban cientos de luces que parpadeaban incesantemente.

Cuando llegamos al otro extremo de la habitación me mostró una especie de cubil formado por cuatro paredes de vidrio:

- Haga como si estuviera en su casa.

Entramos y me pasé un momento observando mi reciente austeridad decretada. Un suelo de madera sin pulir. Una mesa de lo más corriente. Dos sillas. Y un armario archivador.

Chuck se sentó en una silla:

- Siskin estuvo aquí esta mañana. Trajo dos ayudantes a quienes no había visto nunca, para Heath. Según he oído decir quiere hacer una demostración pública de ese aparato tan pronto como sea posible.

- Probablemente se quiere atraer la atención y la simpatía pública haciendo un gran *show.*

Usted está perdiendo terreno, Doug. ¿Por qué? Me senté yo también en otra silla:

- Siskin tiene sus propias ideas sobre el uso que debería darse al simulador. Y yo no las comparto.

- *Sí* hay algo que yo pueda hacer, no tiene más que decírmelo.

Whitney..., ¿la Unidad de Contacto? ¿Alguien a quien conocía desde hacia años? ¿Uno de mis mejores compañeros de trabajo? Bueno, ¿y por qué no? En nuestro propio simulador Phil Ashton también tiene sus buenas amistades. Y ninguno de ellos sospechará su verdadera naturaleza.

- Chuck -- le pregunté midiendo bien mis palabras -, ¿cómo contrastaría los procesos perceptuales cuando vemos, por ejemplo, una silla, con los que se forman cuando una unidad ID ve el equivalente símuelectrónico de una silla?

-¿Va a ser esto una sesión de lavado de cerebro? - rió.

- Hablando en serio, ¿cuál es la diferencia?

- Bueno, en nuestro caso la imagen 2-D de una silla es proyectada sobre nuestra retina. Se la vigila neurológicamente y después se divide en una serie de impulsos sensitivos que son enviados directamente al cerebro. Información codificada. Transmisión lineal.

-¿Y con la unidad ID?

- La silla análoga es toda una serie de impulsos retenidos y amontonados. Cuando la unidad entra simuelectrónicamente en contacto «visual» con la silla, uno de los circuitos perceptuales es puesto en acción por esos impulsos. El circuito a su vez los transmite a los retículos de memoria de la unidad.

-¿Y es eficiente el sistema perceptivo de la ID?

- Es bastante favorable comparado con el nuestro. Cada uno de los retículos alberga más de siete millones de sensaciones y completa toda la revolución en dos milésimas de segundo. Por consiguiente los tiempos de reconocimientos y reacción son extraordinariamente equivalentes a los nuestros.

Me incliné sobre la silla, observando detenidamente su rostro y preguntándome si se habría dado cuenta de que le estaba llevando al terreno prohibido.

- ¿Y qué ocurre cuando la unidad ID llega a su fin?

- ¿Cuándo se hace irracional? - se encogió de hombros -. Los circuitos perceptivos de la unidad ID reciben los impulsos. Algo que no se esperaba que estuviera allí, desaparece. Sospechando algo, operando bajo una falsa modulación, empieza a darse cuenta de las resquebrajaduras que empiezan a hacerse en su medio ambiente simulado.

De pronto sugerí:

-¿Igual que el ir por una carretera y que de pronto ésta desaparezca apareciendo media galaxia que antes no estuviera allí?

- Eso es. Algo así.

Lo dijo sin ni siquiera pestañear. En lo que a mí respecta había pasado con éxito la prueba.

Por otra parte. ¿No podría una Unidad de Contacto, condicionada por la Suprema Realidad, ser eficiente hasta ese punto?

Entonces, mientras miraba el vidrio de separación que había entre el despacho y el departamento de generadores de función, me llamo- la atención que en aquel mismo instante estaba mirando a uno de los «resquebrajamientos del medio ambiente».

Al ver mi expresión, Whitney miró de un modo preocupado alrededor de la habitación:

-¿De qué se trata?

Inmediatamente reconocí que aquella era la oportunidad para llevar a efecto un segundo test, y con ello llegar a la conclusión con más seguridad de que Whitney no era la Unidad de Contacto. Me puse a reír:

Nada, es que vi algo extraño en el integrador principal de datos.

Miró a su vez durante unos instantes:

- Pues yo no veo nada.

- La cabina es simple y de unidad homogénea. Desde aquí casi podría apreciar las dimensiones. Cinco y medio por doce. Y un poco más de diez pies de alto. ¿Se acuerda de cuando la instalamos?

- Pues no faltaría más. Yo mismo dirigí la mano de obra.

- Pero, Chuck, no hay puerta ni ventana en esta habitación que sea lo suficientemente ancha como para que pueda pasar a su través un aparato de ese tamaño.

Quedó confundido por unos segundos. Después se puso a reír y señaló:

A no ser que la entraran por esa puerta posterior que se abre a la zona de aparcamientos. - -

Miré rápidamente hacia allí, y me volví hacia él después. Había una puerta... lo bastante ancha como para dar cabida al integrador. ¡Pero un momento antes no estaba allí!

La reacción de perplejidad de Chuck había provocado un acoplamiento del circuito automático. De que sólo yo era capaz de recordar el tiempo en que no había habido puerta allí, era evidencia del hecho de que yo, por alguna razón, no había sufrido todavía la reorientación.

Sonó el intercomunicador. Respondí a la llamada, y el rostro suave y cariacontecido de Dorothy Ford apareció en la pantalla. Miró con cierta expresión dubitativa a Chuck.

- Ahora que me acuerdo, tengo algunas cosas que hacer - dijo discretamente.

Vi que Dorothy estaba haciendo todo lo posible por contener su estado emocional. Se le humedecieron los ojos y no hacía más que mover nerviosamente los dedos.

-¿Serviría de algo si le dijera que lo siento? - me preguntó.

-¿Le dijo usted a Siskin que yo planeaba desbaratar sus planes?

Asintió un tanto avergonzada:

- Sí, Doug. No tuve más remedio.

Y me di cuenta, por la sinceridad de su voz, de que traicionarme era la última cosa que hubiera querido hacer en el mundo.

Continuó casi sollozando:

- Yo se lo advertí, ¿no es cierto? Le dije claramente que tenía que velar por los intereses de Siskin.

- Es usted extraordinariamente eficiente.

- Sí, eso creo. Pero la verdad es que no me siento muy orgullosa de todas las cosas que he hecho.

Y así admitió el haberme traicionado ante Siskin. ¿Hubiera dudado, en el caso de tener la ocasión, en venderme a un Poder mucho más grande?

Yo sonreí:

-¿Por eso no vamos a perder nuestra amistad, no?

Frunció el ceño, mostrando preocupación:

- Bueno - continué -, en una ocasión me dijo usted que ambos teníamos nuestro trabajo pero que eso no era razón para que no pudiéramos divertirnos y charlar de vez en cuando.

Se limitó a bajar la cabeza.

-¡Oh, ya comprendo! - aparenté amargura -. Ahora las cosas son distintas. Ahora que ya ha cumplido con su objetivo, ya no le sirvo para el juego.

- No, eso no, Doug.

- Pero sí que es cierto que ahora ya ha llevado a cabo la misión que le habían encomendado y que por tanto no tiene por qué estar vigilándome de aquí en adelante.

- No. Siskin ha quedado satisfecho.

Aparentando impaciencia, hice mención de disponerme a apagar el intercomunicador.

Ella se inclinó hacia delante con ansiedad:

-¡No, espere!

Aquella reacción era la de una muchacha desilusionada porque su modesto compañero de quien ella se había burlado dentro de la línea del deber, había decidido menospreciar su acción. ¿O tal vez era una Unidad de Contacto temerosa de perder su línea directa de comunicación con el sujeto a quien tenía que vigilar?

- De acuerdo - dijo sin mucho entusiasmo -. Podemos divertirnos.

-¿Cuándo?

Dudó unos momentos:

- Cuando usted diga.

En aquel instante no podía hallar una sospecha más fundada en toda la investigación para descubrir la Unidad de Contacto. A ésta la tendría que sondear a fondo:

- Esta noche - sugerí -. En su casa.

El apartamento de Dorothy era uno de aquellos magníficos y opulentos santuarios que tradicionalmente han sido asociados con los privilegios libertinos de los potentados hombres de negocios. Desde el principio comprendí, que el haberme dejado entrar no era más que otra humillación para la muchacha.

Murales tridimensionales, cada uno de ellos con un fondo musical, adornaban todavía más el sugestivo escenario. Pan, tocaba la flauta y alzaba sus patihendidas pezuñas, mientras alborozadas doncellas giraban a su alrededor bailando danzas sensuales de abandono. Afrodita abrazaba a Adonis entre un par de columnas de mármol festoneadas éstas con preciosos rosales y teniendo como marco el resplandor del mar Egeo que se divisaba en la distancia. Cleopatra, con su radiante pelo negro salpicado por las caricias de la luz de la luna reflejadas por el Nilo, alzaba una copa repujada de joyas para brindar a Marco Antonio, e inclinarse después contra el antepecho de su gabarra.

Y por encima de todos había un enorme retrato tridimensional de Horace P. Siskin. Miré el cuadro, y reconocí una faceta en el carácter de aquel hombre de la que no me había dado cuenta antes. Sus ojos, mientras miraban el mural de Afrodita y Adonis, poseían una intensidad impúdica exagerada Si algo había en su expresión que fuera distinto a aquello, no podía ser más que una cosa: satiriasis.

El encanto de la habitación quedó roto cuando Dorothy apretó el botón para que apareciera el mueble bar. Tomó su vaso, bebió la mitad de un golpe, y después se quedó mirando fijamente en su interior, como si quisiera encontrar allí algo que había perdido hacía mucho tiempo. Vestía un pijama de color azul pastel, ribeteado de armiño. El pelo, recogido en lo alto de la cabeza, y muy bien peinado, le daba cierto aspecto de frescor y de aparente inocencia. Pero había seguridad en sus facciones. Se había metido en un asunto y ahora tenía que llevarlo hasta el final.

Acercándose a mí, señaló el retrato de Siskin:

- Puedo bajar las cortinas y quitarlo de la vista. A menudo lo hago.

-¿Separarle de todas estas cosas que le pertenecen?

Hizo una mueca:

- Ya no está interesado. Hubo un tiempo en que estas cosas significaron algo para él. Pero la vitalidad no es una cosa permanente.

- Parece que usted lo eche de menos.

-¡Por Dios, no!

Se alejó para ir a servirse otra copa y yo me quedé perplejo. ¿Se podía permitir una Unidad de Contacto el dejarse envolver en complicaciones poco convencionales?

Se terminó el vaso, se sirvió otro, y volvió junto a mí. El alcohol empezaba a hacer sus efectos. Parecía haberse reanimado un poco, aunque todavía le quedaba cierta huella de tristeza en el rostro.

- Por el Gran Pequeñito - levantó el vaso, bebió un sorbo, retrocedió un paso, y después fue decidida hacia el retrato.

Arrojó más de la mitad de su contenido sobre la mejilla izquierda de Siskin. Volvió a retroceder, bebió otro sorbo, y se abalanzó de nuevo sobre el retrato vaciando sobre él esta vez, el contenido de su boca. Casi todo el contenido del vaso resbalaba en aquellos momentos por 1~ dos.

- No era mi intención hacer eso, Doug - se rió Secamente.

-¿Por qué me dejó venir aquí?

Se encogió de hombros y mintió:

- Por el ambiente. No encontrará un ambiente más apropiado en ningún sitio de la ciudad. Siskin, hay que reconocerlo, tiene un gusto inmejorable.

Cuando se disponía a dirigirse nuevamente hacia el bar, la cogí por un brazo. Se volvió, se tambaleó ligeramente y me miró fijamente a los ojos.

- Ya lo advertí en otra ocasión. Tienes a otra en la cabeza - me dijo tuteándome -. No quieres saber nada conmigo. Te traje aquí para que te dieras cuenta por ti mismo.

A pesar del propósito que me hice de no pensar en ello me encontraba a cada instante dando vueltas en mi cabeza al enigma de Dorothy.

-¿Cuándo estuvo Siskin aquí por última vez? -- pregunté.

- Hace dos años.

-¿Y te sientes defraudada?

La indignación apareció en sus ojos, y me propinó una bofetada que si no llego a esquivar con un movimiento de cabeza, me hubiera dolido un buen rato. Se fue hacia la *chaise con tour,* y allí enterró la cabeza entre los cojines.

Yo la seguí:

- Lo siento, Dorothy.

- Pues no lo sientas. Me metí en este asunto con los ojos bien abiertos. De manera que nadie me engañó.

- Claro que sí. Eso es evidente. ¿Qué ocurrió?

Se quedó mirando al mural de Antonio y Cleopatra:

- A veces pienso que no tengo mayor poder de autodeterminación que uno de los caracteres de vuestra máquina. Incluso hay ocasiones que me siento como uno de ellos.

Incluso a veces tengo sueños terribles en los que veo a Siskin frente al *Simulacron* - 3 y que me está haciendo mover como una marioneta.

Entonces comprendí que Dorothy Ford no podía ser la Unidad de Contacto. La última cosa que haría una Unidad de Contacto sería analizar, aunque fuera remotamente, las verdaderas circunstancias de la realidad.

- No - continuó como si hablara para si misma

No soy ninfomaníaca. No ha habido más que Siskin. Mira, mi padre es uno de los directores corporativos del Establecimiento. Y mi padre continuará siendo el genio financiativo que se imagina que es sólo mientras yo baile al son que toque, Siskin.

- Quieres decir que el éxito de tu padre se debe solamente a que tú...

Ella asintió:

- Esa es la única razón. Cuando Siskin aceptó la Colaboración de mi padre hace cinco años, papá se estaba recuperando de un ataque al corazón que había sufrido. No hubiera podido sobrevivir a la evidencia de saber cuál había sido el trato.

Iba a continuar hablando cuando sonó el timbre de la puerta. Me acerqué y puse en funcionamiento la pantalla televisiva de una sola dirección.

El hombre que había en el pasillo, tenía el bloc de notas preparado y se identificó a mí mismo:

- James Ross. CRM número 2317-B3. Querría entrevistar a miss Dorothy Ford.

Verdaderamente era toda una coincidencia que en el momento en que iba a decidir mi criterio sobre si Dorothy era la Unidad de Contacto, apareciera un encuestador.

- Miss Ford no se encuentra bien - dije -. No puede ver a nadie.

- Lo siento, señor. Pero debo mantener los derechos que me confiere el Código de Encuestadores.

De pronto recordé lo que había visto a la entrada del apartamento:

- Si mira el cartelito que hay encima del llamador, míster Ross, se dará cuenta de que miss Ford tiene una autorización especial de excepción de encuestas para por las tardes.

Nada más alzar la vista, expreso en su rostro la contrariedad:

- Lo siento, señor. No lo había visto.

Después de haber desconectado la pantalla, permanecí unos instantes con la mano sobre el conmutador. ¿Había sido un error verdaderamente, un error honesto? ¿O la Asociación de Encuestadores se hallaba ligada de un modo especial en los designios de la Suprema Realidad sobre mí?

Me fui hacia el bar, mientras que las nubes de mi confusión empezaban a disiparse para dar paso a la lógica. Aparte de estar programado y por tanto controlado por el Más Alto Mundo, la Asociación de Encuestadores, ocupaba una situación inmejorable para mantener siempre una estrecha vigilancia, no sólo sobre mí, sino sobre cualquiera, si era necesario.

¿No había sido un encuestador anónimo quien me había advertido? : «Por lo que más quiera, Hall, olvídese de todo este maldito asunto»?

Me serví un trago, pero lo dejé sobre la barra, preguntándome si los monitores de reacción no desempeñarían una función específicamente determinada en este mundo falseado.

La respuesta vino a mí como una explosión: ¡Pues claro! ¿Cómo no lo habría pensado antes? Una creación simuelectrónica no podía existir como fin por sí misma. Tenía que tener una *raison d'étre* una función primaria. La comunidad análoga que Fuller y yo habíamos creado, estaba designada originalmente para predecir las respuestas individuales, como un medio de asesorar el marketing de los productos comerciales.

Del mismo modo, pero en un plano más elevado, nuestro mundo, la creación simuelectrónica en la que yo existía como una unidad reaccional ID, no era más que una pregunta y respuesta que servía de sostén a los productores, manufacturadores, comerciantes, y detallistas de la Más Alta y Suprema Realidad.

¡Los encuestadores formaban parte del sistema por medio del cual ellos hacían sus preguntas, e introducían su estímulo!

CAPÍTULO XIII

El método era análogo al de Fuller.

A la mañana siguiente, dejé mi vehículo en un aparcamiento público dos manzanas más allá del edificio de la Asociación de Encuestadores. El resto del camino lo hice sobre el transportador público, y durante el camino me puse en la manga el único objeto que me podía asegurar la entrada sin otros requisitos al cuartel general de la ARM... el brazalete que había arrebatado al encuestador que había venido a advertirme unos días atrás.

De todos modos, en la entrada no había ningún guardia que solicitara la identidad de los encuestadores que entraban constantemente hacia sus puestos de trabajo. Pero antes de que mi presencia pudiera elevar sospechas me recordé a mí mismo que la ARM no era ninguna organización secreta, y que no tenía nada, al menos ostensible, que esconder.

En el vestíbulo central, busqué en la guía directoria, hasta que encontré lo que buscaba: «Despacho del presidente... 3.407».

Mi plan era muy simple. Me limitaría a preguntar por el secretario de cada jefe de departamento, para anunciarle que un nuevo monitor-encuestador del *Suprema Realidad, Inc.,* se hallaba en visita de inspección en la Asociación. Si había una Unidad de Contacto allí, con el simple nombre de la firma que yo decía representar se descubriría.

En el piso treinta y cuatro, salí del ascensor y me metí inmediatamente tras una enorme y preciosa maceta rebosante de plantas naturales.

Dos hombres acababan de salir del despacho del presidente.

Pero en el mismo momento en que trataba de esconderme, me di cuenta de que uno de ellos me había visto y me había reconocido.

¡Y aquél mismo era la Unidad de Contacto!

Tenía que serlo. Pues era Avery Collingsworth.

Collingsworth se acercó tras el jarrón, y nuestros ojos se encontraron; los suyos inexpresivos, y los míos buscando desesperadamente una puerta de escape. Pero no la había.

El otro hombre había vuelto sobre sus pasos, para meterse en el despacho del presidente.

- Te he estado esperando - dijo tranquilamente Collíngsworth.

El instinto me decía, me apremiaba a matarle, rápidamente, antes de que pudiera advertir al operador de la Suprema Realidad. Pero me limité a quedarme pegado, inmóvil contra la pared.

- Sabia que llegarías a deducir que la Asociación de Encuestadores era el factótum del operador en este mundo - dijo el psicólogo -. Hicieras lo que hicieras tenias que venir aquí en busca de tu Unidad de Contacto. ¿No es cierto, Doug?

Incapaz de pronunciar palabra, asentí.

Él sonrió ligeramente. Su expresión, unida a la suavidad de su pelo blanco y la tersura de sus facciones le daba una extraña apariencia de querubín.

- De manera que viniste aquí y me encontraste continuó -. Me temía que ocurriría esto. Pero no creo que las cosas cambien mucho con ello. Porque, como verás es demasiado tarde.

-¿Pero no va a denunciarme? - le pregunté con cierto soplo de esperanza.

-¿Que si voy a delatarte? - rió -. Doug, tu mente no sale nunca de los mismos problemas. No comprendes que...

El hombre que antes iba con él, hizo su segunda aparición saliendo del despacho del presidente. Esta vez llevaba a cuatro encuestadores de aspecto desastrado con él.

Pero Collingsworth se interpuso:

- No será necesario - dijo.

-¡Pero usted dijo que formaba parte de Reactíons!

- Y posiblemente es de Reactions todavía. Pero no le durará mucho. Siskin ya le ha dado la patada y le ha hecho patinar un poco.

El hombre me miró de un modo especulativo:

- ¿Éste es Hall?

Collingsworth asintió:

- Douglas Hall. Antiguo director técnico de REIN. Doug, Vernon Carr. Como sabes, Carr es el presidente de la ARM.

El hombre extendió la mano. Pero yo retrocedí. Casi no había oído la conversación. En cambio había pasado por mi memoria el momento final en que me vería sumido en la desaparición. ¿Me llegaría sin previo aviso? ¿O tal vez se acoplaría primero el operador conmigo para verificar mi incorregibilidad?

- Debe perdonar a Hall; está fuera de sí - me disculpó Avery -. Por de pronto él ya tiene sus propios problemas. Y Siskin no es que le haya facilitado mucho las cosas, que digamos.

-¿Qué va a hacer con él? - preguntó Carr.

Collingsworth me tomó por el brazo, me condujo a lo largo del pasillo hasta que llegamos ante una puerta cerrada:

- Antes de decidirlo, me gustaría hablar a solas con él. Abrió la puerta y entramos en una sala de conferencias, con su enorme mesa de caoba, circundada por dos filas de sillas vacías.

Entonces lo comprendí. ¡Tenía que estar a solas para que no hubiera testigos de mi desprogramación!

Me giré de repente y me lancé hacia la puerta. Pero estaba cerrada.

- Tómatelo con calma - dijo Collingsworth pausadamente -. Yo no soy la Unidad de Contacto.

Me quedé paralizado sin querer dar crédito a mis oídos, mientras le miraba con los ojos desorbitados:

-¿Que no es usted?

- Si lo fuera, ya te habría hecho desaparecer hace mucho tiempo, teniendo en cuenta lo obstinado que eres en tus convicciones.

- Entonces, ¿qué es lo que está haciendo aquí?

- Olvídate de tu maldita obsesión. Tienes que mirar este asunto de un modo racional. ¿No es perfectamente comprensible que mis simpatías hacia Horace Siskin son nulas por completo? Abreviando, soy un agente, de acuerdo, pero no en el sentido que tú te lo imaginas. Estoy alistado en el ARM, porque me di cuenta de que es la única organización lo suficientemente fuerte como para luchar contra el simulador de Siskin.

Dando un suspiro de alivio, pero consternado al mismo tiempo, me dirigí hacia una de las sillas para sentarme.

Collingsworth se acercó y se quedó a mi lado:

- He estado trabajando con los encuestadores, y dándoles información paso a paso de todos los movimientos de Siskin. Esa es la razón por la cual la ARM ha reaccionado inmediatamente después de que Siskin anunciara cualquier noticia perjudicial para ellos por parte del *Simulacron - 3.*

-¿Fue usted el que colocó la bomba en el Simulador?

- Sí, pero créeme, hijo, yo no sabía que tú estuvieras en la sala de transmutaciones cuando estalló.

- Un tanto incrédulo repetí:

-¿Ha estado usted espiando contra Siskin?

- Es un hombre corrompido. Doug. Me di cuenta de cuál era su propósito cuando le vi con Hartson. Pero yo ya estaba trabajando con Vernon Carr mucho antes. Tuve el sentido común suficiente como para darme cuenta de que no se podía, apretando simplemente un botón, un conmutador simuelectrónico, dejar sin trabajo a millones de hombres a lo largo y a lo ancho de toda la nación.

Convencido al fin, de que después de todo no era la Unidad de Contacto, perdieron interés para mí sus explicaciones. Pero él confundió mi silencio, interpretándolo como escepticismo.

¡Podemos luchar contra él, hijo! ¡Tenemos aliados en todas partes, y a muchos de los cuales ni siquiera conocemos! Por ejemplo: Siskin y los suyos, están haciendo todo lo posible para introducir en la legislación actual, un apartado que prohiba las encuestas públicas. ¿Y qué ocurre? Que un simple papel garabateado que se tenía que haber convertido en ley, pierde su interés y queda anulado, al menos, de momento.

Casi salté de la silla:

-¡Avery! ¿No se da cuenta de lo que eso significa?

-¿No se da cuenta de quién es su aliado en el Congreso?

Quedó sorprendido, perplejo.

-¡El operador del otro Mundo! - señalé -. Tenía que haberme dado cuenta mucho antes. ¿No lo comprende? La Suprema Realidad no trata solamente de reorientar o desprogramar a cualquiera que empiece a ver claro en este tinglado. Eso no es más que uno de sus propósitos. *¡Su meta primordial es el simulador! ¡Lo quieren destruir!*

-¡Oh, por los clavos de Cristo, hijo! - se lamentó Siéntate y..

-¡No, espere! ¡Eso es, Avery! ¡Usted no colocó la bomba para proteger los intereses de la ARM! ¡Lo hizo porque le fue así programado, ordenado por el operador!

Impaciente, me preguntó:

- Entonces, ¿por qué no me programaron para colocar otra y otra, y otra basta que lo consiguiera?

- Porque todo lo que hagan aquí abajo, en nuestro mundo, tiene que ser realizado dentro de una estructura razonable tanto en la causa como en el efecto. Después de que Siskin redoblara los efectivos de seguridad en RETN, no era muy probable que un atentado terminara con éxito.

- Doug - me interrumpió apaciguador - escucha...

-¡No! ¡Escuche usted! La Suprema Realidad no quiere que lleguemos a poner en funcionamiento nuestro simulador. ¿Por qué? Porque eso dejaría fuera de combate a la ARM, y a todos sus monitores de reacción. Y a ellos eso no les interesa porque los «papagayos», los encuestadores, son su sistema para introducir el estímulo de reacción buscada dentro de este mundo.

- Realmente, Doug. yo...

Me puse a pasear por delante de él:

- De modo que están haciendo todo lo posible para eliminar el simulador de Fuller. Le programaron a usted para que dejara caer la bomba. Fracasó. Programaron a todos los agentes de ARM. Creyeron que las revueltas, las huelgas, las violencias, saldrían adelante en la empresa. Pero Siskin echó mano de lo que él considera la estrategia, lanzando a la opinión pública contra los agitadores. Y ahora la cosa está en tablas. Por eso han actuado sobre mí más tarde. El operador no ha tenido tiempo de cerciorarse y ver si yo estoy dispuesto a creer que cuanto me sucedía era consecuencia de un estado agudo de pseudoparanoia.

- Lo único que haces es racionalizar tus alucinaciones.

-¡Porras! ¡Ahora lo entiendo todo perfectamente! ¡Y veo que no soy yo el único que está en peligro!

Sonrió antes de responder:

¿Quién más hay en peligro? ¿Yo? ¿Por qué me han contaminado con conceptos prohibidos?

- No. No sólo usted. *¡El mundo entero!*

-¡Oh, vamos! - pero profundas arrugas de su frente comenzaban a revelar su duda.

- Mire. El operador ha tratado de eliminar el *Simulacron - 3* por todos los medios razonables... por subversión, por ataques directos de la ARM, por la legislación. Pero todos sus esfuerzos han fracasado. No pueden reprogramar a Siskin porque entonces el partido continuaría la labor de Siskin. No pueden reprogramar el partido porque miles de entidades reaccionales quedarían envueltas en ello.

- Y hace muchos días que no se han dado a conocer en nada. Lo cual significa solamente una cosa: ¡Están planeando un ataque final, de un modo u otro, contra el simulador! ¡Y si salen de la empresa con éxito nuestro mundo estará de nuevo a salvo! Pero si fracasan...

Collingsworth se inclinó hacia delante en la silla:

-¿Qué?

Quedé pensativo y continué:

- Si fracasan no hay más que un recurso: ¡Tendrá que destruir todo el complejo! ¡Eliminar totalmente todo circuito reaccional! ¡Desconectar su simulador - nuestro mundo - y volver a empezar de nuevo a partir de la nada!

Collingswortb entrecruzó las manos. Y asustado me di cuenta de que había conseguido convencerle de mi caso. Las desastrosas consecuencias vinieron a mi mente al instante:

La atención del operador no estaba centrada en mí en aquel momento. ¡Pero tal vez lo estaba sobre Avery! A Collingsworth se le había programado insidiosamente para sabotear el simulador; y para ayudar a los encuestadores en su ataque sobre Reactions Inc.; y *hasta incluso para que dentro de toda aquella apariencia de realidad llegara a intentar convencer de que yo no era mas que una víctima de la pseudo paranoia.*

Y si en lugar de eso, el operador se diera cuenta de que yo había convencido a Collingsworth, entonces reconocería lo infructuoso de intentar mantenerme alejado de toda preocupación por tales asuntos. Y entonces, se produciría una desprogramación total, *¡tanto para Every como para mí!*

Collingsworth alzó la cabeza y sus ojos se fijaron en los míos:

- Uno de los test de un sistema de lógicas - dijo pausadamente -, es saber si las predicciones se acomodan a la realidad. Por eso estaba yo tan seguro de que había diagnosticado correctamente sobre tus síntomas. Sin embargo, hace un momento, con aquello de que el operador, podía estar preparando un ataque final, me hiciste ver...

La puerta se abrió de pronto, acompañada del chirrido de los goznes que funcionaban automáticamente. Vernon Carr irrumpió en la habitación:

Pero... ¡Avery! ¿Se da cuenta de la hora que es? Sí - respondió éste de un modo casi automático.

- Avery - le rogué poniendo en mis palabras toda la vehemencia -, ¡olvide todo lo que he dicho! - sonreí tratando de quitarle importancia al asunto -. ¿No comprende que trataba solamente de exponerle una situación posible... y mostrarle...

No sirvió de nada. Le había convencido. Y el próximo acoplamiento entre el operador y él o yo sería fatal para ambos.

- Bueno, ¿qué es lo que vamos a hacer con Hall? - preguntó Carr.

Collingsworth se encogió de hombros y respondió:

- No tiene mucha importancia... ahora ya no la tiene.

La preocupación quedó demostrada en las facciones aguileñas de Carr, pero tal exteorización no duró más que un momento. Al fin sonrió y dijo:

- Pues claro que sí tiene usted razón. Eso es, Avery. O triunfarnos y destruimos el simulador dentro de media hora, o habremos fracasado. Lo que haga Hall de aquí a esa media hora no cambia en absoluto las cosas.

Fue directamente hacia uno de los muros, y descorrió un par de cortinas, dejando al descubierto una enorme pantalla de televisión. En cierto modo presentía por qué razón Collingsworth se había mostrado tan impresionado por lo que le había dicho. Carr conectó el aparato y toda la habitación se vio inmediatamente inundada de todo un pandemónium de ruidos, chillidos y contrastes de luz.

Desde un lugar predominante, la cámara ofrecía una visión perfecta de todo el edificio de REIN. El edificio estaba rodeado de un auténtico mar de encuestadores que se abalanzaban hacia la entrada y eran repelidos una y otra vez. Cada avalancha tenía que franquear tupidos cordones de policías, armados con revólveres de efectos paralizantes, y luego con miles de ciudadanos civiles que les respaldaban.

Por encima se oía el zumbido de los coches que hacían ~a rueda alrededor del tumulto, como aves de rapiña avizorando su presa, mientras los altavoces lanzaban al aire la voz de Siskin, exhortando ardientemente a los defensores. Les recordaba a los policías y a los civiles que el *Simulacron - 3* era la mayor y más grande invención de la raza humana, la cual sería destruida si se dejaban vencer por los atacantes.

Las descargas paralizantes barrían a las fuerzas atacantes, que venían a reemplazar a los caídos. Y mientras observaba el despliegue de aquellas fuerzas, veía nuevos aerobuses que se posaban sobre la retaguardia para facilitar refuerzos.

El edificio de Reactions a su vez, refulgía con los estallidos de los proyectiles que no podía atajar el contraataque.

Vernon Carr se movía nervioso frente a la pantalla de televisión gesticulando de un modo agresivo:

-¡Lo conseguiremos, Avery! - gritaba.

Collingsworth y yo nos limitamos a mirarnos, sirviendo nuestro mutuo silencio de puente de comunicación.

De todos modos, no me interesaba en absoluto aquella contienda. No es porque no fuera la batalla más crucial jamás habida. Pues lo era. Se trataba de la existencia de un mundo entero - de un universo simuelectrónico - ya que si los encuestadores ganaban y destruían el simulador de Fuller, el operador de aquella Suprema Realidad se sentiría satisfecho y dejaría sobrevivir su creación.

Pero, tal vez porque las prendas en juego eran tan importantes me sentí incapaz de continuar observando aquella batalla. O quizás era porque sabía, que en aquellas circunstancias, el operador haría un acoplamiento inmediato entre él y Avery. Y lo que ocurriera entonces no podía ser más que el final de ambos.

Me acerqué a la puerta, todavía abierta tras la irrupción de Carr, y salí al pasillo. Sumido en un mar de confusiones y temores pulsé el botón para llamar el ascensor.

Salí a la calle, y me dirigí hacia la explanada de aparcamientos. Atravesé un sector del edificio donde había un grupo de gente apiñada alrededor de un televisor público, donde se desplegaba un auténtico panorama de violencia perfectamente captado por las cámaras situadas sobre el edificio de Reactions. Pero apenas lo miré. No quería saber cuál era la situación del combate.

A media manzana del aparcamiento me detuve ante un *psychorama.* Miré casi sin ver a los vocingleros situados en la puerta, que con sus alabanzas del espectáculo que se podía ver en el interior trataban de atraer a los paseantes para poder admirar al «más famoso poeticastro de nuestro Tiempo... Ragir Rojasta».

El empleado con uniforme llamaba a los transeúntes:

- ¡Vamos, amigos! La sesión matinal acaba de empezar.

Mi mente era un laberinto tortuoso, llena, transida de pensamientos horribles. Tenía que hallar un medio de despojarme de aquellas ideas para poder decidir lo que tenía que hacer en aquel momento... si es que había algo a hacer. El echar a correr no tenía objeto alguno. No había lugar donde poder esconderse. Se me podía acopiar y desprogramar *en cualquier sitio.* Por tanto decidí pagar mi entrada y entrar en el local.

Me situé en el primer asiento libre que encontré en el tercio circular de asientos y miré con indiferencia hacia el estrado central que daba vueltas.

Ragir Rojasta estaba sentado, embutido en su resplandeciente túnica oriental, y con un turbante adornando su cabeza. Los brazos cruzados, mientras que la rotación de la plataforma le hacía mostrarse constantemente frente al auditorio.

No tenía que cerrar los ojos para verme transportado ante la esencia conceptualizada de la poesía de Rojasta. A mi alrededor, como si no estuviera en un *psychorama,* pude sentir el murmullo del agua y apreciar su humedad, estimé la desolación de la soledad y la inmensidad de las profundidades submarinas.

Después, se produjo la transición brusca y violenta, de la humedad a la más agobiante sequía, de la soledad aplastante, al más reconfortante sentido de confraternización, de la aridez al verdor de las campiñas.

Tan hipnótica era la proyección de Rojasta que me vi absorbido irresistiblemente en el espíritu de su lectura. Y reconocí el extracto:

De entre muchas

Una joya del más puro resplandor sereno

LLL oscuridad de los abismos insondables

Del océano soporta

De entre muchas

Una flor, nacida para no ser nunca admirada.

Consume su dulzura bajo el aire del desierto.

Evidentemente, era la *Elegía,* de Gray.

Y de pronto estábamos mirando la profunda vegetación de que flaqueaba uno de los canales de Marte. Las aguas discurrían ante la sempiterna presencia de miles de...

Poco después terminó todo y las luces principales inundaron el recinto de *Psychorama.* Una pantalla de televisión de cuatro caras descendió sobre el centro de la plataforma, dando al poco cada uno de los lados una imagen nítida de la actividad que se desarrollaba en Reactions Inc.

Parecía que se había restablecido un poco el orden. Los encuestadores caían a docenas bajo el fuego de efectos paralizadores que les descargaban desde lo alto del edificio.

Las tropas federales habían entrado en acción. Se hallaban sobre el tejado. Eran traídos a cientos por los aerobuses del Ejército.

La ARM había perdido.

El operador había perdido.

El Mundo Supremo había fracasado en su último desesperado intento por destruir el simulador de Fuller dentro de los límites de un sistema racional.

Yo sabía lo que eso significaba.

Había que desprogramar, destruir, aniquilar, reducir a la nada al mundo entero, para que un nuevo sistema de complejo simuelectrónico se pudiera programar de nuevo.

Continué sentado sumido en mis preocupaciones. ¿Se llevaría a efecto inmediatamente la desprogramación universal? ¿O tendría que consultar el operador primeramente a un grupo especial de consejeros, o ante una mesa redonda de directores?

Al menos, me consolé a mí mismo, no tenía que preocuparme más por verme obligado a desaparecer individualmente, o a ser escrutado a través de un acoplamiento. Si había que vaciar cada circuito, yo no haría más que ir con todos los demás.

Y entonces, en el mismo momento en que me convencí a mí mismo de que ya no era yo un candidato para un tratamiento especial por parte del operador, ocurrió todo.

Los detalles visuales del *Psychorama se* hicieron borrosos, y el tercio de asientos que había a mí alrededor se alargó, se contrajo, y se retorció ante mis ojos. Me retorcí sobre mí mismo, y traté de salir de aquel lugar. El oleaje que parecía azotar mis oídos, se convirtió en un zumbido atronador que gradualmente fue reduciendo su intensidad para convertirse en una especie de risa arrolladora.

Me quedé recostado sobre la pared, incapaz de dar un solo paso, y convencido de que en aquel momento el operador trataba de obtener el máximo de información sondeando en mi mente. Y la risa, como un componente de un acoplamiento irracional, se convirtió en algo parecido al repiqueteo de un timbal agudo en mi cabeza, llena de sarcasmo y sadismo.

Después se fue y mi mente quedó liberada.

Salí a la calle, y al momento, un coche, con emblemas pintados sobre los lados, tomó tierra en la calle, precisamente frente a mí.

-¡Ahí está! - gritó el chófer uniformado.

Se produjo una descarga de efectos paralizantes, que podía haber sido mortal por su intensidad, pero que pasó por encima de mi hombro, arañando cemento de la pared donde fue a dar.

Di media vuelta y me volví a meter en el local.

-¡Alto, Hall! - me gritó alguien -. ¡Está usted arrestado por el asesinato de Fuller!

¿Habría sido este último acontecimiento motivado por Siskin? ¿Había decidido por fin abandonar los lazos de seguridad que había tendido sobre mí? ¿O acaso era esto un resultado de la programación del operador? ¿Se estaba quizá recreando en los medios convencionales de apoderarse y disponer de mí, independientemente de que tendría que desprogramar pronto a todo el complejo simuelectrónico?

Dos disparos más sonaron tras de mí, en el momento en que me internaba en el *psychorama.*

Di un rodeo rápido alrededor de las butacas, y me escabullí por una salida posterior yendo a parar a la explanada de aparcamiento. Al cabo de unos segundos estaba en mí coche, elevándome alto, muy alto, a toda velocidad.

CAPITULO XIV

No tenía ningún sitio a dónde ir, excepto mi cabaña en el lago. Era factible que pudiera estar a salvo allí, al menos de momento, si es que en verdad era un lugar adecuado para esconderse.

No me cabía la menor duda, mientras descendía con mi coche hacia un claro del bosquecillo de abetos de donde continué la marcha hasta esconderlo en el garaje, de que la

policía tenía órdenes estrictas de tirar a matar. Si verdaderamente actuaban de acuerdo con la presión ejercida por las riendas de Siskin, mis temores eran ciertos.

Pero al menos aquí en el bosque, tenía una oportunidad de esconderme.

Por otra parte, si el operador estaba persiguiendo su propio propósito de eliminarme, independientemente de la acción de la policía, no podía seguir más que una de las dos vertientes:

O bien me hacía desaparecer de repente, sin advertencia alguna... en cuyo caso nada podía hacer en contra.

O bien enviaría a su agente para que se hiciera cargo del trabajo *físicamente,* para dar la apariencia de un suicidio o de una muerte accidental.

Y eso precisamente es lo que había estado deseando durante tanto tiempo: enfrentarme cara a cara con la Unidad de Contacto. En ese momento se le haría salir de su anonimato. Tendría que descubrirse y dar la cara en la soledad del bosque.

Entré en la cabaña y cogí uno de los rifles paralizadores que me pareció más oportuno. Me cercioré de que estaba cargado y de que funcionaba perfectamente bien, y lo dejé en el lugar que creí más a mi alcance en todo momento. De todos modos mi intención no era matar al agente del operador inmediatamente. Al menos hasta que hubiera hablado con él y me hubiera sugerido un plan de acción.

Anduve un poco por la habitación escrutándolo todo, volví a coger el arma, y me senté al lado de la ventana, dejando el rifle descansar sobre mis piernas.

La única cosa que me inquietaba en aquellos momentos era la razón por la cual no se hacía desde el operador de la Suprema Realidad, desaparecer mi mundo en un solo instante. No podía hallar la razón por la que estuvieran esperando.

Y así permanecí durante horas, no perturbando la quietud de aquellos parajes, más que el movimiento furtivo de vez en cuando, de alguna alimaña salvaje, saltando entre la maleza del bosque o el suave murmullo de las olas al estrellarse contra el acantilado rocoso.

Poco después de la caída del sol, entré en la cocina y abrí una bolsa de raciones de campaña. Temeroso de encender las luces, me senté de nuevo junto a una de las ventanas, y me alimenté de un modo casi mecánico.

Era casi de noche cuando entré en la salita, descorrí las cortinas, y me dispuse a informarme de las noticias televisivas de la tarde. Puse el volumen de voz en lo que casi era un susurro.

En la pantalla apareció un desorden general y ruinoso de una calle que inmediatamente reconocí como la ocupada por Reaction Inc. Casi en un primer plano se veían tropas federales en el exterior del edificio, mientras que el comentarista deploraba «la sangre vertida y la violencia que habían sido el tributo a aquel día horrible».

- Pero continuó - estos motines no hacen más que hacer resaltar más si cabe la empresa de Horace P. Siskin en las noticias de esta tarde.

- Y hay más... mucho más. Hay intriga y conspiración. Asesinato y un fugitivo. Y todo está directamente vinculado con la supuesta Asociación de Encuestadores, con cuyo complot quieren privar a un mundo de angustia de las bendiciones que emanarían del simulador de Siskin.

Apareció mi propia imagen en la pantalla y fui identificado por el comentarista.

- Este es el hombre - dijo -, este es el hombre reclamado por el asesinato de Hannon J. Fuller, antiguo director técnico de Reactions. Este es el hombre en quien Siskin confió plenamente. En las manos de Douglas Hall se había depositado la obligación moral y material, del perfeccionamiento del simulador, tras la supuesta muerte accidental de Fuller.

- Pero, según averiguó la policía esta tarde, Fuller fue asesinado por Hall con fines lucrativos. Pero cuando Hall vio que le iban a ser denegados tales beneficios se revolvió de un modo traidor contra el Establecimiento de Siskin, e incluso contra el simulador.

Pues Douglas Hall era el hombre a quien las fuerzas de seguridad del propio Siskin siguieron de cerca esta mañana para verle entrar en el cuartel general de la ARM, sellando con ello su traición. Con ello no hizo otra cosa que perpetrar el fracasado ataque masivo sobre REIN.

Quedé petrificado, Siskin, por tanto, había sabido inmediatamente de mi visita al cuartel general de los encuestadores. Y de ello había deducido que mis planes eran traicionar su conspiración con el partido. Se había dejado llevar por los nervios y había pulsado el botón del pánico, lanzando tras de mí a la policía con órdenes concretas de tirar a matar.

Y de repente, me di cuenta de una razón posible por la cual el operador no me había hecho desaparecer todavía. Se había dado cuenta de que Sískin era, involuntariamente, y en defensa de sus propios objetivos, *¡el que se cuidaría en arreglar el asunto por él!*

¡Oh, el operador podría quizás ayudar un poco! Por ejemplo, si se daba cuenta de que la ley andaba tras mis talones, quizá podría poner en funcionamiento a otro acoplamiento, y entonces averiguar dónde estaba yo escondido, y así programar a la policía para que vinieran a buscarme a la cabaña.

Tal vez lo arreglaría de ese modo, o tal vez enviaría a su Unidad de Contacto para que zanjara el asunto.

El televisor continuaba todavía sobre el tema de mí supuesta traición:

- Sin embargo, las detestables actividades de Hall no terminaron con el asesinato de Hannon J. Fuller, ni su propósito de traición a Siskin y al simulador, según los últimos informes policiales.

Apareció un retrato de Collingsworth en la pantalla.

- No terminan ahí porque - bajó la inflexión de su voz para dar mayor gravedad a las palabras se le busca además por estar íntimamente ligado al asesinato más cruel y sádico registrado en los anales de la policía local... el asesinato de Avery Collingsworth, psicólogo graduado, perteneciente a la plantilla de Reactions.

Pasó un buen minuto antes de que pudiera recobrar la respiración. ¡El operador había caído ya sobre Avery!

El informador continuó describiendo «la brutalidad» empleada en el asesinato del doctor Collingsworth.

- La policía - dijo con tono muy emocional ha descrito la muerte como la mutilación más horrible jamás cometida. Fragmentos de su cuerpo arrancados de su sitio... dedos, antebrazos, orejas, aparecieron esparcidos por su estudio. Y cada herida, era a su vez, cuidadosamente cauterizada para controlar la pérdida de sangre y hacer con ello más larga la bárbara tortura.

Acongojado, apagué el televisor. Intenté poner en claro las ideas que me bullían en la cabeza, pero no veía más que visiones de Avery, indefenso, aterrorizado, sabiendo en todo momento que no podía escapar a lo que le estaba ocurriendo.

No había sido un agente físico, una Unidad de Contacto, quien había hecho aquello. Había sido el mismo operador, haciendo uso de medios extrafísicos de tortura. Me imaginaba a Avery chillando hundido en la agonía, mientras le arrancaban el segmento terminal de su dedo índice, como si se lo segaran con un cuchillo.

Me levanté, estremecido a causa del horror. Tuve que reconocer que el operador era un médico. Tal vez, en aquella existencia más alta, todo el mundo lo era.

Me acerqué a la ventana, descorrí las cortinas y me senté con el rifle bien sujeto, y en actitud de espera. ¿Pero esperando qué? ¿A la policía? ¿A la Unidad de Contacto?

Por un instante, pensé que el operador tal vez no supiera donde me hallaba ~ Pero rechacé tal posibilidad. Quizá se había acoplado ya conmigo desde mi llegada aquí. Sí, era lo más probable. Pues me di cuenta de que yo había tenido conciencia de anteriores acoplamientos

En el exterior, la oscuridad se había hecho intensa, mientras que minadas de estrellas parpadeantes parecían querer combatir contra la oscuridad. Sólo de vez en cuando se oyó el canto tímido de algún pájaro nocturno.

La ilusión de la realidad era así tan compleja. Hasta los más pequeños detalles habían sido tenidos en cuenta. Ellos no habían dejado escapar más que tal vez los detalles más imperceptibles.

Me encontré a mí mismo mirando hacia el cielo, tratando de ver a través de la ilusión universal, la realidad absoluta. Pero aquel Mundo Verdadero, no se hallaba en ninguna dirección *física,* mirándolo desde el mío. Él no estaba en mi universo, ni yo en el suyo. Aunque, al mismo tiempo, estaba en todas partes a mí alrededor, escondido tras un velo electrónico.

Intenté imaginarme lo que debió de sentir Phil Ashton cuando consiguió salirse del simulador de Fuller. Mis pensamientos erraron una y otra vez, a través de la más alta existencia. ¿Qué debía ser aquello de Allá Arriba? ¿Hasta qué punto sería distinto de la pseudorrealidad que yo conocía?

Pero llegué a la conclusión de que no podía ser totalmente diferente. El mundo de Phil Ashton, sostenido por la corriente del simulador de Fuller, había tenido que ser, en efecto, una réplica del nuestro.

Del mismo modo, mi mundo tenía que seguir las huellas de aquel de más alta existencia. La mayor parte de las instituciones tenían que ser idénticas. Nuestra cultura, nuestro pasado histórico, y hasta incluso la heredad y el destino tenían que corresponderse.

Y el operador, y toda la demás gente de allá arriba, tenían que ser seres humanos, como nosotros, puesto que nuestra existencia se podía justificar solamente como análogos de ellos.

La oscuridad exterior perdió intensidad ante una iluminación intensa que se reflejó contra los árboles. Después oí el murmullo del aire de un coche, a medida que las luces se acercaban.

Abrí la puerta rápidamente y salí corriendo al exterior, tumbándome tras un declive del terreno, y poniéndome el rifle en posición de disparo.

El coche aterrizó, se apagaron las luces y dejaron de funcionar los motores. Desesperadamente, mis ojos trataban de profundizar en la oscuridad de la noche.

No era un coche de la policía. Y no había más que un ocupante.

La puerta se abrió y el conductor saltó al exterior.

Me dispuse a disparar.

La llamada de luz que salió del arma, me reflejó por un momento las facciones de... *¡Jinx Fuller!* Y en aquel mismo instante la vi derrumbarse contra el suelo.

Gritando su nombre, tiré el rifle a un lado y salí corriendo hacia el claro del bosque, dando gracias al cielo, por haber cargado el arma a la intensidad más reducida.

Mucho después de la media noche, yo estaba todavía paseando por la cabaña, en espera de que ella volviera en sí. Pero sabía que estaría inconsciente aun durante algún tiempo, porque la descarga paralizadora le había alcanzado la cabeza. Sin embargo, sufriría poco después que le pasaran los efectos, porque el disparo se había producido a distancia.

Incontables veces durante las horas del amanecer, me había acercado a tientas hasta ella, para ponerle toallas frías en la cabeza. Pero hasta el alba no comenzaron a disiparse, las tinieblas de su estado, y en cuyo momento se llevó una mano a la frente.

Abrió los ojos y me sonrió:

-¿Qué ha sucedido?

- Que te disparé, Jinx - confesé contrito -. No fue mi intención. Creí que eras la Uni... la policía.

Me contuve en el momento oportuno. No podía consentir que las cosas se complicaran más al ponerla en antecedentes de cosas prohibidas.

Se esforzó por sentarse. La ayudé pasando una mano tras su espalda.

- Me... me enteré del lío en que estabas metido dijo - tenía que venir.

-¡No debiste hacerlo! No sabemos lo que puede ocurrir. ¡Tienes que irte otra vez!

Aunque hizo cuanto pudo por mantenerse en aquella posición, cayó de nuevo sobre la almohada. Sería incapaz de moverse, al menos en cierto tiempo. Y menos por sí misma.

- No, Doug insistió. Quiero quedarme aquí contigo. Vine tan pronto como deduje dónde estabas.

Con mi ayuda consiguió al fin ponerse en pie, y aferrada a mí, lloró en silencio sobre mi mejilla. La sostuve entre mis brazos como si fuera la única cosa verdadera que había en aquel mundo de ilusión. Y yo me sentía como transportado. Toda mi vida había necesitado a alguien como Jinx. Pero, sin embargo, el encontrarla, no había sido más que una circunstancia más de aquel tinglado.

Alzó la cabeza, me miró de un modo compasivo, y la volvió a esconder sobre mi hombro. Después, selló sus labios contra los míos, poniendo en ello toda su vida. Era como si ella también supiera lo que iba a suceder.

Mientras la besaba, pensé en 10 que todo aquello podía haber sido en otras circunstancias. ¡Si al menos el operador hubiera conseguido destruir el simulador de Fuller! ¡Si hubiera sido posible continuar en Reactions! ¡Si el simuelectrónico de la suprema realidad me hubiera reorientado como lo había hecho con Jinx!

- Nos vamos a quedar juntos, Doug - susurró Nunca te dejaré cariño.

-¡No puede ser! - protesté.

¿No se había dado cuenta de la situación en que se hallaba? Tal como Siskin me había puesto las cosas, no había salvación para mí.

Me separé de ella, consternado, tratando de hallar alternativas razonables. O su amor por mí era tan firme que no había barrera que pudiera interponerse ante él, o bien no se había dado cuenta de los cargos que la policía había hecho contra mí. Con toda seguridad no se habían enterado de cómo había muerto Collingsworth, de 10 contrario no estaría ahora aquí.

-¿Sabes que se me busca por el asesinato de tu padre, verdad?

- Pero tú no lo hiciste, cariño.

¿Y... Avery Collingsworth? Dudó unos instantes:

- Tampoco... tú no pudiste hacer eso.

Era como si hablara con un conocimiento personal y absoluto del caso. Así eran de intensos su lealtad y su amor. Ahora estaba contento de que ellos hubieran conseguido reorientarla, de que no tuviera que afrontar los peligros que afrontaba yo.

Cogió mi mano entre las suyas y se volvió hacia la puerta:

-¡Quizá podamos salir de aquí, Doug! Ya encontraremos algún lugar donde escondernos.

Al ver que yo no me movía, soltó mi mano y ésta escapó de entre las suyas.

-No - se dijo a sí misma no podemos ir a ningún sitio. Nos encontrarían.

No sabía hasta qué punto eso era verdad. Y me sentí infinitamente aliviado al ver que no había captado la ambigüedad del «nos» que había empleado.

Oí un ruido en el exterior, e inmediatamente cogí el rifle. En la ventana, separé las cortinas, y no vi más que un gamo que saltaba un seto, para acercarse al recipiente donde solía dejarles comida, y que ahora estaba vacío.

Suspicaz, alzó la cabeza y miró hacia la cabaña. Alejados mis temores, dejé caer de nuevo las cortinas. Era difícil ver un gamo por allí en esta época del año. Volví a mirar por la ventana. El animal se dirigía hacia el coche de Jinx. Se detuvo a escasos pasos de distancia, y se quedó mirando hacia la puerta abierta. Cogí el rifle de nuevo, pues se me ocurrió de pronto que no había razón alguno que impidiera que un animal de éstos estuviera convenientemente programado para errar por aquel claro del bosque, acercarse a la cabaña, y a través de un acoplamiento adecuado, espiar lo que ocurría por allí.

El animal volvió una vez más la cabeza hacia la cabaña, alzó las orejas y retorció el hocico.

-¿Qué ocurre? - preguntó Jinx.

- Nada - dije para disimular mi ansiedad -. Si te sientes capaz de ello, podrías preparar un par de tazas de café.

La vi cómo se alejaba hacia la cocina, y entonces abrí la ventana, sólo lo justo para poder asomar el cañón del rifle.

De pronto el gamo se alejó de allí, encaminándose hacia el garaje.

Disparé, rociando al animal de aquella carga paralizante durante casi diez segundos, concentrando sobre todo la descarga sobre la cabeza ya que permanecía inmóvil sobre el suelo.

Al oír el silbido de la descarga, Jinx se asomó a la puerta de la cocina.

¡Doug! ¡No será...!

No, es un gamo. Le he dejado paralizado para un par de horas. Iba a entrar en tu coche.

Tomamos el café en silencio, en la misma cocina. Tenía el rostro terso, no apreciándose en su piel traza alguna de cosméticos. Un mechón de su cabello le cubría una parte de la mejilla. De todos modos su aspecto general no se podía describir como macilento. Pues carente de toda sofisticación, la belleza de su juventud se patentizaba sin mácula alguna.

Miró el reloj por segunda vez, desde que cogiera las tazas de la vajerillería, y se acercó a mí para cogerme las dos manos:

¿Y qué vamos a hacer ahora amor mío? Mentí con la mayor naturalidad:

No tengo más que quedarme escondido durante uno o dos días. Después los acontecimientos vendrán por sí solos. Hice una pausa que me permitiera improvisar más todavía. Whitney puede demostrar que yo no maté a Collingsworth, ¿comprendes? Tal vez lo esté haciendo en estos momentos ya.

Tales palabras no parecieron aliviar sus preocupaciones. Volvió a mirar el reloj.

- Y por eso, lo que vas a hacer es meterte en tu coche y salir de aquí tan pronto como te sientas lo suficientemente restablecida. Si se dan cuenta de que tú también has desaparecido, eso redoblará sus posibilidades de encontrarme. Incluso pueden llegar a pensar en buscarme por aquí.

Dando muestras de gran testarudez, respondió:

- Yo me quedaré contigo.

Como no tenía ganas de discutir tal asunto en aquellos momentos, confié en mi habilidad para persuadirla más tarde:

Vigila bien nuestra fortaleza bromeé. Me voy a afeitar ahora que puedo.

Cuando hube terminado diez minutos después, fui a la sala de estar y encontré la puerta de entrada abierta. Jinx estaba reclinada ante el gamo tendido. Miró hacia la cabaña y emprendió su camino a lo largo del claro del bosque.

Vi cómo desaparecía entre los árboles, moviéndose con la gracia y la delicadeza de una ninfa. A pesar de que estaba totalmente decidido a hacerla marchar cuanto antes, me alegraba el que hubiera venido.

Pero de repente un interrogante se abrió ante mí:

¿Cómo había sabido ella que yo estaba en la cabaña?

Estaba seguro de que nunca le había hablado de este lugar.

Cogí el rifle y me fui tras ella. Cruzando a toda velocidad a lo largo del claro del bosque me interné en la maleza. Entre aquellos abetos gigantes, me detuve, y conteniendo la

respiración, traté de escuchar con toda atención para ver si averiguaba su posición, por el ruido que sin duda produciría al andar sobre las hojas caídas.

Al cabo de unos segundos llegó hasta mí el ruido que esperaba, y me lancé a toda velocidad en aquella dirección. Anduve entre la maleza, y al salir a un pequeño claro, me encontré cara a cara... con un ciervo de diez puntas.

Lejos, mucho más lejos, divisé a Jinx expuesta a la luz del sol del amanecer.

De pronto, los dolores terribles de un falso acoplamiento estallaron sobre mi cabeza. Agobiado por el impacto de aquel ruido estremecedor, y la desorientación vertiginosa, dejé caer el rifle. Sumido en aquel desbarajuste, aquel manicomio, volví a oír aquella risa simuelectrónica, que en aquel instante ponía en conjunción todas mis facultades con las del operador.

Anduve sobre mis pasos anteriores, y vi de nuevo al ciervo que alzaba al aire de un modo extraño sus patas delanteras para terminar quieto y expectante. Después vi que se lanzaba contra mí.

Me tambaleé como consecuencia del terrible acoplamiento a que me estaban sometiendo, pero conseguí esquivar la acometida de aquella fiera.

Sólo una de las astas me cogió la camisa, por la manga y me la dejó totalmente destrozada. Me imaginé que a causa de ello la risa del operador, se convertiría casi en un ataque de histeria.

El animal volvió a cargar contra mí, pero en esta ocasión quise esquivar la acometida para escapar al peso de las patas. Casi lo conseguí. Pero la fuerza y el peso del animal me dieron de lleno en la espalda, lanzándome sobre el suelo, por donde anduve unos metros a gatas.

Sin embargo, cuando conseguí ponerme de nuevo en pie, tenía el rifle entre mis manos. Detuve al animal a mitad de su nueva acometida. Y casi en el mismo momento me sentí liberado del acoplamiento.

A lo lejos divisé a Jinx, que continuaba a la luz del sol, totalmente ignorante de lo que había ocurrido tras ella.

Pero mientras la miraba, alzó la cabeza hacia el cielo, y desapareció.

CAPITULO XV

Petrificado, permanecí en el claro del bosque, con el animal tendido a mis pies, y los ojos fijos, inmóviles, sobre el lugar de donde había desaparecido Jinx.

Ahora sí que estaba seguro de que ella era la Unidad de Contacto. Había estado tan equivocado en la interpretación de sus actos. Yo me había creído que ella sabía, como hija de

Fuller, los detalles de su «descubrimiento básico», pero que había estado tratando de ocultármelos para que no fuera desprogramado.

En cuanto a la desaparición que en la otra ocasión había hecho de su casa, yo me había imaginado que se la habían llevado temporalmente, para desposeería de los conocimientos prohibidos que pudiera tener albergados en su circuito. Me di cuenta de que, a partir de aquel momento, ella se había mostrado amorosamente inclinada hacia mí.

Había actuado de un modo extraño, después de su primera desaparición, porque tanto ella, como el Simuelectrónico de Allá Arriba habían estado preocupados. Les inquietaba que pudiera llegar a averiguar el secreto de Fuller.

Después Collingsworth, programado para disuadirme de mis convicciones prohibidas, salió con la suya a hacerme creer que sufría de un mal tan poco probable como la pseudoparanoia. Esta idea estaba estrechamente inculcada en mí, la noche que sentí las convulsiones del acoplamiento estando en el restaurante con Jinx.

El operador se dio cuenta entonces de que yo me había salido del camino trazado. Y Jinx, como Unidad de Contacto, había empezado a hacer el papel de ardiente enamorada para alejar de mí toda sospecha.

Así habían sucedido las cosas hasta ayer, en que el operador se dio cuenta por Collingsworth, de que no sólo yo, sino que Avery también, dudábamos mucho de que nuestro mundo fuera real. Y Jinx había venido aquí, la noche anterior con un solo propósito: tenerme sujeto entre sus brazos hasta que las cosas se pudieran arreglar de manera que mi muerte pareciera «natural». ¡Tal vez me iba a matar ella misma!

De pronto, me di cuenta de la sangre caliente que bajando por el brazo, se perdía gota a gota por las yemas de los dedos. Terminé de romper la camisa y la até con fuerza alrededor del brazo. Después me dirigí hacia la cabaña.

Por más que lo intentaba no llegaba a comprender toda aquella serie de cosas extrañas. Por ejemplo, ¿cómo podía Jinx desaparecer con aquella facilidad? Ni uno solo de los caracteres ID del simulador de Fuller podrían hacer otro tanto, a menos que...

¡Pues claro! ¡Siempre que yo me proyectaba a mí mismo dentro del *Simulacron* - 3 para un circuito directo de vigilancia, hacia lo mismo!

Entonces Jinx, no era ni una Unidad de Contacto, ni una entidad reaccional. *¡Era 1a proyección de alguna persona Física de aquella Suprema Realidad!*

Pero aún había más cosas extrañas. ¿Por qué no se me había reorientado, como había sucedido con las otras unidades W, y se me había hecho creer como a los demás que Lynch no había existido nunca?

Y además, el operador, se había acoplado con bastante frecuencia con Collingsworth para programarle debidamente en la campaña para destruir el simulador de Fuller. ¿Por qué pues, no había sabido él por medio de Avery hasta ayer, que no se me podía disuadir de mis convicciones respecto a la verdadera naturaleza de la realidad?

El ruido seco y crujiente de un árbol que caía me sacó de mis pensamientos. Sorprendido, alcé la vista.

¡Un pino enorme me estaba cayendo encima!

Luché desesperadamente por salir de allí, pero cayó al suelo produciendo un ruido sordo, no rozándome más que con las ramas. Pero ello fue suficiente para que me lanzara al suelo contra otro tronco.

Consternado, me levanté, retrocedí unos pasos, y me pasé la mano por la mejilla para suavizar el dolor que me había producido una rama en la cara. La cabeza empezó a darme vueltas nuevamente, sintiéndome acechado por los efectos del falso acoplamiento.

Corrí hacia la cabaña tratando por todos los medios de contener el dolor que me apresaba. Llegué al límite del claro del bosque, con la cabeza colgando contra el pecho y la vista nublada.

Un enorme oso negro estaba olfateando el coche de Jinx. Notó mi presencia y se giró. Pero no quería arriesgarme. Lo maté instantáneamente.

Esto debió privar al operador de recrearme en su Sadismo. Pues tan pronto cayó el animal, se rompieron los lazos de la presión ejercida por el acoplamiento.

Pero se había hecho evidente que tenía que alejarme del bosque. Aquí y allá, por todas partes, había demasiados elementos de la naturaleza que se podían emplear en contra mía. Con un poco de suerte podría volver a la ciudad, donde el operador no tendría tanta libertad de acción y tantas posibilidades para emplearse contra mí.

En la cabaña, perdí el menor tiempo posible en arreglarme el brazo herido, y aplicar bálsamo al rasguño que me cubría desde la sien hasta la mejilla.

A través de la niebla que formaban ante mí el temor y la desesperación, fui capaz, no obstante, de pensar en Jinx. ¿Habría verdaderamente habido una tal Jinx Fuller en mi mundo? ¿O no había sido toda ella más que una proyección?

Fui a coger la chaqueta, degustando por fin la amarga ironía de haberme enamorado de ella. Yo no era más que un producto de la ilusión; ella, una persona real y tangible. Me imaginaba su risa burlona, unida a la del operador.

De súbito, dudando, me detuve ante la puerta. ¿Volver a la ciudad? ¿Dónde la policía de Siskin estaría a punto para disparar sobre mí? ¿Donde, aun en el caso de que consiguiera eludirlos, tenían un sádico Aliado de Allá Arriba impaciente por programarlos en la dirección exacta?

Con el rabillo del ojo, vi algo que se movía cerca de mí, y me encontré con un horrible pajarraco que agitaba las alas sin cesar mientras se acercaba.

Pero no venía hacia mí. Confundido le seguí con la vista, y vi cómo sin dejar de mover las alas en un vuelo corto se metía en la casa y se dirigía hacia la cocina. La curiosidad pudo más que los temores y me metí tras él. El pájaro se había posado sobre el suelo, y estaba

picoteando con todas sus fuerzas cerca de la puerta, donde se hallaban los cables de energía eléctrica y el regulador de gas.

Tuve unos horribles momentos de indecisión, y me sentí terriblemente mal dentro de la cabaña.

Corrí con todas mis fuerzas hacía el exterior, llegué hasta mitad del camino del claro del bosque, y dando un salto me tiré sobre el suelo.

La cabaña saltó por los aires, diseminando escombros alrededor del bosque, y llevándose al garaje con la explosión.

Afortunadamente ninguna de las piedras que habían volado por los aires me había alcanzado a mí, ni al coche de Jinx, en cuyas posibilidades pensé enseguida.

Viendo aquella demolición comprendí al fin, que no me quedaba otro remedio que volver a la ciudad.

A dos mil pies por encima del bosque, el motor empezó a fallarme. Conecté los mandos de emergencia, pero el motor producía ruidos espasmódicos y a cada Sacudida el coche descendía unos cien pies.

Hice cuanto pude con el volante para mantener algunos grados de control. Al fin, conseguí dirigir la nave hacia el lago, esperando que el agua amortiguaría el impacto del coche.

En aquel momento preciso, el operador se lanzó una vez contra mis facultades perceptivas. Sin embargo, los tormentos del acoplamiento, en esta ocasión eran más soportables.

De pronto, un fuerte viento de cabeza se levantó, convirtiendo la superficie lisa del lago, en una auténtica marejada, mientras que mi ángulo de descenso se hacía cada vez mayor. ¡Iba a estrellarme contra los árboles antes de que consiguiera traspasar la línea límite del acantilado!

Pero un golpe de viento inesperado me permitió elevarme de nuevo, para luego descender, yendo a parar por fin a cinco metros de la orilla sobre las amplias olas.

Los nudillos se me habían puesto blancos de aferrarme sobre el volante.

Traté de despegar de inmediato. Lo conseguí pero en cuanto me encontré a gran altura, nuevamente comenzó el viento a dominar el coche lanzándome otra vez contra el bosque. Una de las veces pasé tan cerca de las rocas que ya quedé convencido de que aquella vez me estrellaba, pero aun conseguí dominar el vehículo, y volví otra vez hacia el cielo. Me di cuenta de que temblaba y sudaba frío.

Notaba la reacción estática del operador. Y sabía, a través de la intensidad de su respuesta emocional, que no me iba a dejar tan fácilmente. Sin dejar de accionar los mandos, esperé el próximo ataque del operador, mientras que el coche, ganando altura se dirigía hacia la ciudad.

Recordé que con el simulador de Fuller, el acoplamiento se podía modificar, permitiendo llevar a cabo una transmisión recíproca. Tal procedimiento, se usaba, por ejemplo, cuando yo me quería comunicar con Phil Ashton sin necesidad de tener que proyectarme en su mundo.

De modo que intenté alcanzar el límite opuesto, convencido en todo momento de que él se daría cuenta de mi intención. Pero no llegaba a percibir nada a través de sus sentidos. Era un acoplamiento de una sola dirección. Aunque, sin embargo, casi podía sentir su presencia. Era como si tuviera el presentimiento de él. Y con todo ella recibía una impresión auténtica de propósitos retorcidos y malignos.

Fruncí el ceño, perplejo. Tenía la profunda sugestión de que el lazo existente entre ambos era algo extraño, algo fuera de lo normal. Daba la impresión de que existiera cierta similitud entre los dos. ¿Similitud física? ¿De carácter? ¿O era simplemente el reflejo de nuestras circunstancias análogas... cada uno, simuelectrónico en su propio mundo?

Sin ninguna interferencia más por parte del operador me elevé a seis mil pies. Entonces incliné un tanto el morro del coche, cambiando altura por velocidad, y me apresuré por llegar a la ciudad. El reflejo que emitían los vidrios que constituían las cúpulas de muchos rascacielos, y los vívidos uniformes de colores de los muros de cortina, aparecieron ante mí, a varias millas a lo lejos.

¿Lo conseguiría? Me recosté sobre el asiento. Allá en el bosque, a solas con el operador y su naturaleza hostil, tenía pocas probabilidades de sobrevivir. Por otra parte, ~n la ciudad no habría animales especialmente programados para atacarme. ¿Pero y las cosas *inanimadas?* ¿Los efectos de una cornisa descolgada? ¿Un coche fuera de control?

Angustiado, vi a través del parabrisas una nube gris que biseccionaba el horizonte. Engrandecía de un modo alarmante mientras el coche me llevaba directamente hacía ella. Di un golpe de volante para alejarme, pero era demasiado tarde.

Al cabo de un momento me vi envuelto en una bandada de pájaros negros con alas rojas. ¿A seis mil pies de altura? Chocaban contra el coche y cubrían por completo el parabrisas. Quizá caían a cientos pero caían a miles sobre mí. Los ventiladores gemían, defendiéndose contra aquella masa casi sólida que inexplicablemente llegaba hasta ellos. Y nunca llegaba a salir de allí, y nunca se terminaba el ciclo.

El operador volvió de nuevo a la carga sobre mis facultades perceptivas. Pero una vez más el acoplamiento fue soportable. Y una vez más también, tuve la incongruente impresión de que la persona acechaba sobre mi desesperación y espanto, tenía incomprensiblemente cierta similitud conmigo.

Los ventiladores comenzaron a funcionar con normalidad. Aquella nube apestosa de pajarracos volaba por encima de mi cabeza. Miré hacia abajo para ver a qué distancia me hallaba del suelo. E, irónicamente vi que me acercaba casi directamente al amplio edificio de Reactions, Inc.

Ahora volaba tan bajo, que incluso veía las tropas de guardia. Y me pregunté si el operador, en un audaz golpe de estrategia, no me haría estrellar contra el edificio para eliminarnos al mismo tiempo a mí, y a la máquina de Fuller.

Si era ese su plan, se había olvidado de los sistemas de emergencia que protegían la ciudad. Pues cuando el coche estuviera unos doscientos pies del edificio, aparecerían tres brazos articulados que convergerían sobre el aparato indefenso.

Pero el Simuelectrónico Supremo no podía privarse de otro atentado brutal. El circuito eléctrico del coche irrumpió en llamas que al cabo de pocos segundos llegaron al sitio que yo ocupaba. Comprendí que no me quedaba otro remedio. Y aunque todavía me faltaban unos cien pies para llegar al área de aterrizajes, salté del coche.

Pero en aquellos momentos el operador había roto el contacto. De no ser así, le hubiera sido enormemente fácil que uno de aquellos brazos articulados que ya venia en mi auxilio pues había visto el fuego, me hubiera dejado caer al suelo. El brazo articulado se acercó al suelo, y poco después me dejó caer sobre una de esas sábanas salvavidas.

No tenía tiempo que perder allá encima, y menos con la policía y los bomberos que ya se estarían aproximando, pues el coche se había oído cerca. Salté de la sábana y me fui corriendo hacia uno de los transportadores públicos. Poco después descendí de éste y tomé otro para cambiar de dirección.

Dos manzanas más allá, descendí de nuevo, y cuando hacía unos veinte minutos que viajaba en él, bajé para meterme, mostrando la mayor naturalidad en el hotel más próximo.

En el vestíbulo, un vendedor de periódicos, automático, vociferaba los titulares de los acontecimientos del día, con una voz suave e impersonal:

-«El plan de Siskin de hacer una demostración pública del *Simulacron* - 3 tendrá lugar mañana por la mañana.» ¡La máquina que resuelve los principales problemas de las Relaciones Humanas!

Pero como la estrategia de Siskin tenía muy poco interés para mí, me dirigí hacia la parte más alejada del vestíbulo, y allí encontré un par de sillas, medio ocultas tras una enorme planta natural. Macilento e insensible me dejé caer en la más próxima de las dos.

-¡Doug, eh, Doug...!, ¡despierta!

Sin duda, el cansancio, me debió rendir, y me había quedado dormido. Pero volví inmediatamente en mí, y de lo primero que me di cuenta fue del peso que notaba sobre las piernas. Después abrí los ojos y vi a Jinx sentada en la silla de al lado. Hice mención de levantarme y ella puso una mano sobre mi brazo. Hice una torsión con el cuerpo para evitar su contacto, y me quise alelar hacia el otro lado del vestíbulo. Pero mis piernas estaban como clavadas al suelo y casi caí. Me quedé temblando, tratando desesperadamente colocar un pie frente al otro.

Ella se levantó y me instó para que volviera a la silla. Consternado bajé la vista para mirarme las piernas.

- Sí, Doug - dijo ella -. Yo te las paralicé para que no pudieras escapar de mi lado.

Entonces vi la culata del diminuto revólver que asomaba todavía en su bolso.

- Lo sé todo - chillé casi -. ¡No eres una de los nuestros! ¡Ni tan siquiera eres una unidad ID!

En su rostro no apareció el menor atisbo de sorpresa.

- Es verdad - dijo pausadamente - Y ahora sé, estoy enterada de todo cuanto tú sabes. Pero no era así hace una hora, cuando estábamos en la cabaña. Por eso me retiré hacia el bosque. Tenía que averiguar hasta qué extremo estabas al corriente de las cosas, si Sabías mucho o poco de la verdad, o hasta qué punto él te había dejado saber.

-¿Él? ¿Quién?

- El operador.

- Entonces, ¿hay un operador? ¿Hay un mundo simuelectrónico?

No contestó.

- Y tú eres..., ¿una proyección? - pregunté.

- Sólo una proyección - Se sentó.

Creo que me hubiera quedado más tranquilo si me lo hubiera negado. Sin embargo, ella se mostraba cariacontecida, dándome tiempo para que me diera cuenta por completo, de que yo no era más que una Unidad Reaccional.

Se inclinó hacia mí.

-¡Pero estás equivocado, Doug! ¡No estoy tratando de engañarte! Sólo quiero ser útil.

Me llevé la mano a mi mejilla herida, y me miré las piernas paralizadas. Pero ella no interpretó el gesto con la misma intención sarcástica que yo lo había hecho. En lugar de ello dijo:

- Cuando me fui esta mañana, era porque quería saber hasta qué punto tú estabas enterado de todo. Tenía que ver hasta qué extremo sospechabas. Y de esa forma sabría por dónde empezar a explicarte lo que te tenía que decir.

Puso la mano de nuevo sobre mi brazo y yo la aparte:

- Has estado casi completamente equivocado conmigo - continuó defendiéndose. Al principio me sentí desesperada al ver que trabajabas por descubrir una serie de cosas que estaban prohibidas para ti.

-¿El saber prohibido para todas las unidades ID?

- Sí. Hice cuanto estuvo en mi mano para mantenerte alejado. Naturalmente, yo fui quien destruyó las anotaciones en el estudio del doctor Fuller... Sólo físicamente. Pero eso fue un error. Con eso no conseguí más que atraer más tu atención sobre el asunto. En su lugar deberíamos haberte alejado de tales sospechas por medio de una reprogramación

simuelectrónica. Pero en aquellos días, estábamos demasiado ocupados, manejando a los encuestadores para que se lanzaran a la huelga.

Recorrió todo el vestíbulo con la mirada:

- Incluso programé a un encuestador para que se acercara a ti en la calle y te hiciera aquella advertencia de que debías desistir de tu empeño.

-¿Y a Collingsworth también? ¿También le hiciste que me hablara de ello?

- No. El operador fue el responsable de esta estrategia:

¿Acaso me querría hacer creer que ella no había tomado parte en el asesinato brutal de Avery?

-¡Oh, Doug! Intenté tantas veces conseguir que te olvidaras de la muerte de Fuller, que te olvidaras de Lynch y de tus sospechas... Pero la noche que me llevaste al restaurante, yo estaba dispuesta a admitirlo todo, a no negarte nada.

- Pero yo te dije aquel día que estaba convencido de que todo eran figuraciones de mi imaginación.

- Sí, ya lo sé. Sólo que no te creí. Pensaba que estabas intentando engañarme. Pero cuando me retiré de la proyección directa a últimas horas de aquella noche, el operador me dijo que había efectuado una investigación sobre ti. Me dijo que estabas completamente convencido de tu enfermedad pseudoparanoia, y que ahora ya podíamos concentrarnos en la destrucción del simulador de Fuller.

- Me di cuenta, al día siguiente cuando hablé contigo por el vídeo, de que habías entrado en mi casa tras de mí, Pero lo disimulé y tú pareciste aceptar la explicación. Al menos no hiciste nada que hiciera creer que sospechabas.

Me revolví sobre mi asiento:

- Y entonces tú te mostrarte enamorada de mí, confiando en que con ello, me mantendrías alejado de la verdadera pista.

Pareció luchar consigo misma para intentar demostrarme que no solamente me había estado manejando a su antojo. Pero en cambio dijo:

- Entonces, cuando te empezaron a ocurrir esas cosas ayer, vi que todo había ido mal. Mi primera intención fue correr hacia donde tú estabas lo antes posible. Pero cuando llegué allí, vi que no había actuado de la forma más aviesa, ya que no había previsto lo difícil que sería hablarte de esto sin saber hasta qué punto sospechabas de todo, y lo que realmente pensabas de mí.

»De modo, que en la primera oportunidad que tuve. Oh, no fue fácil, Doug. El operador había estado de una forma casi constante en contacto contigo. Yo tenía que coger un circuito paralelo. Tenía que hacerlo todo con el mayor de los cuidados para que no se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

»Pero cuando hice... lo vi todo inmediatamente, lo comprendí todo. No había *soñado...* Oh, Doug, ¡es tan inhumano, tan degenerado!

¿El operador?

Bajo la cabeza apesadumbrada:

- Yo sabía que él era algo así. Pero no me imaginaba hasta qué extremo. No sabía, que en gran parte, estaba jugando contigo, por el placer sádico que le pudiera proporcionar el juego.

Una vez más volvió a mirar hacia el vestíbulo.

-¿Qué estás buscando?

Se volvió hacía mi para decir:

- A la policía. Puede haberles programado haciéndoles saber que habías vuelto a la ciudad.

Ahora lo vi todo. Comprendí su propósito de tenerme allí sentado hablándome.

Quise apoderarme de su bolso, pero ella apartó la silla.

- Me puse en pie, y haciendo un esfuerzo sobrehumano fui hacia ella.

-¡No, no..., Doug! ¡No lo entiendes!

-¡Lo comprendo muy bien! - me dolían terriblemente las piernas porque apenas podían aguantar mi peso -. ¡Lo que intentas es tenerme aquí sujeto, hasta que el operador mande a la policía tras de mí!

-¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Tienes que creerme!

Comencé a cercaría, y casi había conseguido que no pudiera escapar.

Sacó el revólver y me paralizó los brazos y el pecho. Accionó el regulador del revólver, y haciendo más débil la intensidad de la descarga me paralizó ligeramente la garganta e incluso una parte de la cabeza.

Quedé erguido, tambaleándome como un borracho, los ojos medio cerrados, y los pensamientos turbios.

Guardó el revólver, me cogió por el brazo, teniendo precaución de no tocar el herido, y se lo pasó por el cuello. Me cogió por la cintura y fuimos hacia el ascensor.

Un matrimonio, ya mayor, pasó cerca de nosotros, y el hombre sonrió a Jinx, mientras que la mujer nos lanzó una mirada de reprobación.

Jinx sonrió a su vez y les dijo:

-¡Oh, el recato y los convencionalismos...!

En la planta quince, se debatió contra mi peso casi muerto, para llevarme hacia la primera puerta de la izquierda. Abrió la puerta y entramos.

- Tomé esta habitación poco antes de que te despertaras en el vestíbulo - me explicó -. No creí que sería tan fácil.

Me dejó tumbado sobre la cama, y luego se quedó mirándome. Y yo me pregunté qué habría tras de aquella expresión impasible y tras sus facciones tan atractivas. ¿Triunfo? ¿Piedad? ¿Inseguridad?

Sacó el revólver de nuevo, y apuntó hacia mi cabeza:

- No tenemos que preocuparnos por el operador por ahora. Gracias a Dios tiene que descansar cierto tiempo. Y tú también necesitas descansar.

Y sin temblarle el pulso apretó el gatillo.

CAPITULO XVI

Cuando desperté la oscuridad de la habitación, no era más que una débil barrera contra las luces de la ciudad que se filtraban por la ventana. No me moví, con la intención de que ella no se percatara de que había vuelto en mí, hasta que no supiera dónde estaba ella. Imperceptiblemente, moví un brazo, y luego una pierna. No tenía dolor alguno. La verdad es que me había paralizado con mucho cuidado, y por tanto no se produjeron los desagradables efectos de la postparalización.

Noté que algo se movía en la silla que había al lado de la cama. Si pudiera volver la cabeza en aquella dirección, quizá pudiera averiguar dónde estaba el revólver.

Llegué al convencimiento de que había estado dormido, al menos durante diez horas. Y no había ocurrido nada. La policía de Siskin no había venido. El operador no me había hecho desaparecer. Y lo que era más significativo, Jinx no me había paralizado de una forma mortal, siendo que en la habitación del hotel hubiera sido el modo más fácil de deshacerse de mí.

-¿Estás despierto, verdad? - sus palabras vibraron en la habitación en penumbras.

Me revolví ligeramente y luego me senté.

Ella se levantó, y encendió la luz. Después se acercó a la cama.

-¿Te encuentras mejor ahora?

No respondí.

- Comprendo lo asustado que debes estar - dijo sentándose a mi lado -. Yo también. Por eso precisamente no debíamos trabajar el uno contra el otro.

Recorrí la habitación con la vista.

- El revólver está allí - dijo señalando el brazo de la silla. Después, como para demostrar su sinceridad, fue hacia él, lo cogió y me lo ofreció.

Tal vez, después de haber despertado de mi letargo, me sentía más inclinado a creerle. Pero esta sensación se hacía más tranquilizadora teniendo el arma en mi bolsillo que no en su posesión. Lo cogí.

Se acercó a la ventana, y contempló la noche artificialmente iluminada.

- Te dejará tranquilo hasta mañana. El operador me refiero.

Puse los pies sobre el suelo, para probar la resistencia de mis piernas. No notaba pesadez alguna. No quedaba la menor huella de haber sido paralizado, ni siquiera a juzgar por el dolor de cabeza que suele seguir siempre a aquel estado.

Se volvió hacia mí:

-¿Tienes hambre?

Asentí.

Fue hacia el mueble-bar y abrió la puerta. De allí sacó una bandeja con comida y la puso en una silla junto a la cama.

Di unos bocados y luego dije:

- Evidentemente, quieres que me convenza de que me estás ayudando.

Hizo un gesto con los ojos de desconfianza y respondió:

- Sí. Pero no puedo hacer nada para convencerte.

-¿Quién eres?

- Jinx. Pero no Jinx Fuller. Otra. No importa. Los nombres no importan.

-¿Y qué le ocurrió a Jinx Fuller?

- Nunca existió. No existió hasta hace unas semanas

- hizo un gesto antes de que pudiera protestar y añadió -: Si, ya lo sé. Se que vas a decirme que la conociste durante muchos años. Pero tal cosa no es más que debida a los efectos de la reprogramación. Mira, ocurrieron dos cosas al mismo tiempo. El doctor Fuller llegó a averiguar la verdadera naturaleza de su mundo. Y, desde allí, nos dimos cuenta de que el simulador del doctor Fuller era una complicación que debía ser eliminada. De modo que decidimos colocar aquí un observador que estuviera siempre a la expectativa de los acontecimientos.

-¿Decidimos? Se refiere a..., ¿quién?

Ella alzó los ojos un momento:

- Los ingenieros simuelectrónicos. Y yo fui seleccionada como observador. Por medio de una retroprogramación, creamos la ilusión de que Fuller había tenido una hija.

-¡Pero si la recuerdo cuando era niña!

- *Todos* - cualquier unidad reaccional la recuerda como una niña. Ése era el único medio de justificar mi presencia aquí.

Comí un poco más.

Miró hacia la ventana y añadió:

- Aún faltan algunas horas hasta el amanecer. Hasta entonces estaremos a salvo.

-¿Por qué?

- Ni aun el operador puede aguantar en su puesto las veinticuatro horas del día. Este mundo es un equivalente en el tiempo al real, al auténtico.

Aunque no llegaba averiguar la razón, ella tenía que estar aquí con algún propósito: o bien para ayudar al operador a destruir el simulador de Fuller, o para llevar a cabo mi propia eliminación. No cabían más posibilidades. Pues yo me imaginaba a mí mismo descendiendo al mundo contrahecho, falseado del simulador de Fuller. Allí, me consideraba a mi mismo como la proyección de una persona real, en contraste con los caracteres puramente análogos que me rodeaban. Y me parecía imposible verme unido en algún modo con las preocupaciones e inquietudes provenientes de los asuntos insignificantes de aquellas subestimadas unidades TD.

-¿Y cuál es tu propósito al estar aquí?

- Quiero estar contigo, cariño.

¿Cariño? ¿Pero tan tonto se creía que era yo? ¿Se creía que iba a convencerme de que una persona *real* podría enamorarse de una unidad reaccional... *una sombra simuelectrónica?*

Aparentemente desmoralizada, se llevó los dedos a los labios:

-¡Oh, Doug! ¡No sabes lo salvaje e inhumano que es el operador!

- Sí que lo sé - dije amargamente.

- No me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que me acoplé contigo ayer. Entonces vi con claridad cuanto sucedía. Mira, tiene autoridad absoluta sobre su simulador, y por consiguiente sobre este mundo. Me imagino que se cree un dios. Al menos ha empezado: a ver las cosas de esa forma.

Hizo una pausa y se quedó mirando al suelo:

- Al principio creí que era sincero, al tratar de programar la destrucción del simulador de Fuller. Tenía que serlo, porque si la máquina de Fuller llegaba a tener éxito, no habría cabida aquí para nuestro sistema de localización de datos y respuestas, a través de los encuestadores. También era sincero, me imagino respecto al hecho de quitar de en medio humanamente a cualquier unidad reaccional que se diera cuenta de su naturaleza simuelectrónica. Cuando tú le saliste al paso, quiso matarte... rápidamente, clínicamente. Pero sucedió algo. Creo que penso en el gran placer que llegaría a sentir poniéndote tras sus pasos. Y entonces, decidió no deshacerse de ti, al menos tan rápidamente.

La interrumpí para decir como si hablara conmigo mismo:

- Collingsworth dijo que comprendía que los simuelectrónicos pudieran llegar a verse a sí mismos come dioses.

Ella me miró fijamente:

- Y recuerda: cuando Collingsworth te habló había sido programado por el operador para decirlo así.

Comí un poco más y quité la bandeja.

- Hasta ayer no me di cuenta - continuó - de que él podía haber resuelto su problema, en lo que a ti se refiere, en el momento en que hubiera querido, con el solo hecho de reorientarte. Pero no. Se recreaba en el hecho perverso de dejarte acercar cada vez más al secreto de Fuller, para después lanzarte hacia algo parecido a lo que hizo con Collingsworth.

Quedé envarado:

-¿Crees que también querrá mutilarme.. .?

- No lo sé. No hay manera de saber qué es lo que hará. Esa es la razón por la que me quiero quedar aquí contigo.

-¿Y qué puedes hacer tú?

- Tal vez nada. De momento no nos queda más que esperar.

Me rodeó entre sus brazos. ¿Esperaba ella que pensara, que porque alguien allá arriba me había escogido para torturarme, iba a necesitar de su compasión?

- Jinx era una persona material. Yo no soy más que un filamento de la imaginación de alguien. ¡No puedes estar enamorada de mí!

Retrocedió unos pasos, visiblemente herida en su amor propio.

-¡Oh, pero sí que lo estoy, Doug! Es tan difícil de explicar.

Comprendí que sí que debería serlo. Se sentó en el borde de la cama y me miró con incertidumbre. Sus ojos brillaban de un modo especial. Era evidente que estaba a punto de explicarme cómo podía amarme en aquellas circunstancias.

Me metí la mano en el bolsillo y cogí el revólver, sin sacarlo. A tientas comprendí que estaba en situación de disparo. Lo saqué y me volví rápidamente hacia ella.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, hizo mención de levantarse:

-¡No, Doug..., no lo hagas!

La paralicé de un modo superficial, sobre la cabeza, y cayó inconscientemente sobre la cama. Aquello la mantendría así al menos durante una hora.

Entre tanto podría pensar, libre de la coacción de su presencia. Y casi inmediatamente vi lo que tenía que hacer a continuación.

Dándole vueltas en la cabeza a mi plan, me estuve lavando, y me afeité con la máquina del lavabo. En el autoservicio que había en la habitación, puse unas monedas en el lugar destinado a mi talla, y esperé a que saliera una cápsula envuelta en plástico.

Una vez refrescado miré la hora. Era más de media noche. Volví a la habitación y observé a Jinx. Le dejé el revólver sobre la almohada, y me arrodillé junto a la cama. Su pelo negro brillaba de un modo por demás atractivo. Enterré mi mano en él, hasta que llegué al cuero cabelludo. Al fin encontré la sutura sagital, y la exploré detenidamente hasta que encontré la minúscula depresión que buscaba.

Sin levantar el dedo de aquel sitio, cogí el revólver y lo coloqué en el lugar exacto donde había estado mi dedo. Apreté una vez el gatillo, y luego otra vez como medida de seguridad.

Me sorprendió momentáneamente como ser irracional, el haber conseguido una acción *física,* sobre una proyección intangible. Pero la ilusión de la realidad, era, tenía que ser tan completa, que todas las cosas pseudofisicas, eran debidamente traducidas a efectos simuelectrónicos análogos. Las proyecciones no eran una excepción.

Me retiré un poco. Con sus centros volitivos bien paralizados, me podría creer todo lo que dijera, al menos durante varias horas.

Me incliné sobre ella:

- Jinx, ¿me oyes?

Sin abrir los ojos, asintió.

- No tienes que desaparecer - ordené -. ¿Lo entiendes? No tienes que desaparecer hasta que yo lo diga.

Asintió de nuevo.

Quince minutos después, empezó a despertar.

Yo estaba paseando frente a ella, cuando se sentó en la cama, todavía un tanto conmocionada por el último tratamiento. Sus ojos aunque ausentes, tenían lucidez.

- Levántate - dije.

Y se puso en pie.

- Siéntate.

Y obedeció.

Era evidente que había dado en el blanco de su centro volitivo.

Le lancé la primera pregunta:

- De lo que me dijiste, ¿cuántas cosas eran mentira? Sus ojos continuaban mirando hacia la nada. Su expresión era fría.

- Ninguna.

Quedé sorprendido. ¡Pero todo no podía haber sido verdad!

Pensando en la primera vez que la vi, pregunté:

-¿Te acuerdas del dibujo de Aquiles y la tortuga?

- Sí.

-¿Pero después me negaste que tal dibujo hubiera existido?

No dijo nada. Y comprendí su silencio. No le había hecho una pregunta o forzado a hacer una declaración.

-¿Negaste después que hubiera existido tal dibujo?

- Sí.

-¿Por qué?

- Porque mi propósito era sacarte de aquella pista, y bloquear tus pasos para que no llegaras al conocimiento de algo que podía ser vital.

-¿Por que eso era lo que quería el operador?

- Sólo en parte.

-¿Y por qué más?

- Porque me había enamorado de ti y no quería verte envuelto en circunstancias peligrosas.

Quedé de nuevo anonadado. Pues sabía que era imposible para ella sentir un afecto genuino hacia mí, igual que lo seria para mí, el verme amorosamente ligado a una de las unidades ID del simulador de Fuller.

-¿Y qué fue del dibujo?

- Fue desprogramado.

-¿Sobre el mismo sitio donde estaba?

- Sí.

- Explícame cómo se hizo.

- Sabíamos que estaba allí. Después de que el operador hubo preparado la muerte de Fuller, me pasé una semana anulando toda activación de memoria o recuerdo que hubiera podido quedar tras su «descubrimiento». Nosotros...

La interrumpí:

- Entonces os debisteis dar cuenta de que él había hecho partícipe de su descubrimiento a Morton Lynch.

Se quedó mirando al frente, sin responder. No había sido una pregunta.

-¿Os disteis cuenta de que había comunicado su descubrimiento a Lynch?

- Sí.

-¿Por qué no hicisteis desaparecer a Lynch inmediatamente?

- Porque hubiera sido necesario llevar a cabo la reorientación de muchas unidades reaccionales.

- Las hubierais tenido que reorientar de todos modos, cuando llegara el momento de desprogramar a Lynch - esperé dándome cuenta de inmediato que no había formulado pregunta alguna. Lo volví a repetir: ¿Pero qué no queríais reorientar a este mundo en el sentido de que Lynch no había existido nunca?

- Porque daba la impresión de que no diría una palabra de lo que Fuller le había confiado. Creíamos que al final le convenceríamos de que sólo habían sido imaginaciones suyas el hecho de que Fuller le dijera que este mundo no era... nada.

Hice una pausa para poner en orden mis pensamientos:

- Me estabas hablando de cómo había desaparecido el dibujo de Fuller. Continúa con tu explicación.

- Cuando estábamos llevando a efecto la anulación total de sus conocimientos, encontramos el dibujo. Cuando fui a Reactions a recoger sus efectos personales, tenía que

buscar también otros datos que nosotros no hubiéramos captado. El operador decidió hacer desaparecer el dibujo en el preciso momento, para que pudiéramos probar la eficiencia del modulador.

De nuevo estaba paseando frente ella, satisfecho de ver que por fin me enteraba de toda la verdad. Pero quería saberlo todo.

- Eres una persona real allá arriba, ¿cómo puedes mantener una proyección de ti misma aquí? - La pregunta me la había sugerido el darme cuenta de que yo no me podía quedar *indefinidamente* en el simulador de Fuller.

Respondió mecánicamente, sin muestra alguna de emoción o interés.

- Cada noche, en lugar de dormir, vuelvo allí. Y durante el día, cuando veo que no es necesaria mi presencia con las unidades reaccionales de aquí, vuelvo también.

Era lógico. El tiempo de una proyección era equivalente al tiempo pasado durmiendo. De esa forma, la necesidad biológica del descanso, estaba satisfecha. Y mientras estaba fuera de este mundo podía atender a otras necesidades físicas.

La miré para preguntar tajantemente:

-¿Y cómo explicas el que puedas estar enamorada de mí?

Sin inmutarse respondió:

- Te pareces mucho a alguien que en un tiempo amé allá arriba.

-¿A quién?

- Al operador.

No sabría describir el efecto que me produjo aquella revelación. Recordé ahora, cómo durante los procesos de acoplamiento con el operador, había tenido siempre la impresión indefinida de que entre ambos había una gran similitud. Esto lo probaba.

-¿Quién es el operador?

- Douglas Hall.

Retrocedí sin dar crédito a mis oídos:

-¿Yo?

- No.

-¡Pero si eso es lo que acabas de decir!

Silencio.

-¿Cómo puede el operador *ser yo* y *no ser yo* al mismo tiempo?

- Es algo como lo que hizo el doctor Fuller a Morton Lynch.

- No lo comprendo - al ver que no recibía respuesta alguna, insistí -: Explícamelo.

- Fuller reencarnó graciosamente a Lynch, reproduciéndolo como uno de sus caracteres en el simulador. Douglas Hall se reprodujo a *sí mismo,* como uno de los caracteres, de los tipos de *su* simulador.

-¿O *sea* que soy exactamente igual al operador?

- Hasta cierto punto. El parecido físico es perfecto. Pero hay divergencias en los rasgos psicológicos. Estoy convencida ahora de que el Hall de allá arriba es un megalomaníaco.

-¿Y por eso dejaste de amarle?

- No. Había dejado de amarle mucho antes. Empezó a cambiar hace años. Creo que ahora debe estar atormentando a otras unidades reaccionales también. Primero las tortura, y luego las desprograma para ocultar cualquier evidencia que pudiera quedar en sus circuitos.

Fui hacia la ventana y contemplé el cielo que comenzaba a despejar las tinieblas de la noche.

Ahora que empezaba a comprender su actitud, sus motivos, sus reacciones. Me volví hacia Jinx:

-¿Y cuándo te diste cuenta de que el operador había programado su equivalente simuelectrónico en su máquina?

- Cuando empecé a prepararme para esta proyección.

-¿Por qué crees que lo hizo?

- De momento no lo llegué a saber. Pero ahora sí. Estaba relacionado con las motivaciones del inconsciente. Una especie de efecto de Dorian Gray. Era un expediente masoquista.

-¿Cuánto tiempo he estado aquí?

- Diez años, con una retroprogramación adecuada para que no sospecharas nada.

-¿Y cuántos años hace que funciona el simulador?

- Quince.

Me senté en la silla terriblemente confundido. Los científicos se habían pasado cientos de años, examinando las rocas, estudiando las estrellas, investigando los fósiles, analizando la superficie de la luna, tratando de hallar siempre las teorías más lógicas y que venían a

demostrar, por fin, que nuestro mundo existía desde hacia cinco millones de años. Y en realidad no hacía más que quince años. ¡Era horrible!

En el exterior, los primeros destellos del amanecer empezaban a aparecer en el horizonte. Casi llegaba a comprender ahora cómo Jinx había llegado a amar a alguien que no era real.

- Me viste por primera vez en el despacho de Fuller - le pregunté de pronto -, y, ¿te diste cuenta de que no era más el Douglas Hall de quien te habías enamorado que el que dejaste allá arriba?

- Te había visto muchas veces con anterioridad a aquella ocasión, mientras preparaba mi proyección. Y cada vez, estudiaba tus maneras, tu forma de hablar, me inmiscuía en tus pensamientos, y me convencí de que el Douglas Hall que había perdido allá arriba, estaba ahora aquí en su mismo simulador.

Me acerqué a ella y la cogí de la mano. Ella no hizo gesto alguno.

-¿Y ahora quieres quedarte aquí conmigo? - le pregunté ridiculizando ligeramente su decisión

- Tanto como pueda. Hasta el final.

Estuve a punto de ordenarle que se fuera a su propio mundo... Pero me acordé de que no le había hecho una de las preguntas más importantes

-¿Ha decidido el operador qué es lo que va a hacer con el simulador de Fuller?

- Ya no puede hacer nada. La situación se le ha escapado de las manos. Casi todas las unidades reaccionales de aquí, están ansiosas por luchar para proteger la máquina de Fuller porque creen que transformará su mundo en una auténtica utopía.

-¿Y entonces pues - pregunté -, va a destruirlo?

- Tiene que hacerlo. No le queda otra solución. Lo pude comprobar por mí misma la última vez que estuve allí

Apesadumbrado, pregunté:

-¿Cuánto tiempo nos queda?

- Está esperando solamente el llevar a cabo la formalidad de consultar con sus representantes consultivos. Y lo hará esta misma mañana. Después cortará el circuito principal.

CAPITULO XVII

El día avanzaba a pasos agigantados y yo contemplaba la ciudad en aquellas horas en que empezaba a tomar vida. Muy alto, vi unos aerobuses del Ejército que al parecer se dirigían a Reactions sin duda para efectuar el cambio de la guardia.

¡Qué inconsecuente parecía todo! ¡Qué infructuosos todos los propósitos! ¡Qué estúpidas y ajenas a todo eran las unidades reaccionales que había por aquellas calles! Era el día del Juicio Final. Pero sólo yo lo sabía.

En un momento la vida tomaría su curso normal, las gentes correrían de un lado a otro, preocupadas por sus quehaceres, no sospechando ni por un momento la verdad de su vida. En el bosque los árboles continuarían agitándose mecidos por el viento, y el lago estrellaría sus olas contra las rocas.

Y a los pocos minutos, toda ilusión desaparecería. El incesante aglutinamiento de sustancia motivadora, se detendría de repente, dejaría de producirse el salvo constante del cátodo al ánodo. Y en aquel instante la aparente realidad quedaría traducida a la nada de los circuitos neutralizados. Un universo se perdería para siempre en un momento fatal de total entropía simuelectrónica.

Me volví para contemplar a Jinx. Todavía no se había movido. Me acerqué y la miré nuevamente. Era hermosa hasta en aquel estado de inmovilidad. Había intentado ocultarme la horrible verdad de que el fin de la creación era inminente. Y me había amado. Lo suficiente como para compartir mi desdicha.

Me incliné y tomé sus mejillas entre mis manos, sintiendo la suavidad de su rostro. Aquí, no era más que la proyección de su yo físico. Debía ser igual de hermosa allá arriba. Tenía una elegancia de facciones y de líneas que no podían dejarse perder en un espíritu de sacrificio basado en una devoción falsa.

Alzando la cabeza, la besé en la frente, y después en los labios. ¿No había notado yo también en mis labios la suavidad de su beso? Hubiera dicho que sí. Y eso significaba que la anulación volitiva a que la había sometido, comenzaba a recobrar su estado de nuevo.

No podía correr el riesgo de que esto ocurriera. No podía consentir que quedara atrapada aquí, cuando llegara el momento final de la existencia simuelectrónica. Si así ocurriera, será el fin físicamente también para ella, al mismo tiempo que el de su proyección sobre mi mundo.

- Jinx.

- ¿Sí? - parpadeó por primera vez desde hacia muchas horas.

- Vas a desaparecer ahora - le ordené -. Y no volverás a proyectarte de nuevo.

- Desapareceré y no me volveré a proyectar.

Retrocedió dos pasos y esperé.

Al cabo de un momento repetí impaciente:

- Desaparecerás..., *¡ahora!*

Se puso a temblar y su imagen se hizo indistinta, como si lo fuera a conseguir. Pero volvió a recobrar su estado y una vez más dio sensación de solidez.

-¿Qué pasaría si no conseguía hacerla volver? Desesperado cogí el revólver. Si volvía a actuar sobre sus centros volitivos...

Pero me quedé dudando:

-¡Jinx! ¡Desaparece! ¡Te lo ordeno!

Su rostro adquirió una expresión de protesta y de súplica.

- No, Doug murmuró débilmente -. No hagas...

-¡Desaparece! - grité.

Su imagen pareció nublarse de nuevo. Después se fue.

Volví a meter el revólver en el bolsillo y me dejé caer desesperado sobre el borde de la cama. ¿Y ahora qué? ¿Podía hacer algo excepto esperar? ¿Cómo iba uno a querer oponerse a un adversario que era omnipotente y un todopoderoso megalomaníaco.

¿Cuándo llegaría? ¿Me dejaría en paz basta aquel momento o jugaría al ratón y al gato conmigo? ¿Era mi fin coincidir con la desprogramación general de todo y de todos? ¿O tendría preparado algo especial para mí, como iniciación a la ruina universal? ¿Me tendría preparado algo similar a lo que había hecho con Avery Collingsworth?

Tratando de olvidar la proximidad de aquel momento, me pregunté si se podría hacer algo desde aquí abajo para hacerle cambiar de parecer respecto a la destrucción de su creación simuelectrónica.

Empecé a reparar en los hechos. La utilidad de su máquina era irrevocablemente amenazada. Fuller había perfeccionado un simulador dentro de un simulador, pretendiendo el interior realizar las mismas funciones que el exterior. La finalidad de ambos era pulsar la opinión pública solicitando respuestas de los análogos a los seres humanos, siendo tales respuestas prioritarias a las de las personas.

Llevando a cabo tal propósito, la máquina de Fuller, haría imposible el funcionamiento del simulador más grande. Pues cuando Reactions empezara a proporcionar predicciones sobre marketing, sobre el gobierno, instituciones religiosas y sociales de los trabajadores, y cosas por el estilo, los encuestadores no tenían nada a hacer.

La solución era simple: Tendría que haber algún medio de proteger a la ARM para poder continuar proporcionando datos al simulador más grande, y que serían los facilitados por las unidades reaccionales de aquí.

¿Pero cómo?

No había ni una unidad ID en existencia, fuera de la organización de ARM, que se sumara a la defensa del simulador de Fuller. Y era porque Siskin les había prometido mucho de ella.

Oh, el operador hubiera podido destruir el simulador de Fuller con facilidad. Con otra bomba. O con una descarga eléctrica. Pero eso no resolvería nada. Pues no solamente habría un movimiento universal de reconstruirlo inmediatamente, sino que las unidades reaccionales harían responsables a los encuestadores y se lanzarían de lleno contra la ARM.

De cualquier modo que se mirara, la ARM estaba desahuciada.

De nuevo junto a la ventana, vi el enorme disco rojizo del sol que se abría paso en el cielo, forzando a las sombras a quedar tras él. Era un sol que nunca llegaría a alcanzar su cenit.

De pronto presentí que alguien estaba en la habitación conmigo. Era como la sutil percepción de que alguien se había movido tras de mí, con una pisada casi inaudible.

Sin traicionar ni el hecho de que me había dado cuenta, metí distraídamente la mano en el bolsillo. Saqué el revólver y me giré rápidamente.

Era Jinx.

Se quedó mirando el arma.

- Eso no serviría de nada, Doug.

Me contuve pero sin dejar de apoyar el dedo sobre el gatillo.

-¿Por qué no?

- Aunque dispares sobre mí tanto como quieras no serviría de nada. Puedes apartar de mí, mi poder de voluntad. Pero cada vez que me obligues a marchar, el cambio me libera de la parálisis volitiva. Y al momento volveré.

- Frustrado me metí el revólver en el bolsillo. Actuando por la fuerza no conseguiría nada. Tenía que encontrar otro medio. ¿Y si recurriera al razonamiento? ¿Si la hiciera comprender que tenía que estar lejos de aquí cuando aquello ocurriera?

Vino hacia mí:

- Doug..., te amo. Y tú me amas. Lo vi perfectamente en el acoplamiento. No necesito otra razón para estar contigo.

Quiso rodear mi cuello entre sus brazos, pero yo me aparté

- Si estuviéramos acoplados ahora, comprenderías que no te quiero aquí.

- Lo comprendo, cariño. Creo que a mí me sucedería igual. Pero a pesar de todo no volveré allí.

Había seguridad en sí misma, en sus movimientos y en sus palabras en el momento en que se acercó a la ventana para mirar hacia la ciudad.

- El operador no ha vuelto a cargar sobre ti, ¿verdad? - me preguntó.

- No - y entonces vi lo que tenía que hacer si quería que ella saliera de este mundo (y mantenerla lejos) antes de que tuviera lugar la desprogramación universal.

- Tenias razón respecto a su acoplamiento técnico - dijo pensativa -. Normalmente la unidad reaccional no se da cuenta de ello. Pero hay un medio de que la experiencia resulte tan dolorosa como quieras para el sujeto. Todo cuanto hay que hacer es desfasar un poco el modulador.

No había estado bromeando cuando me dijo que tantas como paralizara sus centros volitivos, volvería. La solución pues, era ordenarle que lo hiciera, precisamente en el *momento* final, cuando ya no tuviera tiempo para volver.

La cogería desprevenida, la sometería a la paralización de los centros volitivos... y entonces. Eso la reduciría a una automatización obediente. Y haría lo que yo quisiera. Y entonces podría sentarme y esperar el menor indicio de que la desprogramación era inminente. Tal vez el sol, o quizás otras cosas fundamentales, serían los primeros en perder su existencia. Cuando tal cosas ocurriera, me dirigiría hacia ella, la obligaría a desaparecer, y entonces no tendría más que esperar a que no fuera demasiado tarde para su reproyección.

Pero cuando me fui hacía ella con el revólver en la mano, se vio mi silueta reflejada en la ventana.

- Quita eso de ahí, Doug - dijo tranquilamente -. Está descargado.

Miré el medidor de carga. Estaba a cero.

Cuando me mandaste allí, pude haber vuelto antes - me explicó -. Pero me llevó cierto tiempo el programar la descarga del revólver - se dejó caer sobre un sillón, encogiendo las piernas sobre él.

Cariacontecido me fui hacia la ventana. En el exterior, las calles estaban ya llenas de gente. La mayor parte de los viandantes iban camino de Reactions. La demostración pública que Siskin había anunciado, había producido una atracción inaudita.

Me volví de pronto:

-¡Pero Jinx! ¡Si no soy nada!

Ella sonrió:

- Y yo tampoco lo soy... ahora.

- Pero tú eres *real, auténtica, verdadera.* ¡Tienes una vida física completa ante ti!

Me hizo señas para que me acercara:

-¿Y cómo sabes tú que la *más real de las realidades,* no daría un resultado subjetivo, si se la sometiera a un análisis total? Nadie puede demostrar su existencia, ¿no es cierto?

-¡Déjate de filosofías!- dije alzando los brazos -. Estoy hablando de algo directo, algo que tiene un significado. Tú tienes un cuerpo y un alma. ¡Y yo no!

Sin dejar de sonreír, me clavó una uña en el dorso de la mano:

- Ahí tienes. Esto convencería a todo el mundo de que tiene un cuerpo.

La tomé por los brazos y la atraje hacia mí:

-¡Por Dios te lo pido, Jinx! - le rogué, viendo que estaba perdiendo terreno, en mi obstinación de que volviera a su mundo. ¡Te estoy hablando en serio!

- No, Doug - dijo pensativamente -. No hay seguridad en ninguna parte, ni aun en mi propia existencia física, de que las cosas materiales sean realmente materiales y sustanciales.

»Y en cuanto al alma, ¿dijo alguna vez alguien que el espíritu de una persona, estuviera asociado en mayor o menor grado, a algo físico? Si éste fuera el caso, entonces un enano amputado, tendría que tener menos alma que un gigante tiroides... en el mundo de cualquiera.

Me limité a mirarla.

-¿No lo comprendes? Simplemente porque estemos aquí, no tenemos por qué reemplazar nuestro concepto de Dios por el de un omnipotente y megalomaníaco operador de un simulador de medio ambiental.

Empezando a comprender, asentí.

- Es el intelecto lo que cuenta - dijo con convicción -. Y si hay una vida más allá, no habrá discriminación para las unidades reaccionales de este mundo, las unidades ID del simulador de Fuller, o para la gente real de mi propia existencia.

Recostó su mejilla contra mi hombro:

- No hay esperanza para la salvación de este mundo, Doug. Pero no me importa. De verdad que no. Mira, te perdí allá arriba pero te he encontrado aquí abajo. Si nuestros papeles estuvieran cambiados, a ti te ocurriría lo mismo y yo lo comprendería.

La besé, como si el momento siguiente fuera el último ante la desprogramación.

Pensó unos instantes y me dijo:

- Si supiera que él iba a dejar este mundo tranquilo durante unos días más, volvería allí..., pero sólo para cambiar el voltaje del modulador. Y después volvería contigo. Al cabo de unos segundos, el acoplamiento entre mi proyección aquí, y mi físico allí, se rompería totalmente. Y entonces formaría parte integral de este mundo simuelectrónico.

No supe qué decir. Había tratado de convencerla, pero en cambio, me había convencido ella a mí.

El sol se había elevado, y hacía penetrar sus rayos por la ventana.

-¿Todavía no ha operado sobre ti? - me preguntó.

- No. ¿Por qué?

Tengo miedo, Doug. Tal vez se decida por entretenerse un poco contigo antes de que desconecte el simulador.

Noté cómo sus hombros se estremecían y la rodeé entre mis brazos.

-¿Me lo dirás cuando estés acoplado? - me pidió.

Le dije que sí, pero una vez quise saber por qué.

- Porque podría provocarle alguna reacción cuando sepa que estoy aquí... para siempre.

Me puse a pensar en el Douglas Hall de la otra existencia. En cierto modo, él y yo, éramos diferentes facetas de una misma persona. La frase «a su imagen» vino a mi memoria, pero no quise profundizar en lo que para mí era ya falsa teología. Él era una persona; y yo era una persona. Él disfrutaba de una infinita ventaja sobre mí, naturalmente. Pero aparte de esto, todo cuanto nos separaba, era una barrera simuelectrónica... una barrera que había pervertido su perspectiva, que había enturbiado su mente, que le había proporcionado grandeza y que le había convertido en un megalomaniáco.

Había torturado y asesinado de una forma grotesca, y había manejado a las unidades reaccionales con brutal indiferencia. Pero moralmente, ¿era culpable de algo? Se había apoderado de algunas vidas... la de Fuller y la de Collingsworth. Pero en realidad nunca habían existido. Su única realidad, su único sentido y sensación del ser, había sido la percatación subjetiva que él les había proporcionado a través del intrincado circuito de su simulador.

De pronto me detuve en mis razonamientos. No iba a ser yo el apologista del supremo Hall. Había asesinado de un modo abominable. No había habido ni la menor huella de compasión en disposición que había adoptado con aquellos análogos que habían visto a través de la ilusión de la realidad. Y no había matado simplemente a unidades reaccionales. Había asesinado de un modo salvaje a seres humanos. Pues el estado de estar enterado de una cosa es la mejor medida de la existencia.

Cogito ergo sum, me recordé a mí mismo. Pienso, luego, existo.

Y así tenía que ser.

Me levanté y fui hacia la ventana por enésima vez, y volví a mirar hacia la calle. Incluso veía una parte del edificio de Reactions. Cientos de gentes angustiosas, impacientes, corrían de una parte a otra por ver la prometida demostración del simulador de Siskin.

-¿Todavía nada del operador? - preguntó Jinx.

Negué con la cabeza sin dejar de mirar por la ventana. Era la gente, las unidades de reacción mismas quienes habían hecho tomar aquella determinación al operador. Ellos mismos habían labrado su propia destrucción.

La presión de la opinión pública era como un sólido escudo protector del simulador de Fuller, que había que destruir para siempre si es que este mundo tenía que continuar su existencia.

En cierto modo era irónico, Siskin era el responsable de la actitud de la masa. Había manejado a la gente con mayor efectividad, con más atractivo psicológico, que el mismo operador en todo el proceso simuelectrónico.

Pues para cambiar el sentido de la insoslayable opinión pública, el simuelectrónico tendría que reprogramar a casi todas las unidades reaccionales. Era un trabajo demasiado enorme. Sería más fácil eliminar a todos los circuitos y volver a empezar otra vez.

De repente, quedé erguido, me giré hacia Jinx, con la boca abierta de estupor.

Ella vino hacia mí y me cogió por un brazo:

-¡Doug! ¿Es... *él?*

- No. Jinx, ¡creo que tengo un plan!

-¿Un plan para qué?

-¡Tal vez podamos salvar a este mundo!

Ella suspiró desesperanzada:

- No hay nada que nosotros podamos hacer desde aquí.

- Tal vez sí. Es una oportunidad remota, Pero es *algo.* Este mundo... el simulador del operador... no tiene salvación porque la gente, las unidades reaccionales, insisten en tener su *propio simulador* a cualquier precio. ¿No es eso?

Jinx asintió:

-¡Él no puede cambiar sus convicciones y actitudes de no llevar a efecto una total reprogramación!

-¡Él no puede! ¡Pero quizá yo sí pueda! Esas gentes de ahí fuera están todas de parte de Siskin porque creen que el simulador les va a transformar su mundo.

- Pero imagínate que se enteran de cuales son los verdaderos motivos. Supónte que descubren que Siskin lo único que quiere es convertirse en el dueño y señor absoluto. Que él y los suyos están conspirando precisamente contra ellos. Que no tiene la menor intención de hacer uso del *Simulacron* - 3 como medio de esclarecer el progreso social.

Frunció el ceño y yo no hubiera sabido decir si es que estaba consternada por mi sugerencia o si es que se estaba preparando para rebatirme mis argumentos.

-¿No lo entiendes? -~ continué -. ¡Destruirían el simulador ellos mismos! Se sentirían tan desilusionados y engañados que se volverían todos contra Siskin! Eso acabaría con él y los de su partido.

Ella continuaba sin mostrar entusiasmo alguno.

- Eso crearía una atmósfera general en la cual el simulador de Fuller, no volvería nunca a entrar en función. Y entonces sería fácil, para el operador de allá arriba, reorientar a unas cuantas unidades reaccionales como Siskin y Heath y Whitney. Podría canalizar de nuevo los intereses de éstos, hacia algo distinto a las simuelectrónicas.

-¿Pero eso no te liberaría a ti, Doug, no lo comprendes? Aún en el caso de que consiguieras salvar este mundo, no harías otra cosa que dar al operador un futuro ilimitado para aplicar toda la tortura simuelectrónica que pueda...

-¡No debe preocuparnos lo que me ocurra a mí! ¡Hay miles de gentes ahí, que ni si quiera sospechan lo que les va a ocurrir!

Pero yo comprendía su punto de vista. Mi simpatía por las unidades reaccionales tenía que ser necesariamente más profunda que la suya. Yo era uno de ellos.

Casi sollozando preguntó:

-¿Y cómo les vas a convencer de todas esas cosas acerca de Siskin? No queda mucho tiempo.

- Saldré ahí y les hablaré. Tal vez el operador vea lo que está sucediendo. Y entonces se dará cuenta de que no tiene que recurrir a destruir esta creación.

Se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared.

- No tendrás la oportunidad de decirles nada - dijo -. Siskin tiene a todas las fuerzas de policía buscándote: Te matarán en cuanto te vean.

La cogí por la muñeca y me fui hacia la puerta.

Pero ella se resistió con todas sus fuerzas:

Aunque lo consiguieras, cariño, aunque no te mataran en cuanto te vieran y lograras convencer a todo el mundo, no verían en ti, más que a una parte del complot de Siskin. ¡Te destrozarían!

La arrastré materialmente:

- Vamos. Te necesitaré de todos modos.

CAPÍTULO XVIII

Fuera, las calles estaban llenas de gente que se arremolinaban por todas partes para dirigirse hacia REIN. Antes de que llegáramos al final de la manzana de calles, nos subimos en un transportador de velocidad media. No había sitio para dos en el otro de mayor velocidad.

Por todas partes, el murmullo de las voces se alzaba como una ola. A veces éstas quedaban apagadas por el fragor de los aplausos. Al minuto siguiente, el coche particular de Siskin se dirigía para aterrizar en el aparcamiento privado que había frente a Reactions.

De pronto me di cuenta de un signo característico que era muy significativo: No había monitores de reacción. Comprendí que su ausencia, significaba que el ARM había abandonado sus funciones, y que por consiguiente, el simulador del mundo supremo, se había quedado sin sistema de conexión.

Jinx continuaba en silencio a mi lado, con la vista al frente y el rostro apesadumbrado por las cosas que nos estaban ocurriendo.

Yo también estaba preocupado, con pensamientos lejanos. Intenté imaginarme lo que estaría haciendo el operador. Puesto que nuestros mundos estaban basados en la equivalencia en el tiempo, probablemente a estas horas ya estaría despierto. Tal vez estaría reunido con sus consejeros en aquel momento. Un hecho muy significativo era que aún no se había acoplado conmigo. Pero no me cabía la menor duda de que buscaría el lazo simuelectrónico que había entre ambos tan pronto como los formulismos de la reunión se lo permitieran. Y eso evidenciaría que el final estaba cerca.

Ante la muchedumbre que había reunida, los transportadores sólo podían avanzar muy lentamente.

Jinx me apretó la mano con mayor firmeza

-¿Alguna señal de él?

- Todavía no. Me imagino que estará todavía reunido.

Pero en el mismo momento en que lo negaba, me di cuenta de que estaba acoplando conmigo. Notaba su presencia, mucho más débil que lo hubiera notado nunca, de todos modos.

El acoplamiento esta vez, no tuvo las repercusiones de mareos y dolor que tuvo en otras ocasiones. No sé como me di cuenta, de que por una vez se estaba limitando a observar impasiblemente. Si su intención era atormentarme, por alguna razón que yo desconocía se estaba esperando para mejor ocasión.

Miré hacia la izquierda, llevando a Jinx hacia mis sensaciones. Y entonces vi la sorpresa que se llevó al encontrarse con ella ante mí.

Inquieto, me pregunté por qué no habría empezado ya a atormentarme, o por qué no habría desfasado ya el acoplamiento del modulador. Pero comprendí la razón: Una de las más perniciosas formas de atormentar es dejar que la víctima se dé cuenta de que la angustia y el dolor son inminentes.

Como respuesta a tal pensamiento, el componente psíquico de su risa maliciosa, llegó hasta mí de una forma casi audible. Vi, que no podía perder el tiempo, cuanto más cuanto que no sabía el que me quedaba. Y esta nueva inquietud pareció proporcionarle un nuevo incremento de placer.

Abandonamos el transportador y continuamos a pie, mezclado entre la gente.

-¿Hall? - pensé.

No hubo respuesta. Entonces me acordé de que *el* acoplamiento era en un solo sentido.

Hall, creo que puedo salvarte a este complejo simuelectrónico.

Ni el menor síntoma de reacción. ¿Me estaría escuchando? Pero naturalmente, debía saber ya lo que yo planeaba. Debía haberlo Visto en el fondo de mis pensamientos.

Voy a hacer que esta muchedumbre ataque contra la máquina de Siskin. No me importa lo que a mí me ocurra.

¿Hasta qué punto le agradaría ver aquella humillación por mi parte?

Voy a tratar de hacer las cosas de tal manera que nadie pueda soportar, ni tan siquiera oír hablar del simulador de Siskin. Llegarán incluso a destruirlo. Y eso es exactamente lo que quieres. Pero no es necesario. Créeme. Pues podemos tener a ambos, al simulador de Siskin y a los monitores de reacción. Todo cuanto tenemos que hacer es procurar que REIN sea utilizado únicamente con fines de investigación para los problemas sociológicos.

Continuaba *sin* darme indicación alguna de que *se es*cuchaba a lo que le estaba diciendo.

Creo que conseguiré derivar la opinión pública contra Siskin. Y darán rienda suelta a su desilusión lanzándose contra el Simulacron *- 3. Creo que yo no sería capaz de conseguirlo. Pero tú sí que puedes. Para ti sería fácil. No tienes más que desencadenar una tormenta sin precedentes en cuanto se hayan enojado conmigo, y esto les tranquilizará.*

Entretanto, puedes reprogramar a unas cuantas unidades reaccionales. Elimina a Siskin de sus problemas financieros. Haz que unos cuantos se den cuenta del verdadero propósito de esa máquina. Hazles ver que su fin primordial es la investigación de las relaciones humanas. La posición de los encuestadores en este mundo no sufriría el menor descrédito. Tendrían su razón de ser.

¿Estaría jugando conmigo? ¿Trataría con su silencio aumentar mi ansiedad? ¿O estaba preocupado por ver cómo caería la policía sobre mí, o cómo la masa de gente me maltrataría cuando les hablara de su error?

Miré hacia el cielo, para ver si había ordenado que se desencadenara la tormenta que había propuesto. Pero no vi ni una sola nube.

Nos hallábamos ya en la última manzana que nos llevaría a desembocar al edificio de Reactions. Y la calle estaba tan congestionada de gente, que apenas podía conseguir que Jinx viniera tras de mí.

Al frente se alzaba la pancarta que Siskin había hecho colocar sobre el edificio:

ACONTECIMIENTO HISTÓRICO

HOY DEMOSTRACIÓN PÚBLICA

(POR CORTESIA DE HORACE P. SISKTN)

REIN RESOLVERÁ LOS PRIMEROS PROBLEMAS

DEL HUMANISMO

Evidentemente era un fraude. Heath no había tenido tiempo de reprogramar el simulador para una nueva función. Siskin le daría a la gente un discurso de tipo idealista - posiblemente con miras a un nuevo asalto legislativo contra los encuestadores - en cuanto les hubiera dejado recobrar por unas horas el resuello.

¡~ muchedumbre se mecía de un lado a otro, arrastrándonos consigo. Y yo estaba agradecido por, la «demostración» de Siskin. Había miles de gente a mano para escuchar lo que tenía que decir.

Jinx se volvió hacia mí:

- Seguramente a estas horas ya se habrá acoplado contigo.

Pero yo estaba dirigiendo mis pensamientos hacia el operador, convirtiendo mis palabras casi en la súplica de una oración:

Hall, si piensas en lo que te estoy diciendo, sólo me queda un par más de cosas. Dorothy Ford se merece más de lo que ha tenido hasta ahora. Puedes eliminar a todo cuanto de sórdido encuentres. Whitney podría desempeñar las funciones de supervisión sociológica mucho mejor que Heath. Y por último, busca un medio de que Jinx pueda salir de todo esto. Yo no he podido lograrlo.

Habíamos llegado a la intersección final, y *me* vi a mí mismo como un hombre que había estado rezando. La incertidumbre que siguió a mi súplica era quizás análoga al ruego efectuado a las divinidades, al menos en una cosa: En el aforismo que decía: «No esperes una respuesta oral ni de los dioses. »

De repente llegó a mí... el vértigo, los ruidos, que no eran en absoluto sonidos, las náuseas, el calor que abrasaba mis sentidos.

Había desfasado el modulador. Y en medio de aquel tormento, llegó hasta mí la impresión de su risa salvaje. Me había oído. Pero mi abyecta sumisión no había hecho más que divertirle.

Se me ocurrió pensar de pronto, que tal vez no había querido nunca, que nunca había tenido la intención de salvar a este mundo. Tal vez, después de todo, lo único que había deseado era ver el horror reflejado en los miles de unidades de reacción, mientras veían cómo el mundo se les venía encima.

El mare magnum de humanidad en que nos hallábamos atrapados, se movió de un lado a otro, y luego se inclinó hacia la izquierda. Cerca de donde nos hallábamos, dos policías, trataban de restablecer el orden.

- Alzando a Jinx sobre una plataforma, me subí sobre un trozo transportador que se había averiado, y me coloqué a su lado. Dos veces nos bajaron antes de que lográramos abrirnos camino hacia la superestructura de control.

Desde allí consideré los privilegios que tenía nuestra posición.

Cogí a Jinx por los hombros y la giré hacia mí:

- No querría que fuera así, pero no me queda otro remedio.

Saqué el revólver del bolsillo, y tomándola por la cintura la puse frente a mí como si se tratara de un escudo. Blandí el arma y grité a la muchedumbre para que me prestaran atención.

Una mujer vio el revólver y chilló:

-¡Cuidado! ¡Está armado! - hizo cuanto pudo por alejarse.

Tres hombres la siguieron, uno de ellos gritando:

-¡Es Hall! ¡Ese tipo es Hall!

Inmediatamente los alrededores quedaron evacuados. No estábamos en aquel sector de la plataforma, más que Jinx y yo.

Un policía que se hallaba cerca se acercó a nosotros, alzando su arma.

-¡No intente nada contra nosotros! - le advertí -. ¡Si me quiere paralizar a mí, mis reflejos la matarán!

Bajó el arma, y miró a un oficial que había llegado por fin junto a él, como si estuviera esperando órdenes.

-¡Están todos ustedes equivocados respecto al simulador de Fuller! - grité -. ¡No va a hacer uso de él para mejorar la raza humana!

Se produjeron algunas voces entre la gente, todas ella de desaprobación:

-¡Que le bajen de ahí! - gritó alguien. Cuatro policías más se abrieron paso hasta las inmediaciones.

- No creo que esto sirva de nada, Doug - dijo Jinx con bastante temor -. No querrán escuchar.

Sin hacerle caso continué:

-¡Son todos unos imbéciles..., sí, todos ustedes! Siskin les está utilizando como a un rebaño de ovejas. ¡Lo único que está haciendo es utilizar su simulador para protegerlo de los encuestadores!

Se elevó un coro de voces:

-¡Mentira! ¡Mentira!

Uno de los oficiales trató de llegar hasta donde nos hallábamos. La estreché más contra mí y apoyé con mayor fuerza el revólver contra sus sienes.

Se retiró y miró con desgana hacia su revólver.

Empecé a dirigirme a la gente de nuevo, pero no pude más que quedarme temblando mientras el operador iniciaba un nuevo acoplamiento. Luché desesperadamente para apartar de mí tales sensaciones.

- Doug, ¿qué te ocurre?

- Nada.

-¿El, el operador?

- No - no era necesario de que ella se enterara del acoplamiento.

Noté su rigidez, era como si se sintiera desilusionada porque el tormento no había comenzado todavía.

La masa de gente pareció acallarse un poco y yo continué:

-¿Iba a arriesgar mi vida si lo que estoy diciendo no fuera verdad? Siskin sólo quiere vuestra simpatía y vuestro apoyo para que los encuestadores no puedan hacer nada contra él. ¡Su simulador no tendrá utilidad alguna para nadie más que para él!

El modulador del supremo Hall volvió a dejarse sentir sobre mí y con él fue en aumento la tortura. Sólo era sustituida de vez en cuando esta sensación por la risa brutal del operador.

Alcé la mirada. Continuaba sin haber la menor señal de una nube. O quería realmente destruir su creación simuelectrónica, o es que no había pensado en que yo podía reorientar a sus miles de unidades reaccionales.

-¡Lo único que quiere Siskin es dominar la nación! - grité con todas mis fuerzas -. ¡Está conspirando con el partido! ¡Contra vosotros!

Una vez más tuve que esperar a reunir nuevas fuerzas para poder continuar.

- ¡Haciendo uso del simulador para sus fines políticos logrará ser elevado al cargo que quiera!

Ya había algunos que escuchaban. Pero la gran mayoría, continuaban dando voces para que me sacaran de allí.

Un grupo de policías había rodeado la plataforma. Uno de ellos estaba diciendo algo a través de un transmisor. No tardaría mucho en llegar hasta allí, uno de los coches aéreos de la policía. *Y* entonces Jinx no me podría respaldar de sus ocupantes.

A lo largo de la calle había varías personas que se dirigían hacia el edificio de Reactions. Reconocí a dos de ellos... Dorothy Ford, y al nuevo director técnico de Reactions, Marcus Heath.

Angustiado, me dirigí de nuevo hacia la masa:

-¡Conozco los planes de Siskin porque yo formaba parte de la conspiración! Si no me creéis ahora, no haréis con ello más que demostrar que sois en realidad los imbéciles que Siskin había confiado en que erais.

Desde lo alto del edificio, Heath se llevó un amplificador a los labios y gritó:

-¡No le escuchéis! ¡Está mintiendo! ¡Dice eso porque fue despedido del Establecimiento por míster Siskin y el partido...

Se detuvo de repente al darse cuenta de lo que acababa de decir. Podía haber cubierto su desliz añadiendo: «. . y el partido y míster Siskin no tienen conexión alguna».

Pero no lo hizo. El pánico cundió sobre él. Y retrocediendo para ocultarse en el interior del edificio no hizo más que ayudar mis argumentos.

Eso solo hubiera podido ser suficiente. Pero Dorothy apareció también. Cogió el amplificador y habló tranquilamente.

- Lo que decía Douglas Hall, es verdad. Yo soy la secretaria particular de mister Siskin. Y puedo demostrar cuanto se pueda decir.

Suspiré por el alivio que me produjeron sus palabras, y vi a la multitud que corría hacia el edificio. Pero no pude contener un grito de angustia, mientras el operador, disgustado seguramente por mi éxito, lanzaba una descarga terrible de acoplamiento sobre mí.

Jinx exclamó:

-¡Te ha atacado!

Sobrecogido, asentí.

De pronto oí el ruido de un disparo que se había producido por encima del lugar que ocupábamos. Al caer vi ***a*** un policía, que me disparaba desde lo alto de una superestructura.

Extendí el brazo para empujar a Jinx hacia otra parte, pero la mano se hundió en el vacío. Se había ido. Por fin, había vuelto a su propio mundo.

Su desaparición produjo tal sensación que rompió el cordón de la policía, pero sólo duró un momento. Después dispararon otra vez sobre mí, alcanzándome en el pecho. El tercero me dio de lleno en el abdomen. Y el cuarto me atravesó la mejilla.

La sangre afloraba a mis heridas, y yo noté cómo me hundía en un abismo.

Cuando volví en si, noté bajo mi cuerpo algo que me pareció cuero, y la presión de algo que me oprimía la cabeza.

Pensativo, Permanecí inmóvil. No sentía ningún dolor, ni el malestar propio de mis heridas recientes. Contra lo que unos momentos antes había sido todo dolor, y sensaciones horribles, ahora no notaba más que paz y relajamiento.

Entonces, pude comprobar que no sentía dolor alguno, *¡porque no tenía heridas!*

Confundido, abrí los ojos, y me encontré en una habitación que era totalmente extraña para mí.

Aunque la habitación no la había visto nunca hasta aquel momento, reconocí la naturaleza simuelectrónica de algunos de los aparatos que había en ella.

Miré hacia un lado, y vi un sillón muy parecido al que yo había usado para llevar a cabo los acoplamientos con las unidades reaccionales del simulador de Fuller. Me levanté, me quité el casco y me quedé observándolo todo a mí alrededor.

Había otro sillón al lado del mío. Y en su superficie de cuero, se apreciaban todavía las huellas de alguien que lo había ocupado recientemente... y durante bastante tiempo, a juzgar por lo bien que tenía marcada la silueta de quien lo había ocupado.

-¡Doug!

Miré rápidamente hacia todas partes, buscando el lugar de dónde procedía la voz de Jinx.

-¡Quédate ahí! ¡No te muevas! - me susurró -. ¡Vuelve a ponerte el casco!

Su voz procedía de la izquierda, de detrás de un cuadro de mandos. Rápidamente empezó a conectar y desconectar aparatos.

En vista de lo apremiante de sus palabras, me volví a acostar sobre el sillón.

Oí que alguien entraba en la habitación. Después una voz recia de hombre, dijo:

-¿Estás desprogramando?

- No - respondió Jinx -. No tenemos que hacerlo. Hall encontró un medio mejor para evitarlo. Estamos suspendiendo las operaciones hasta que podamos programar algunas modificaciones básicas.

-¡Eso está bien! - exclamó el hombre -. El consejo se alegrará de oír tal cosa.

Se acercó a mí:

-¿Y Hall?

Está descansando. La última sesión ha sido muy dura.

- Dile que sigo pensando que debería tomarse unas vacaciones antes de que empiece de nuevo sus actividades con el simulador.

Oí ruido de pasos que se alejaban.

Y me puse a pensar en aquel día en mi despacho cuando Phil Ashton había venido hasta mí con los rasgos y la apariencia de Chuck Whitney. ¡Al igual que Ashton, yo también había cruzado la barrera simuelectrónica entre dos mundos! ¿Pero cómo?

La puerta se cerró y alcé la vista para ver a Jinx junto a mí.

Hizo una mueca mientras se inclinaba sobre mí, y me quitaba el casco.

-¡Doug! ¡Ahora estás *aquí arriba!*

Continué mirándola.

-¿No lo ves? - continuo -. Cuando yo no hacía más que preguntarte si él había establecido el contacto, era porque quería tener tiempo de volver.

- Desapareciste - dije - y volviste aquí. Sabías que lo encontrarías acoplado. ¡Y no tuviste más que invertir el circuito para que se produjera el cambio!

Jinx asintió:

- Tenía que ser así, cariño. Estaba destruyendo el mundo entero, cuando en realidad lo podía haber salvado fácilmente.

-¿Pero por qué no me dijiste lo que ibas a hacer?

- No podía. De haberlo hecho, lo hubiera sabido él también.

Un tanto preocupado, me levanté. Sin creer en mí mismo, me tocaba el pecho, el abdomen, la mejilla. Parecía imposible que no tuviera herida alguna. No hacía mas que unos instantes, todo era totalmente opuesto. Y al cambiar de personalidad con el otro Hall, él había llegado a posesionarse de las heridas mortales que momentos después le harían exhalar el último suspiro.

Yendo de un lado a otro de la habitación pasé junto a la superficie metálica de uno de los moduladores, y vi mi propio reflejo. Facción por facción era tal como había sido siempre.

Jinx no había exagerado al decirme que los rasgos físicos de Hall el operador y Hall el análogo, eran idénticos.

En la ventana, miré hacia la calle, para encontrarme con las mismas escenas familiares de siempre coches aéreos, gente que corría de un lado a otro, de idéntica constitución física y hasta vestidos de la misma forma que las unidades reaccionales de mi mundo. ¿Pero por qué tenía que haber algo distinto? Mi ciudad análoga, tenía que ser un reflejo exacto de ésta, si es que quería llevar a cabo sus propósitos.

Pero mirando más detenidamente, vi que había una diferencia perceptible. Bastantes personas fumaban tranquilamente por la calle. Aquí no había prohibición treinta y tres.

Me giré hacia Jinx:

-¿Pero podemos salir con bien de esto?

Ella se puso a reír:

-¿Y por qué no? Tú eres Douglas Hall, Él iba a tomar dos meses de vacaciones. Y con el simulador sin funcionar, yo podré marcharme también. Cogeremos las vacaciones juntos.

Animada por la idea, continuó:

- Yo te familiarizaré con todo..., con la gente, con las cosas más sobresalientes de nuestro mundo, con tus costumbres personales pasadas, con nuestra historia, la política, las costumbres. Al cabo de unas semanas desempeñarás el papel de Hall perfectamente.

¡Saldría bien! ¡Lo veía con toda claridad!

-¿Qué hay del mundo de allá abajo?

Jinx sonrió:

- Haremos de él uno nuevo. Tú sabes la cantidad de reformas y modificaciones que hay que hacer. Antes de que perdiera el contacto con él, vi el disgusto tan enorme que le costó a Heath su error. Cuando vuelvas a poner en marcha el simulador, creo que lo encontrarás allí.

- Creo que será difícil convencer a las masas para que no derrumben todo aquello. Habrá muchas cosas que hacer y muchas reorientaciones que programar.

Me llevó hacia la mesa:

- De momento, vamos a empezar ahora mismo. Vamos a redactar una lista con todas las instrucciones de lo que hay que hacer y se la dejaremos al personal. Ellos se cuidarán de los trabajos preparatorios mientras estamos fuera.

Me senté en la silla de Hall, siendo entonces cuando verdaderamente me di cuenta de que había saltado de la ilusión a la realidad.

Había sido una transición sorprendente, pero pronto me acostumbraría a la idea. De momento tenía a mi favor que siempre había vivido con el convencimiento de que pertenecía a esta existencia material.

Jinx me besó suavemente en la mejilla:

- Te gustará estar aquí, Doug, aunque aquí no se respire la extraña atmósfera de tu mundo. La verdad es que Hall sintió un goce casi romántico cuando programó su simulador. Creo que incluso tuvo un cuidado esmerado a la hora de escoger nombres propios como Mediterráneo, Costa Brava, Pacífico, Himalaya.

Se detuvo, como si se disculpara por la monótona comparación de su mundo de absoluta realidad:

- También verás, que nuestra luna no es más que una cuarta parte del tamaño de la vuestra. Pero estoy segura de que te acostumbraras a todas las pequeñas diferencias.

La cogí por la cintura y la estreché entre mis brazos. Yo también estaba seguro.

FIN